3180

DEMI-MONDE

COMEDIA EN CINCO ACTOS

DE

ALEJANDRO DUMAS (Hijo)

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

PEREZ CAPO

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910
MALLORCA, 166

DEMI-MONDE

Esta versión española de **Demi-monde**, es propiedad de don Felipe Pérez Capo.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Edición autorizada por el Sr. Pérez Capo a la Casa Editorial Maucci.

DEMI-MONDE

COMEDIA EN CINCO ACTOS

DE

ALEJANDRO DUMAS (Hijo)

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

PEREZ CAPO

BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran Medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907 y Gran Premio en la de Buenos Aires de 1910

MALLORCA, 166

PERSONAJES

BARONESA SUSANA

VIZCONDESA

VALENTINA

MARCELA

DONCELLA

OLIVERIO

RAIMUNDO

HIPOLITO

MARQUES

CRIADO 1.º

CRIADO 2.º

CRIADO 3.º

LA ACCION EN PARIS

ACTO PRIMERO

Un salón en casa de Oliverio de Jalin

Al levantarse el telón están en escena la VIZCONDESA y OLIVERIO.

VIZCONDESA. Entonces, ¿usted me promete que el asunto no tendrá consecuencias?

OLIVERIO. No puede tenerlas.

VIZCONDESA. He querido venir yo misma a preguntárselo, aun con el riesgo de encontrarme en esta casa Dios sabe con quién.

OLIVERIO. ¿Es que recibo yo mala gente?

VIZCONDESA. Eso se dice.

OLIVERIO. Pues se equivocan. Aquí no vienen más que amigas de usted.

VIZCONDESA. Muy halagüeño para mis amigas.

OLIVERIO. Por lo demás, usted sólo hace una tentativa perfectamente confesable. Dos amigos suyos, el señor de Maucroix y el señor de Latour, han tenido en casa de usted, mientras se jugaba una partida de naipes, una pequeña disputa. Es necesario que haya una explicación, y esto va a suceder en mi casa. Soy padrino del señor de Maucroix y usted viene a suplicarme que arregle el asunto.

VIZCONDESA. Cierto. Pero tengo tanto interés en que no se sepa que he venido, como lo

673239

tengo en que todo el mundo ignore que se juega en mi casa. Si el asunto se complica pudiera originarse un proceso, y a una mujer de mi rango no le conviene presentarse, ni como tespoco le conviene que su nombre ande tigo, delante de un tribunal, y tamrodando por los periódicos. Procure que se arregle el asunto, y si no se arregla haga usted de suerte, por amistad hacia mí, que el duelo tenga una causa en la que yo no aparezca mezclada, por indirectamente que sea. Yo permito que se juegue en mi casa para que se diviertan, no para que se desafíen...

OLIVERIO. Prometido.

VIZCONDESA. En vista de esto, y como la señora de Santis no llega, yo le dejo a usted.

OLIVERIO. ¿La señora de Santis va a hacerme el honor?...

VIZCONDESA. Cuando supo que yo venía a esta casa, me dijo: «Iré a buscarla. No me molestará ver a ese granuja». Pero es tan aturdida, que seguramente lo ha olvidado y no puedo esperarla por más tiempo. Adiós. ¡Ah! Le haré observar que no me ha preguntado por mi sobrina y, en cambio, ella me ha encargado que le diese recuerdos.

OLIVERIO. ¿Recuerdos afectuosos?

VIZCONDESA. Naturalmente.

OLIVERIO. Reconozco que es muy amable.

VIZCONDESA. Amabilísima. Y en este caso sin obligación alguna, porque sabe que usted no se casará con ella.

OLIVERIO. Claro que no.

VIZCONDESA. Amigo mío, peor podía usted caer,

OLIVERIO. Cuando se cae, jamás se cae bien.

VIZCONDESA. Por lo demás, nosotros estamos mejor colocados que usted.

OLIVERIO. ¿Está usted segura?

VIZCONDESA. Usted es de una nobleza de poco relieve. Y, además, no es rico.

OLIVERIO. Treinta mil francos de renta.

VIZCONDESA. ¿En valores?

OLIVERIO. En tierras.

VIZCONDESA. ¡Pché! No está mal. De su familia no se sabe nada.

OLIVERIO. Pues la tengo. Pero mi familia se reduce a mi madre, que está casada en segundas nupcias, y como yo he tenido que pleitear con su marido, cuando llegué a mi mayoría de edad, para recobrar la herencia de mi padre...., ahora nos vemos muy raras veces y hasta creo que mi madre no me quiere mucho. ¡Una madre viuda no debiera volver a casarse! Al borrar de su vida el nombre del padre de sus hijos, viene a ser casi una extraña para ellos. Vea usted, querida vizcondesa, cómo se explica que yo, tan joven, haya vivido con tanta libertad, que haya hecho locuras y contraído deudas, que he pagado después, y que ahora sea un hombre demasiado razonable para unirme a su sobrina, no obstante que parece encantadora, que tiene para mi la gran cualidad de ser huérfana y que he tenido en algún instante el miedo de casarme con ella.

VIZCONDESA. ¿Usted?

OLIVERIO. Yo. Me había enamorado noblemente de ella, y si continúo yendo a la casa de usted, como yo soy una persona

digna, hubiera concluído pidiéndole la mano de su sobrina, lo que hubiera sido una locura.

VIZCONDESA. ¿Porque no tiene fortuna?

OLIVERIO. Esto me era indiferente, puesto que yo no soy hombre que piense en un casamiento por dinero. Hay otra razón.

VIZCONDESA. ¿Cuál?

OLIVERIO. Los hombres de mundo no somos tan tontos como parecemos. Cuando nos casamos es para encontrar en nuestra mujer lo que inútilmente buscamos en las mujeres de los otros. Y cuanto más hemos triunfado, más nos preocupamos de que la mujer que llevamos al altar no conozca nada del mundo. Esas señoritas que antes de su boda tienen fama de traviesas y de independientes, resultan luego unas casadas deplorables. ¡Ahí tiene usted a la señora de Santis!

VIZCONDESA. Pero es que Marcela no tiene el carácter de Valentina.

OLIVERIO. Lo que no impide que la señora de Santis, separada de un marido desconocido, comprometida y comprometedora como es, tenga amistad íntima con su sobrina de usted, la señorita de Sancenaux. ¿Le parece que la señora de Santis es compañía a propósito para una muchacha de veinte años?

VIZCONDESA. ¡Qué quiere usted! Marcela no tiene muchas distracciones... yo no tengo fortuna... la señora de Santis es aficionada a los espectáculos... tiene coche. Marcela se aprovecha... Me parece bien

que esa chiquilla se distraiga. Después de todo no hace nada malo.

OLIVERIO. No hace nada malo pero da que pensar que lo hace... y en definitiva lo hará.

VIZCONDESA. ¡Querido Oliverio!

OLIVERIO. ¡Está usted en un error! ¿Sabe usted lo que debería haber hecho? Debió confiar su sobrina al marqués de Thonnerins, hace tres años, cuando ella salió del colegio, para que viviese al lado de su hija. Hoy, Marcela frecuentaría una sociedad distinguidísima y estaría quizás a punto de contraer matrimonio ventajoso..., lo que yo dudo que llegue a conseguir.

VIZCONDESA. La quiero mucho para separarme de de ella.

OLIVERIO. Egoísmo de que usted se arrepentirá y que ella le echará en cara algún día.

VIZCONDESA. No, señor, porque si ella quiere dentro de dos meses estará casada y será una mujer feliz... Las mujeres son lo que sus maridos quieren.

OLIVERIO. Pero los maridos son también lo que quieren sus esposas, y la compensación no es suficiente. Y, ¿con quién piensa usted casarla?

VIZCONDESA. Con un joven.

OLIVERIO. ¿Que ama a la señorita de Sancenaux y a quien ella adora?

VIZCONDESA. No; pero poco importa. En el matrimonio, cuando el amor existe, el hábito lo mata, y cuando no existe, el hábito le hace nacer.

OLIVERIO. Habla usted como la Rochefoucauld. ¿Y de dónde procede ese joven?

VIZCONDESA. Nos lo ha presentado el señor de Latour.

OLIVERIO. Presentado por el señor de Latour, mercancía de pacotilla, mitad hilo, mitad algodón.

VIZCONDESA. Perdone..... Si hay hombres verdaderamente distinguidos, éste es uno. Se lo aseguro. Será justamente el marido que necesita Marcela. Es joven, tiene buena figura, unos treinta y dos años, militar, condecorado, sin familia, exceptuada una hermana más joven, ya viuda, que vive muy retirada en el interior del barrio de San Germán, veinte mil libras de renta, libre como el aire y pudiendo casarse mañana mismo, si le parece bien. No conoce en París más que al señor de Latour, a Marcela y a mí. La ocasión es excelente y jamás encontraré otro mejor. Usted será el primero que me lo diga en cuanto lo conozca.

OLIVERIO. ¿Que yo conoceré a ese señor?...

VIZCONDESA. Hoy mismo. Es padrino del señor de Latour.

OLIVERIO. ¿Es ese señor de Nanjac que me envió ayer su tarjeta y que va a venir hoy a las tres?

VIZCONDESA. El mismo. Ahora sea usted amable... usted lo es cuando quiere. Si el señor de Nanjac traba confianza con usted, y esto no tendría nada de asombroso, cuando le hable de Marcela procure no decirle todas las tonterías que acaba usted de decirme. *(Aparece un criado y anuncia).*

CRIADO. La señora de Santis. *(Sale Valentina).*

VIZCONDESA. Adelante, querida. ¿De dónde viene usted?

VALENTINA. No me hable. Creí que no acababa nunca... *(A Oliverio).* ¿Sigue usted bien?

OLIVERIO. Encantado.

VALENTINA. Figúrese usted que ha ido mi modista. He tenido que probarme unos trajes. Tendré mañana uno para ir a las carreras. ¡Ya verá usted! En seguida he ido a comprometer un coche de dos caballos. He hecho que me enseñaran al cochero. Es un inglés. Está muy bien. Después he ido a casa de mi nuevo casero... porque sabrán ustedes que me mudo... ¿Cuánto paga usted aquí?

OLIVERIO. Tres mil francos.

VALENTINA. Pero está usted en los barrios nuevos, en un desierto. Aquí le cortan a uno el cuello y no se entera nadie. Yo aquí me moriría de tedio. He encontrado en la calle de la Paz una hermosura de habitación... Segundo, vistas a la calle, siete mil quinientos francos y el casero empapela. La sala será roja y el gabinete de satén de China azul. Renuevo todo mi mobiliario. ¡Será una cosa encantadora!

OLIVERIO. ¿Con qué cuenta usted para pagar todo eso?

VALENTINA. ¿Cómo con qué? ¿Es que no tengo mi dote?

OLIVERIO. Pero no debe quedar mucho, a juzgar por el aire que le da usted.

VALENTINA. Me quedan unos treinta mil francos. *(A la Vizcondesa).* ¡Ah, querida! Si usted tiene necesidad de dinero, la recomiendo a mi agente de negocios, el señor

Michel. Yo no tenía tiempo para esperar a que una finca que poseía en Turena fuese vendida; le envié los títulos, él me ha adelantado a continuación cinco mil francos al ocho por ciento de interés, que no es caro. Al salir de aquí iré a buscar el resto de la cantidad.

OLIVERIO. ¿Ese Michel es un hombre bajo, delgado, con bigote, camisas bordadas y botones de esmalte en el chaleco?

VALENTINA. Tiene un aspecto elegantísimo.

OLIVERIO. Eso depende de los barrios. Usted sabe que es un ladrón. Le conozco. Me prestó dinero antes de mi mayoría de edad. Si usted está en manos de ese... caballero, los treinta mil francos volarán pronto. Y cuando hayan volado, ¿qué hará usted?

VALENTINA. ¿Es que yo no tengo a mi marido? Entonces haré que me pase una pensión, y si no tuviera otro remedio, volvería a su lado.

OLIVERIO. ¡He ahí un marido con suerte! ¡Y pensar que en este momento no se dará cuenta de su felicidad! Pero supongamos que rechaza esa combinación.

VALENTINA. No puede. Tengo derecho para volver al hogar conyugal cuando me parezca bien. No tendrá más remedio que recibirme. Por lo demás, no deseará cosa mejor. Sigue muy enamorado de mi.

OLIVERIO. Me gustaría ver eso.

VALENTINA. Lo verá usted. Es preciso cambiar de vida. Decía yo que..... ¡Ah, sí!.... He venido por los Campos Elíseos... Había muchos conocidos. Allí he encontrado

al pequeño de Bonchamp, al conde de Bryade, al señor de Casavaux... Les he invitado a tomar el te mañana en casa. ¿Será usted de los nuestros?

OLIVERIO. No, gracias.

VALENTINA. He ido a buscar una localidad para esta noche... Un palco de platea... He ido a pagar mi cuenta a la modista... La dejo... No trabaja más que para actrices. He aquí mi jornada. *(A la Vizcondesa).* ¡Ah! Comemos el martes en casa del señor Calvillot. Celebra así su nuevo alojamiento. Tiene un hotel encantador. Me ha suplicado que invite yo a las señoras. Usted irá con Marcela. Será una fiesta muy alegre.

OLIVERIO. *(Contemplándola)* ¡Pobre mujer!

VALENTINA. ¿Qué tiene usted?

OLIVERIO. Nada. La compadezco.

VALENTINA. ¿A mi? ¿Por qué?

OLIVERIO. Porque es usted digna de compasión. Si no lo comprende no me molestaré en explicárselo.

VALENTINA. A propósito. Ya decía yo que quería preguntarle algo.

OLIVERIO. No ha entendido lo que yo le decía. ¡Ah, cabecita loca!

VALENTINA. ¿Tiene usted noticias de la señora de Ange?

OLIVERIO. ¿Por qué?

VALENTINA. ¿Es que no le ha escrito a usted desde Baden?

OLIVERIO. No.

VALENTINA. ¡Y me dice usted eso a mí... a mi, que... *(Ríe).*

OLIVERIO. ¿A usted qué?...

VALENTINA. Que era quien depositaba las cartas en el correo. A pesar de lo loca que

parezco, ahí tiene usted, yo sé guardar una confidencia. ¡Le escribía a usted unas cartas encantadoras! *(Ríe)*

OLIVERIO. ¿Por qué se ríe usted?

VALENTINA. Porque usted extrema la discreción conmigo y yo sé mucho más que usted.

OLIVERIO. Bueno; pues no he recibido noticias suyas desde hace quince días.

VALENTINA. Precisamente desde que yo salí de Baden.

OLIVERIO. Por lo que veo, a usted tampoco le ha escrito.

VALENTINA. *(Ríe en sus propias narices)* La señora de Ange no escribe nunca.

OLIVERIO. *(Mirándola en el blanco de los ojos)* ¿Qué tiene usted ahí?

VALENTINA. ¿Dónde?

VIZCONDESA. Es que quiere hacerla rabiar.

OLIVERIO. Alrededor de los ojos... Me parece que hay demasiada negrura.

VALENTINA. Usted como todos. Seguramente iba a decir que yo me pinto los ojos. ¡Da ira pensar que la mitad de las personas que me conocen se figuran que me pinto la cara!

OLIVERIO. Y la otra mitad tienen la seguridad de que sí.

VALENTINA. ¡Está usted loco!

OLIVERIO. ¿De modo que no se pone usted nada?

VALENTINA. Polvos de arroz, como todas las mujeres.

OLIVERIO. Y colorete.

VALENTINA. Nunca.

OLIVERIO. ¿Nunca?

VALENTINA. Un poco por la noche; pero es muy raro.

OLIVERIO. ¿Y no se pinta usted los ojos?

VALENTINA. Como es moda...

OLIVERIO. Pero no en las señoras distinguidas.

VALENTINA. Esto va bien a la cara y no perjudica. Por lo demás, ya se sabe que yo soy una señora distinguida.

OLIVERIO. Eso se ve a la legua.

VIZCONDESA. ¡Es usted muy habladora! ¡Vámonos!

VALENTINA. Si usted quiere la llevo a ver mi nueva casa.

VIZCONDESA. Con mucho gusto. No tengo nada que hacer.

VALENTINA. *(A Oliverio).* Venga usted con nosotras. Me dará consejos sobre los tintes.

OLIVERIO. No puedo salir. Tengo que esperar aquí.

VALENTINA. ¿A quién?

OLIVERIO. A un amigo.

VALENTINA. ¿Que se llama?...

OLIVERIO. ¿Parece que eso le interesa?...

VALENTINA. *(Con indiferencia).* No. Es por hablar de algo.

OLIVERIO. Ese amigo se llama Hipólito Richond. Durante diez años ha viajado mucho. Hace ocho días que está de regreso en París. Es hijo de un rico comerciante de Marsella, ya difunto. ¿Está usted satisfecha? ¿Le conoce usted?

VALENTINA. *(Turbada)* No.

VIZCONDESA. ¿Está casado?

OLIVERIO. Sí, no se turbe usted.

VALENTINA. ¿Conoce usted a su mujer?

OLIVERIO. A su mujer y a su hijo.

VALENTINA. *(Con asombro).* ¿Tiene un hijo?

OLIVERIO. De unos cinco o seis años. Pero no comprendo por qué se asombra usted, descontado de antemano que no conoce al padre.

VALENTINA. Y, ¿ese señor Richond vive?...

OLIVERIO. Vive en la calle de Lille, número 7. ¿Quiere usted verle? Pues aguarde un instante y se lo presentaré.

VALENTINA. No, no. Yo no quiero verle.

OLIVERIO. ¿Qué le pasa a usted?

VALENTINA. Nada. Adiós.

(Aparece el criado y anuncia)

CRIADO. El señor Richond.

OLIVERIO. ¿Quiere usted? *(A Valentina).*

VALENTINA. Es inútil. *(Se tapa disimuladamente la cara y vase con la Vizcondesa, procurando no ser vista por Hipólito, que sale en este momento).*

OLIVERIO. ¿Qué, cómo sigues?

HIPÓLITO. Muy bien. ¿Y tú?

OLIVERIO. A las mil maravillas. ¿Y tu mujer?

HIPÓLITO. Todos siguen perfectamente. ¿Quién era esa mujer?

OLIVERIO. Es... La llaman la señora de Santis.

HIPÓLITO. ¡Valentina!

OLIVERIO. ¿La conoces?

HIPÓLITO. Personalmente, no; pero he conocido mucho a su marido.

OLIVERIO. ¿Está casada realmente?

HIPÓLITO. Con todos los requisitos necesarios.

OLIVERIO. Más vale así. Ella dice que su marido tiene mucha culpa.

HIPÓLITO. Mucha. En primer lugar tiene la culpa de haberse casado con ella. Porque parece que la señora se ha descarrilado bastante.

OLIVERIO. No del todo. Y como es una mujer educada hace como que se encarrila de cuando en cuando.

HIPÓLITO. La conoces muy bien.

OLIVERIO. Con un poquito de manga ancha. Ha venido aquí a buscar a esa señora, ya madura, que has visto aquí con ella. Al decirle tu nombre, ha palide-

cido. Sin embargo, me aseguró que no te conoce.

HIPÓLITO. Nunca hemos cruzado la palabra. Pero debe saber que estoy al corriente de toda su vida.

OLIVERIO. ¿Dónde está el señor de Santis?

HIPÓLITO. Su marido no se llama Santis. Ese apellido es el de la madre de Valentina. Lo usa desde su separación, porque el marido le ha prohibido que use el suyo.

OLIVERIO. Vamos a ver: ¿Qué tenía él que reprocharla?

HIPÓLITO. Nada menos que haber cometido la indignidad de engañarle cuando él estaba locamente enamorado de ella. Debo decirte que era encantadora. La llamaban la bellísima señorita de Santis. Ni un céntimo de dote. El pretendiente era rico, estaba enamoradísimo... Algo corto de genio, no se atrevía a pedir la mano de la muchacha. Un amigo suyo, el que le había presentado en la casa, se ofreció a hacer la petición en nombre del enamorado, y éste aceptó. El casamiento quedó concertado y el amigo fué uno de los testigos del novio.

OLIVERIO. ¿Tú fuiste el otro?

HIPÓLITO. Sí. Seis meses después de su casamiento, el marido vino a buscarme. Tenía la prueba de que su mujer era la amante del miserable que los había casado. Se batió con él, lo mató y se alejó de aquí dejando a su mujer el dote de doscientos mil francos que le había reconocido, pero prohibiéndola que

usara su apellido y hasta que dijese que lo conocía. Desde entonces, y ya hace diez años, no han vuelto a verse.

OLIVERIO. ¿Dónde está el marido actualmente?

HIPÓLITO. Vive en el extranjero. Hará unos dos meses que lo encontré en Alemania.

OLIVERIO. Seguramente que no guardará el menor afecto hacia su esposa.

HIPÓLITO. Así lo creo.

OLIVERIO. Ella asegura, no obstante, que sigue queriéndola, y que sólo de ella depende el volver a su lado.

HIPÓLITO. Está equivocada. ¿Quién es esa mujer que salía de tu casa con ella?

OLIVERIO. Son los restos de una mujer distinguida a quien las exigencias del lujo y del placer arrastraron, poco a poco, hacia una sociedad sospechosa. Arruinó a su marido, que hace diez o doce años tomó la determinación de morirse. Algunos antiguos amigos, algunas acciones que le dan a la par y ella revende con prima, los restos de su fortuna naufragada, que el viento arroja de cuando en cuando a las orillas del presente... Esos son todos sus recursos. Tiene una sobrina muy linda, y cuenta con el casamiento de ésta para volver a dorar sus blasones. Lo malo es que no encuentra el marido. Aguardándolo, lucha cuanto puede. Da veladas en las que se nota que no hay dinero en el armario, y que a la mañana siguiente habrá que vender o empeñar alguna alhaja para pagar el derroche de luz, el *lunch* y los helados. Los jóvenes a quienes invita se toman los helados, se beben los licores, la en-

vían bombones el día de Año Nuevo, se casan con señoritas de la verdadera buena sociedad y no saludan a la vizcondesa y a su sobrina cuando se las encuentran más que quitándose muy fríamente el sombrero para no tener que invitarlas a alternar con sus madres y con sus esposas.

HIPÓLITO. ¿Y la señora de Santis es amiga de esa otra señora?

OLIVERIO. ¿Qué otras amistades quieres tú que tenga?

HIPÓLITO. Es verdad. A otra cosa. Me has escrito diciendo que tenías que pedirme un favor. Ya te escucho.

OLIVERIO. ¿Qué hora es?

HIPÓLITO. Las dos.

OLIVERIO. *(Toca un timbre).* Entonces, para que podamos hablar a nuestras anchas, déjame que dé unas órdenes.

HIPÓLITO. Lo que quieras. No tengo prisa. *(Sale el Criado).*

OLIVERIO. *(Dando una carta al criado).* Vas a llevar esta carta al señor conde de Lornan. En caso de que estuviese ausente haz llegar la carta a manos de la señora condesa. *(El criado vase).*

HIPÓLITO. ¿De modo que escribes cartas con doble fin, que lo mismo pueden servir para los maridos que para sus mujeres?

OLIVERIO. No. He escritro una carta que sólo puede ser leída por la mujer. Pero para no comprometerla la mando bajo sobre dirigida al esposo.

HIPÓLITO. ¿Y si el esposo la recibe?

OLIVERIO. ¡Tonto! El marido está en el campo.

HIPÓLITO. No me digas más. ¿Sabes que es ingenioso ese recurso?

OLIVERIO. Te lo cedo, por si lo necesitas. Pero hoy es la primera y la última vez que lo empleo, y es a beneficio de esa señora.

HIPÓLITO. ¿Estás seguro?

OLIVERIO. Escucha la historia, que es bien sencilla. Te cito los personajes, para demostrarte que el marido no tiene nada que temer de su señora y la señora nada tiene que temer de mí. El otoño último... El otoño es una estación peligrosa, sobre todo en el campo, donde la soledad da rienda suelta a la fantasía, donde cada hoja que cae es una elegía terminada, donde se siente la necesidad de ser neurasténico para estar a tono con la naturaleza melancólica y descolorida.

HIPÓLITO. Millevoye... *La caída de la hoja*... Libro primero, página 21... Lo conozco muy bien. He sido neurasténico.

OLIVERIO. Como te decía, el otoño último me presentaron a la condesa de Lornam, pasaba el mes de Octubre en el campo, en casa de la madre de un amigo mío, en casa de la madre de De Maucroix, de quien vamos a hablar inmediatamente. Una mujer rubia, distinguida, poética, sentimental, vaporosa... el marido de viaje... ¿Conoces la tradición? Hago la corte a la mujer convencido de que estoy enamorado de ella. Regresamos a París y ella me presenta a su marido.

HIPÓLITO. ¿Un imbécil?

OLIVERIO. Un hombre encantador, de unos cuarenta años, que se hace muy amigo mío y por quien yo tomo verdadero afecto. Tanto que a los quince días yo era un amigo sincero del marido y no pensaba en absoluto en su mujer. Pero en absoluto. Entonces, ahí tienes una mujer que no me había dado ninguna esperanza y que, entre nosotros, no ha nacido ni para intrigas ni para... *(Busca la palabra).*

HIPÓLITO. Bien, bien. Ya acabarás la frase en otra ocasión.

OLIVERIO. Ahí tienes una mujer con el amor propio herido, que cree que yo me he burlado de ella y, en resumen, que me escribe ayer diciendo que su marido ha salido de viaje por algunos días, que quiere tener una explicación conmigo y que me espera hoy a las dos. He quemado su carta, y en lugar de tener esta explicación inútil, enojosa, acabo de escribirle la verdad: que quiero ser su amigo, pero que no la quiero demasiado... para intentar llevarla hacia un camino equivocado. Ella me odiará un poco, pero la habré salvado; ¡y es una cosa tan importante eso de salvar el honor de una mujer!...

HIPÓLITO. ¡Es admirable eso que has hecho!

OLIVERIO. Y que lo he hecho sin hipocresía, te lo juro. Sea que he vivido ya mucho, sea que decididamente soy un hombre honrado, el caso es que estoy resuelto a no cometer más esas pequeñas infamias que se escudan con el amor. Ir a casa de un hombre, estrechar su mano, llamarse su amigo y robarle su

mujer... tanto peor para aquellos que no piensan como yo... pero lo encuentro vergonzoso, repugnante, repulsivo.

HIPÓLITO. ¡Eres magnífico!

OLIVERIO. Soy... como soy.

HIPÓLITO. Es que estás enamorado de otra mujer.

OLIVERIO. Escéptico.

HIPÓLITO. Confiésalo.

OLIVERIO. ¡Qué diablo! Es cierto.

HIPÓLITO. Ya me lo decía yo: «Este es un pillastre que hace el José porque para ello tiene una razón». ¿Conozco yo a la Dulcinea?...

OLIVERIO. No. Partió para los baños antes de que tú llegases a París. Por otra parte, no te la hubiera nombrado para no comprometerla. Es una mujer de la buena sociedad.

HIPÓLITO. ¡Vamos, hombre!

OLIVERIO. Es ella quien lo asegura. Entretanto, ella es libre, pasa por viuda, no cuenta más que veinte años, se conduce a maravilla, tiene talento, sabe conservar las apariencias... Nada de peligro en el presente, nada de temores para el porvenir, porque es de esas mujeres que prevén todas las eventualidades de una... de una fusión, y que llevan sonriendo, con frases hechas, su amor convencional hasta el punto... hasta el punto donde se relevan los caballos. Yo he tomado esta fusión como un viajero que no tiene prisa y toma la diligencia en lugar de tomar el ferrocarril. Es un viaje más divertido y se detiene uno cuando quiere.

HIPÓLITO. ¿Llevas mucho de viaje?

OLIVERIO. Unos seis meses.

HIPÓLITO. ¿Y aun durará mucho?

OLIVERIO. Todo lo que ella quiera.

HIPÓLITO. Hasta que te cases.

OLIVERIO. No me casaré nunca.

HIPÓLITO. Se dice eso, y el día menos pensado...

(Aparece el Criado)

CRIADO Señor...

OLIVERIO ¿Qué?

CRIADO *(En voz baja).* Esa señora que estaba de viaje.

OLIVERIO. *(Señalando a una puerta lateral).* Hazla pasar a esa habitación, y dila que en seguida estoy a sus órdenes. *(Vase el criado).*

HIPÓLITO. ¿Es ella?

OLIVERIO. Ella.

HIPÓLITO. Me marcho.

OLIVERIO. ¿Cuándo volveré a verte?

HIPÓLITO. Cuando quieras.

OLIVERIO. Pero, oye. oye...

HIPÓLITO. ¿Qué?

OLIVERIO. ¡Y te marchas así!

HIPÓLITO. ¿Cómo quieres que me marche?

OLIVERIO. ¿Y Maucroix? Hemos hablado de todo menos de su asunto.

HIPÓLITO. Es verdad. Lo hemos olvidado. ¡Somos unos imbéciles!

OLIVERIO. Hazme el favor de hablar en singular.

HIPÓLITO. Con mucho gusto. ¡Eres un imbécil!

OLIVERIO. Vamos, te agrada hacer chistes.

HIPÓLITO. Algunas veces.

OLIVERIO. Pues bien: oye de lo que se trata. El señor de Maucroix ha tenido una disputa de juego con un señor de Latour en casa de esa señora de Vernieres a quien has visto aquí hace un momen-

to. Latour debe enviarme un testigo a las tres. Cuando sólo manda un testigo es que el asunto puede arreglarse. Pero si no se arregla habrá una nueva entrevista y deberemos ser dos testigos por cada parte. Esta entrevista debería celebrarse esta noche. Para terminar: Si te necesito, ¿dónde puedo encontrarte?

HIPÓLITO. Hasta las seis en casa. Y de seis à ocho, si tú quieres, comeré contigo en el café Inglés.

OLIVERIO. Perfectamente. Entonces ven a buscarme a las seis... Te viene de paso. *(Vase Hipólito.—Oliverio va a la puerta lateral.—Sale Susana).*

OLIVERIO. ¿Cómo? ¿Es usted? *(Se dan la mano.—Susana sonríe).*

SUSANA. Soy yo.

OLIVERIO. Creí que se había usted muerto.

SUSANA. Estoy muy bien.

OLIVERIO. ¿Cuándo ha llegado de Baden?

SUSANA. Hace ocho días.

OLIVERIO. ¡Ocho días!

SUSANA. Sí.

OLIVERIO. ¡Hola, hola, hola! Y hasta hoy no nos hemos visto. Debe haber sorpresas.

SUSANA. Quizás. *(Pausa).* ¿Está usted siempre de buen humor?

OLIVERIO. Ahora mejor que nunca.

SUSANA. ¿Desde cuándo?

OLIVERIO. Desde el regreso de usted.

SUSANA. Es casi una galantería.

OLIVERIO. Casi.

SUSANA. Pues bien, tanto mejor.

OLIVERIO. ¿Por qué?

SUSANA. Porque al volver de Baden no molesta la conversación.

OLIVERIO. ¿No se conversa en Baden?

SUSANA. Se habla con exceso.

OLIVERIO. No parece que tenía usted muchas ganas de conversar cuando ha regresado hace ocho días y hasta hoy no nos hemos visto.

SUSANA. He pasado toda la semana en el campo y vengo a París hoy por primera vez. Nadie sabe que he regresado. Decíamos que usted está siempre de buen humor.

OLIVERIO. Sin la menor duda.

SUSANA. Vamos a verlo.

OLIVERIO. ¿Dónde va usted a parar?

SUSANA. ¡Jesús! A una sola pregunta. ¿Quiere usted casarse conmigo?

OLIVERIO. ¿Yo?

SUSANA. Nada de asombro. Sería incorrecto.

OLIVERIO. ¡Qué idea!

SUSANA. Es que usted no quiere, ¿verdad? No hablemos más de ello. Amigo Oliverio, sólo me resta manifestarle que no volveremos a vernos. Voy a partir.

OLIVERIO. ¿Por mucho tiempo?

SUSANA. Por mucho tiempo.

OLIVERIO. ¿Y a dónde va usted?

SUSANA. Muy lejos.

OLIVERIO. Me intriga usted.

SUSANA. Pues no tiene importancia. Todos los días parten muchas personas. Para estas personas precisamente se han inventado los coches, los trenes y los vapores.

OLIVERIO. Es verdad. Bueno, ¿y yo?

SUSANA. ¿Usted?

OLIVERIO. Sí.

SUSANA. ¿Usted? Me figuro que usted se quedará en París.

OLIVERIO. ¡Ah!

SUSANA. A menos que usted no quiera partir también.

OLIVERIO. ¿Con usted?

SUSANA. Eso si que no.

OLIVERIO. Entonces ¿se acabó todo?

SUSANA. ¿Todo... qué?

OLIVERIO. ¿Es que ya no nos queremos?

SUSANA. Pero ¿es que nos hemos querido alguna vez?

OLIVERIO. Yo así lo he creído.

SUSANA. Y yo también he hecho lo posible por creerlo.

OLIVERIO. ¡Ah, caramba!

SUSANA. Me he pasado la vida deseando querer. Pero hasta la fecha me ha sido imposible.

OLIVERIO. Gracias por la parte que me toca.

SUSANA. No hablo sólo por usted.

OLIVERIO. Entonces gracias en nombre de los dos.

SUSANA. Sepa usted, sin embargo, que cuando partí para Baden, lo hice menos para tomar las aguas como una mujer ociosa, que para reflexionar como una mujer sensata. A distancia nos damos mejor cuenta de nuestros verdaderos afectos. Quizás tenía usted para mí más importancia de lo que yo me figuraba. Partí para ver si podía pasar sin usted...

OLIVERIO. ¿Y qué?

SUSANA. Pues que me he pasado divinamente. Usted no me ha seguido; las cartas que me ha escrito no eran más que espirituales. Quince días después de mi partida, usted me era ya indiferente.

OLIVERIO. Los discursos de usted tienen un mérito enorme: la claridad.

SUSANA. A mi regreso, mi primera idea era no venir a verle, sino esperar, para tener esta explicación, a que el azar nos hubiera reunido. Pero he reflexionado, puesto que los dos somos personas de algún talento que, en lugar de eludir esta situación, era más digno afrontarla inmediatamente. Y aquí me tiene para preguntarle si de nuestro falso amor quiere usted hacer una amistad verdadera. *(Oliverio ríe).* ¿De qué se ríe usted?

OLIVERIO. Me río al pensar que, salvo las palabras, hace dos horas decía o, más bien, escribía yo la misma cosa.

SUSANA. ¿A una mujer?

OLIVERIO. Sí.

SUSANA. ¿A la linda Carlota de Lornan?

OLIVERIO. No la conozco.

SUSANA. Poco antes de mi viaje, usted no iba a visitarme con la asiduidad acostumbrada. En seguida comprendí que las explicaciones que usted me daba por no haber ido o los pretextos que anteponía para no ir, ocultaban algún misterio. Este misterio no podía ser más que una mujer. Un día que al salir de mi casa me dijo que iba a buscar a un amigo suyo, yo le seguí hasta la casa a donde usted iba. Gratifiqué con veinte francos al portero y supe que la señora de Lornan vivía en aquella finca y que usted iba a visitarla todos los días. Entonces comprendí que no le quería a usted, por-

que hice todo lo posible por volverme celosa y no lo he conseguido.

OLIVERIO. ¿Cómo es que no me ha hablado antes de la señora de Lornan?

SUSANA. Para hablarle hubiera sido preciso decirle que eligiese entre ella y yo. Como este amor era nuevo para usted, yo hubiera sido sacrificada, mi amor propio hubiera sufrido y procuré evitarlo.

OLIVERIO. Se equivoca usted. He ido, en efecto, a casa de la señora de Lornan; pero ella jamás ha sido para mí otra cosa que una buena amiga.

SUSANA. Eso no me importa. Usted puede amar pasionalmente a quien le parezca bien. Yo no le pido más que su amistad. ¿Me la concede?

OLIVERIO. ¿Y para qué si usted se aleja?

SUSANA. Precisamente. Los amigos son más estimados de lejos que de cerca.

OLIVERIO. Dígame toda la verdad.

SUSANA. ¿Qué verdad?

OLIVERIO. ¿Por qué se aleja usted de Francia?

SUSANA. Por alejarme.

OLIVERIO. ¿No hay otra razón?

SUSANA. Ninguna.

OLIVERIO. Entonces quédese.

SUSANA. No. Hay razones para que no me quede.

OLIVERIO. ¿Querrá usted decírmelas?

SUSANA. Pedir una confidencia á cambio de su amistad, no es conceder amistad, es venderla.

OLIVERIO. ¿Y qué va usted a hacer hasta su partida?

SUSANA. Continuaré en el campo. Sé que el campo le aburre a usted y por eso no le invito a que vaya.

OLIVERIO. Muy bien. Esto es una despedida correcta y mi papel de amigo no será difícil de desempeñar.

SUSANA. Más de lo que usted cree. Por la palabra amistad yo no entiendo esa banalidad tradicional que los amantes se ofrecen al separarse y que no es más que el último adiós de una indiferencia recíproca. Yo quiero una amistad inteligente, eficaz, sinónimo de sacrificio y de protección... si es necesaria, y sobre todo de discreción... A usted quizás no se le presentará más que una vez, y durante cinco minutos, la ocasión de demostrarme esta amistad; pero esto me bastará para creer en ella. ¿Está dicho?

OLIVERIO. Está dicho. *(Aparece el Criado).*

CRIADO. El señor de Nanjac pregunta si el señor puede recibirle. Aquí está su tarjeta. Viene de parte del señor conde de Latour y dice que el señor lo espera.

OLIVERIO. Es verdad. Inmediatamente soy con él.

SUSANA. *(Al criado).* Espere. *(A Oliverio).* Veamos esa tarjeta.

OLIVERIO. Aquí la tiene.

SUSANA. Perfectamente. ¿El señor de Nanjac es amigo de usted?

OLIVERIO. No lo he visto nunca.

SUSANA. ¿Cómo es que viene a verle?

OLIVERIO. Es testigo del señor de Latour, quien ha tenido una disputa con un amigo mío.

SUSANA. ¡Hay casualidades muy extrañas!

OLIVERIO. No me explico...

SUSANA. ¿Puedo salir sin que me vea?

OLIVERIO. Ya sabe usted que sí. Pero está usted muy nerviosa. ¿Acaso conoce al señor de Nanjac?

SUSANA. Me lo han presentado en Baden. Hablé con él dos o tres veces.

OLIVERIO. Empiezo a estar al cabo de la calle, como se dice vulgarmente. ¿De modo que este señor de Nanjac...

SUSANA. ¡Usted sueña!

OLIVERIO. Bien, bien.

SUSANA. Puesto que usted puede hacer que el señor de Nanjac me vea en esta casa, dígale que pase.

OLIVERIO. De ninguna manera.

SUSANA. *(Recobrando su serenidad).* Dígale que pase. Eso será mejor.

OLIVERIO. No entiendo una palabra. *(Hace seña al criado. Este anuncia).*

CRIADO. El señor de Nanjac. *(Vase.—Sale Raimundo.—Oliverio va a su encuentro).*

OLIVERIO. Perdone usted que le haya hecho esperar. *(Raimundo mira a Susana con asombro y emoción).*

SUSANA. ¿Es que no se acuerda usted de mí, señor de Nanjac?

RAIMUNDO. Creía recordar; pero no estaba seguro.

SUSANA. ¿Cuándo ha llegado de Baden?

RAIMUNDO. Anteayer. Pensaba tener el honor de ir a visitarla hoy; pero me lo han impedido acontecimientos inesperados.

SUSANA. Cuando le parezca bien visitarme puede ir, con la seguridad de ser bien recibido. Adiós, amigo Oliverio. No olvide lo que hemos convenido.

OLIVERIO. No lo olvidaré nunca.

SUSANA. *(A Raimundo).* Adiós, caballero. Espero que hasta pronto. *(Saludo general. Vase)*

OLIVERIO. *(Hace seña a Raimundo para que se siente).* Estoy a sus órdenes.

RAIMUNDO. *(Sentándose y con bastante sequedad).* Caballero, el asunto es muy sencillo. El señor de Latour, uno de mis amigos....

OLIVERIO. Perdone que le interrumpa. ¿El señor de Latour es amigo suyo?

RAIMUNDO. Sí, señor. ¿Por qué esta pregunta?

OLIVERIO. Es que algunas veces... ¿Es usted militar?

RAIMUNDO. Sí, señor.

OLIVERIO. Es que algunas veces un militar cree no poder rehusar el servir de testigo a una persona que apenas conoce o quizás a quien ni siquiera conoce.

RAIMUNDO. Es verdad. Nosotros rehusamos raramente este servicio. Pero yo conozco al señor de Latour, le estrecho la mano y le considero como un amigo. ¿No merece este título? ¿Es esto lo que usted quiere decir?

OLIVERIO. De ningún modo. Continúe.

RAIMUNDO. El señor de Latour estaba anteanoche en casa de la vizcondesa de Vernieres. Yo estaba con él... Había una partida de juego. Un joven que se encontraba allí... el señor de Maucroix...

OLIVERIO. Amigo mío.

RAIMUNDO. Dió lugar a un incidente desagradable. El señor de Latour, que había perdido ya una parte fuerte cantidad, dijo al empezar una nueva jugada, que él apuntaba bajo su palabra. Al oir esto, el señor de Maucroix, que tenía la mano, dió la baraja al que estaba a su derecha, diciédole: *Yo paso.* El señor de Latour vió en este hecho que rehu-

saba el aceptar su palabra como dinero y creyéndose ofendido, pidió una explicación al señor de Maucroix. Este respondió que aquel lugar no era a propósito para aquella discusión. Le nombró a usted, dió sus señas y el señor de Latour me suplicó que viniera a pedirle las explicaciones que su amigo no creyó oportuno darle personalmente.

OLIVERIO. Estas explicaciones son muy fáciles de dar, y creo que de todo este asunto no debe resultar para mí más que el honor de haberle conocido a usted. Jorge de Maucroix no ha querido ofender al señor de Latour. Ha cedido su mano porque es un derecho que tiene todo jugador, sobre todo cuando no quiere arriesgar en una jugada lo que ha ganado en otras varias.

RAIMUNDO. Pero el señor de Maucroix debió tomar esta decisión antes del compromiso del señor de Latour. Porque parece que si el dinero del señor de Latour hubiera estado sobre el tapete, el señor de Maucroix no hubiese cedido la baraja.

OLIVERIO. Eso no lo sabemos. Permítame que se lo diga. No podemos discutir más que el hecho visible y conocido por nosotros. Yo tengo el honor de repetirle las mismas palabras del señor de Maucroix: «que él no ha hecho más que lo que ha hecho muy a menudo, que es lo que todo el mundo hace». Por mi parte, yo, en lugar del señor de Latour, no hubiese reparado en ese detalle.

RAIMUNDO. Es posible que entre personas del orden civil suceda eso; pero entre nosotros, los militares...

OLIVERIO. No sabía que el señor de Latour fuese militar.

RAIMUNDO. Pero yo sí lo soy.

OLIVERIO. Quiero hacerle observar que aquí no se trata ni de usted ni de mí, sino del señor de Latour y del señor de Maucroix, y ninguno de los dos son militares.

RAIMUNDO. Desde el momento en que el señor de Latour me ha designado para representarle, yo trato la cuestión como si me afectara personalmente.

OLIVERIO. Perdone también que le diga que usted comete un error. Los testigos, convengo en ello, deben ser tan cuidadosos del honor de sus representados como de su propio honor; pero deben, sobre todo (es mi opinión), llevar a sus gestiones, un espíritu de conciliación o por lo menos de imparcialidad que, en caso desgraciado, ponga su responsabilidad a cubierto. Discutamos los hechos sin rebuscar en las suposiciones. Crea usted que no hay dos clases de honor, uno para el uniforme y otro para la levita. El corazón es el mismo bajo el uno y el otro vestido. Solo que la vida de las personas me parece una cosa bastante seria y debe discutírsela seriamente, porque es imposible hacerlo de otro modo cuando, a sangre fría, se va a llevar a dos hombres al terreno del honor. Si usted quiere, nosotros volveremos a celebrar otra en-

trevista, porque hoy, se lo digo francamente, parece que tiene usted bastante mal humor, del que no deben ser solidarios ni su amigo ni el mío... A menos que, por alguna causa que ignoro, puesto que es la primera vez que tengo el honor de encontrarme con usted, resulte que somos dos adversarios que necesitan testigos y no testigos que desean reconciliar a dos adversarios.

RAIMUNDO. *(Cambiando de tono).* Tiene usted razón. Es una cuestión personal la que me ha impulsado a expresarme de ese modo. Dispénseme y permítame al mismo tiempo que le hable con franqueza.

OLIVERIO. Hable usted.

RAIMUNDO. Soy muy franco, de una franqueza completamente militar, y voy a rogarle que sea usted franco conmigo.

OLIVERIO. Veamos.

RAIMUNDO. Los dos somos personas decentes, tenemos la misma edad, somos de la misma categoría social y, seguramente, si yo no hubiese vivido en Africa diez años, como un oso, hace mucho tiempo que nos hubiéramos conocido y que seríamos amigos. ¿Lo cree usted?

OLIVERIO. Empiezo a creerlo.

RAIMUNDO. He debido hablarle así desde el principio y no dejarme llevar de mi mal humor, evitándome la pequeña lección que usted acaba de darme, muy delicadamente. Si yo tropiezo con un hombre de mi carácter en vez de tropezar con una persona de buen sentido como usted, estaríamos a punto de desafiarnos, cosa verdaderamente es-

tupida. Autoríceme para hacerle las preguntas delicadas que un amigo (amistad de diez años) tendría el derecho de hacerle. Le doy mi palabra de que nada de lo que usted me diga ha de salir de aquí.

OLIVERIO. Estoy a sus órdenes.

RAIMUNDO. Gracias, porque esta conversación puede tener una gran influencia sobre mi vida.

OLIVERIO. Escucho.

RAIMUNDO. ¿Cómo se llama esa persona que estaba aquí cuando yo entré?

OLIVERIO. La baronesa de Ange.

RAIMUNDO. ¿Mujer de la buena sociedad?

OLIVERIO. Sí.

RAIMUNDO. ¿Viuda?

OLIVERIO. Viuda.

RAIMUNDO. ¿Qué relaciones?.... Respóndame como, por mi honor, yo le respondería si usted me hiciese esta pregunta. ¿Qué relaciones existen entre ella y usted?

OLIVERIO. *(Después de una pausa).* Relaciones de amistad.

RAIMUNDO. ¿Usted no es más que amigo suyo?

OLIVERIO. *(Marcando la palabra "soy").* No soy más que amigo suyo.

RAIMUNDO. Muchas gracias. Pero todavía una palabra. ¿A título de qué estaba en esta casa la señora de Ange?... ¿Sólo a título de amiga?

OLIVERIO. ¿No está autorizado que una señora distinguida pueda ir a casa de un hombre distinguido? ¿Por qué no? Y lo que prueba que la señora de Ange no hacía aquí nada que creyese deber ocultar, es que pudiendo salir por aquella puerta sin ser vista, salió sin re-

catarse después de haber hablado un instante con usted.

RAIMUNDO. Cierto. Pero tenía necesidad de esta explicación. Y cómo he prometido ser absolutamente franco con usted, voy a decirle todo. Soy oficial, de guarnición en Africa. Hace tres meses fuí herido de bastante gravedad y solicité licencia para acabar de curarme. Hace quince días llegué a Baden. Allí vi a la señora de Ange. Hice que me presentaran a ella. Inmediatamente produjo en mí una impresión extraordinaria. La he seguido a París y estoy locamente enamorado. Ella no ha facilitado de ningún modo este amor. Es joven, es linda... Yo me preguntaba si querría a alguno, porque su conducta en Baden era la de una mujer irreprochable. Comprenda usted mi emoción, mi asombro al encontrarla inesperadamente en esta casa. Comprenda mis sospechas, mis temores muy naturales, mi mal humor, disipado por el buen sentido de sus palabras. Y, en fin, comprenda esta explicación que le he pedido con franqueza y que usted me ha dado con cortesía. Yo espero que tendremos ocasión de volver a vernos. Cuénteme desde ahora en el número de sus amigos y tenga la seguridad de que yo estaré siempre a su completa disposición.

OLIVERIO. Le he dicho todo cuanto debía decirle. ¡Buena suerte!

RAIMUNDO. En cuanto a nuestros dos adversarios, creo que la cuestión puede arreglarse.

OLIVERIO. Esa es mi opinión.

RAIMUNDO. Haremos un pequeño resumen de nuestra conversación; lo daremos a conocer y asunto terminado.

OLIVERIO. Perfectamente. Hasta mañana, si usted quiere. Tendré el honor de pasar por su casa. En la tarjeta tengo la dirección. ¿A esta hora?

RAIMUNDO. A esta hora. Hasta mañana. *(Se dan la mano. Vase Raimundo.—Hipólito abre la puerta).*

HIPÓLITO. ¿Se puede pasar?

OLIVERIO. *(Saluda por última vez a Raimundo y vuelve a escena).* ¡Pobre muchacho!

HIPÓLITO ¿Qué ha pasado?

OLIVERIO. Un diluvio de historias, querido, sin contar las que vislumbro.

HIPÓLITO. ¿Y el asunto de De Maucroix?

OLIVERIO. Terminado.

HIPÓLITO. Tanto mejor. ¿Y la señora que regresaba de las aguas?

OLIVERIO. Todas mis combinaciones para el porvenir se desmoronan. Arlequín había arreglado las cosas muy bien; pero Colombina lo desbarata todo.

HIPÓLITO. Total: dos rupturas en un día.

OLIVERIO. Una antes... otra después. Si Tito estuviera en mi lugar podría acostarse temprano, porque no hubiese perdido su jornada.

HIPÓLITO. A mí también me pasa algo extraordinario.

OLIVERIO. ¿Qué es ello?

HIPÓLITO. Acabo de recibir de la señora de Vernieres una invitación que dice así: «La señora Vizcondesa de Vernieres ruega al señor Richond le haga el honor de asistir a la velada que dará en su

casa el próximo miércoles...» Sigue la dirección. Pero, ¿a que no adivinas lo que había al pie de la carta?... Había lo siguiente: «De parte de la señora de Santis, con expresivos recuerdos». Indudablemente, la señora de Santis quiere hablarme de su marido.

OLIVERIO. ¿Qué has contestado?

HIPÓLITO. Nada aún; pero iré.

OLIVERIO. Yo iré contigo.

HIPÓLITO. ¿También estás invitado?

OLIVERIO. En casa de la señora de Vernieres se está siempre muy invitado. Por otra parte va a hacerse en todo ese mundo una pequeña labor de intriga, que tendré el gusto de ver de cerca, ya que no quieren dejármela ver hasta que esté terminada. ¿Tienes apetito?

HIPÓLITO. Sí.

OLIVERIO. No perdamos minuto. Anda, vámonos a comer.

TELON

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de la señora de Vernieres

Al levantarse el telón están en escena la VIZCONDESA y un CRIADO.

VIZCONDESA. Que estén encendidas las luces de mi gabinete y de mi álcoba. *(El Criado, antes de hacer mutis, anuncia).*

CRIADO. La señora baronesa de Ange. *(Vase.—Sale Susana).*

SUSANA. Querida vizcondesa: no llego tan pronto como hubiese querido; pero usted sabe que cuando se habita en el campo no se puede responder siempre de su exactitud. Me he vestido en mi casa de París; pero todo está allí revuelto como después de una ausencia. Mañana, sin embargo, todo quedará puesto en orden.

VIZCONDESA. Tranquilícese. No llega usted tarde.

SUSANA. Siempre se llega con retraso cuando se va a hacer un favor.

VIZCONDESA. Es usted muy amable! ¿Ha recibido mi carta? ¿No le habrá molestado mi indiscreción?

SUSANA. Entre amigas no incomoda nada. Siempre se está a la recíproca. Aquí tiene lo que me ha pedido. *(Le da un billete de banco).* Si esto no fuera suficiente...

VIZCONDESA. Gracias. Esto me bastará. Pero tenía necesidad de esta suma hoy mismo.

SUSANA. ¿Por qué no me la pidió usted ayer?

VIZCONDESA. He creído hasta el último momento que me la podría facilitar el agente de negocios de la señora de Santis. Así me lo había prometido. Pero hoy a mediodía me dijo que no podía entregármela. Valentina se ha contrariado mucho también; pero en estos momentos no dispone de dinero. Yo había recibido una citación judicial... Tenía miedo a que me embargasen mañana... Y este escándalo es lo que yo quiero evitar.

SUSANA. Tiene usted razón. Es preciso pagar esta misma noche al acreedor que la persigue.

VIZCONDESA. Son dos.

SUSANA. Bien. A los acreedores que la persiguen.

VIZCONDESA. Voy a mandar a mi doncella.

SUSANA. No ponga usted a sus sirvientes en el secreto de estas cosas.

VIZCONDESA. Es que no puedo esperar a mañana. Esos hombres son capaces de presentarse a poco de amanecer.

SUSANA. Vaya usted misma.

VIZCONDESA. ¿Y mis invitados?

SUSANA. Yo haré los honores en nombre de usted. Aparte de que regresará casi seguramente antes de que llegue el primer invitado. ¿A quién espera usted?...

VIZCONDESA. A Valentina, a un señor Richond, amigo de su marido, y a quien ella me ha suplicado que invitase...; al señor de Nanjac... (¡Ay, si este matrimonio

pudiera hacerse!... Para eso yo cuento aun con usted... ¡sería nuestra salvación!) Marcela, usted, yo, y por último el señor marqués de Thonnerins. Estas somos las personas que hemos de reunirnos. No sé si vendrán el señor de Maucroix y el señor de Latour, y eso que su asunto ya está arreglado.

SUSANA. ¿No ha invitado usted al señor de Jalin?

VIZCONDESA. No viene nunca.

SUSANA. ¿Y está usted segura de que vendrá el marqués de Thonnerins?

VIZCONDESA. No ha contestado nada. Es señal de que vendrá.

SUSANA. Vaya usted a sus gestiones. Yo aquí espero.

VIZCONDESA. Tomaré un coche y volveré en diez minutos. Va usted a aburrirse. No sé si llevar conmigo a Marcela. Quizás no tenga necesidad de que me acompañe.

SUSANA. ¿Qué tiene que hacer ella en este asunto?

VIZCONDESA. Voy a decírselo. Como mis asuntos están muy embrollados, hay algunas cosillas que no podría salvar más que poniéndolas a nombre de otra persona. Entonces he hecho emancipar a Marcela, a quien su madre ha dejado algunos bienes, y de quien yo era tutora. Marcela puede ahora reivindicar lo que aun me pertenece, puesto que es legalmente su única garantía. Esto me pondrá siempre un poco al abrigo de nuevas demandas; pero quizás será

necesario que Marcela firme algún documento.

SUSANA. Entonces llévela con usted. *(Aparece el Criado y anuncia).*

CRIADO. El señor marqués de Thonnerins.

SUSANA. Voy a hablar con el marqués mientras usted vuelve.

VIZCONDESA. Y yo me voy sin que me vea; porque entonces no podría salir. Háblele de Marcela y del señor de Nanjac. El marqués puede sernos útil. *(Vase. El marqués sale por otra puerta).*

MARQUÉS. ¿Quién se aleja de ese modo?

SUSANA. La dueña de la casa, que tiene una gestión que hacer. Pero estará de vuelta dentro de un instante.

MARQUÉS. Es igual. Porque yo probablemente no la veré.

SUSANA. ¿No va usted a pasar la velada con nosotros?

MARQUÉS. No. dispongo de muy poco tiempo. Mi hija ha regresado del campo y debo acompañarla hoy a casa de mi hermano. He venido únicamente porque usted me ha escrito.

SUSANA. Quería hablarle; pero sin obligarle a venir del campo. Esto era abusar. ¿La señorita de Thonnerins sigue bien?

MARQUÉS. Divinamente.

SUSANA. ¿No dejará usted nunca que yo la vea? ¡Sería tan feliz aun viéndola de lejos!... Pero usted no querrá.

MARQUÉS. Querida Susana, de una vez para siempre convinimos ya sobre este particular. Creo inútil volver sobre él. Usted quiere hablarme y yo la escucho.

SUSANA. Usted me ha dicho que siempre que

fuese necesario estaría dispuesto a favorecerme.

MARQUÉS. Y lo repito.

SUSANA. Pero hoy con un tono tan frío, que no sé si será indiscreto exigir la promesa.

MARQUÉS. No creo haberle ofrecido nunca nada que no haya podido cumplir. Hoy, le hablo con el tono que conviene a mi edad. Ha llegado el momento en que debo acordarme de que no tengo veinte años, ni siquiera cuarenta. No debo ser más, bajo pena de ridículo, que lo que realmente soy: un viejo que desea ser útil a aquellos a quienes pudo enfadar alguna vez y que han tenido la generosidad de no hacérselo pagar.

SUSANA. Entonces, le responderé en el mismo tono. Yo, señor marqués, se lo debo a usted todo. Usted quizás lo olvide, que es el bienhechor. Pero yo, que estoy obligada,... yo no lo olvido. Usted pudo no haber tenido por mí más que un capricho pasajero... Usted me ha honrado con un poco de amor.

MARQUÉS. ¡Susana!...

SUSANA. Yo no era nadie y usted me concedió categoría. Por usted tengo mi puesto en una sociedad que es una desdicha para las mujeres que proceden de arriba, pero que es el *summum* para mí, que procedo de abajo. Pero, usted lo comprenderá fácilmente, la posición que tengo por usted, aunque nunca me hubiera atrevido a pretenderla, desde el momento que existe ha hecho nacer en mí ciertas ambiciones que

son la consecuencia inevitable. En la situación en que me encuentro es necesario que descienda más bajo de lo que estoy o que suba a lo más alto. El matrimonio es lo único que puede concederme lo que me falta.

MARQUÉS. ¿El matrimonio?

SUSANA. Sí.

MARQUÉS. Es usted ambiciosa.

SUSANA. No me desanime. Yo me había dicho lo mismo que usted dice en este momento: que era cosa imposible, porque necesitaba encontrar un hombre bastante confiado para creer en mí, bastante noble para imponerme a la sociedad, bastante valiente para defenderme, bastante enamorado para consagrarme toda su vida, bastante joven, bastante distinguido, bastante agradable para que él pudiera creerse querido y para que yo le quisiera.

MARQUÉS. ¿Y ha encontrado usted ese marido bastante confiado, bastante noble y bastante enamorado?

SUSANA. Sí.

MARQUÉS. ¿Y es bastante joven para creerse querido?

SUSANA. Es bastante joven para que yo le quiera.

MARQUÉS. ¿Usted le quiere?

SUSANA. Sí. ¿Qué le vamos a hacer? ¡No se es perfecta!

MARQUÉS. Y ese hombre, ¿se casará con usted?

SUSANA. A una sola palabra mía, él hará su petición.

MARQUÉS. ¿Por qué no la ha pronunciado usted aún?

SUSANA. Porque antes quería yo consultarle a usted. Es lo menos.

MARQUÉS. Pues le diré lo que hay que temer aquí: que ese hombre, seductor en apariencia, no haga en realidad más que una especulación. Que conozca el pasado y que creyéndola a usted muy rica le venda un apellido que sea su único recurso. Esto se ha visto muchas veces.

SUSANA. Hace diez años que ese hombre salió de Francia. No sabe nada de mi vida; si él supiera el menor detalle, partiría en el acto. Tiene veinte o veinticinco mil libras de renta; no necesita vender y puede comprar. Cuando usted sepa su nombre...

MARQUÉS. No quiero, no debo saberlo. Mi interés por usted puede llegar hasta querer que se cumplan sus deseos, pero no puede convertirse en auxiliar de las aspiraciones de su corazón, por honorables que sean los motivos que usted tenga. Y si, por casualidad, me nombrase a alguien que yo conociera, usted me pondría en el trance o de engañar a un hombre o de traicionarla.

SUSANA. Entre personas honradas lo menos es que los unos defiendan a los otros.

MARQUÉS. ¿Y qué ha resuelto usted?

SUSANA. He resuelto partir. Es lo más prudente. Pero es preciso que yo sea enteramente dueña de mi vida; es preciso que yo pueda dejar Francia, si es necesario que yo pueda dejar Europa, sin volver jamás a ella. A los

ojos de mi marido, mi matrimonio no debe tener ni por un solo instante la apariencia de un cálculo material. Necesito una fortuna casi igual a la suya y realizable en dos horas. Usted es mi tutor, usted sólo conoce mi verdadera fortuna. ¿A cuánto asciende?

MARQUÉS. Usted ha tenido hasta ahora quince mil libras de renta.

SUSANA. Sí.

MARQUÉS. Esto representa un capital de unos trescientos mil francos.

SUSANA. ¿Y ese capital?

MARQUÉS. A una sola palabra de usted a mi notario, que es el encargado de cobrar los intereses, pondrá todos los títulos a su disposición.

SUSANA. Decididamente es usted un gran señor.

MARQUÉS. Rindo mis cuentas.

SUSANA. Yo le deberé a usted todo, hasta la felicidad que voy a tener por otra persona.

MARQUÉS. Una mujer de talento no debe jamás nada a nadie.

SUSANA. Es un reproche indirecto.

MARQUÉS. Es un saldo general. *(Le besa la mano).* Le ruego que presente mis excusas a la vizcondesa. *(Vase.—Una pausa.—Aparece el Criado y anuncia).*

CRIADO. El señor de Nanjac. *(Vase.—Sale Raimundo).*

RAIMUNDO. Vengo de su casa. Esperaba que pasaríamos juntos algunos momentos, antes de venir a casa de la vizcondesa, y contaba con el placer de acompañar a usted.

SUSANA. La señora de Vernieres me envió una esquelita suplicándome que viniera más pronto. Tenía que hacerla un favor.

RAIMUNDO. Eso sería una excusa, si usted tuviera necesidad de ello. ¿Hablaba usted con la vizcondesa cuando yo he llegado?

SUSANA. No. Hablaba con el marqués de Thonnerins.

RAIMUNDO. ¿Ese señor tiene una hermana?

SUSANA. La duquesa de Haubeney.

RAIMUNDO. Mi hermana es muy amiga de ella. Desde mi regreso tiene un gran empeño en presentarme en aquella casa. Yo he rehusado siempre. Pero, ¿por qué ese empeño?

SUSANA. El marqués tiene una hija encantadora.

RAIMUNDO. ¡Qué me importa!

SUSANA. Que tendrá cuatro o cinco millones de dote.

RAIMUNDO. Me es indiferente, puesto que no pienso casarme con ella.

SUSANA. ¿Por qué no?

RAIMUNDO. Ni con la señorita de Thonnerins ni con otra, toda vez que es a usted a quien adoro.

SUSANA. ¡Qué chiquillada! ¡Pero si apenas me conoce usted!

RAIMUNDO. El día en que se ve por primera vez a la mujer que ha de quererse, ya se la quiere. Quizás se la quiere desde la víspera, antes de haberla encontrado. Se somete uno al amor, no se razona. Nace rápidamente o no llega a nacer. Me parece que hace diez años que la quiero a usted.

SUSANA. Sea. Pero si emplea poco tiempo para nacer, el amor tal vez emplea menos

para vivir. Sin embargo, las mujeres, sin creer en la eternidad de los sentimientos súbitos que inspiramos, queremos creer en la eternidad del amor. Usted me dice que me quiere y va a alejarse de París dentro de seis semanas, quizás para no volver nunca. ¿Tengo yo el aspecto de esas mujeres que son el capricho de un mes? Si usted lo ha pensado así, usted me injuria.

RAIMUNDO. ¿Qué la dije yo ayer?

SUSANA. Locuras... Que usted no quería volver a partir... que usted quería que yo fuese su mujer... La noche ha pasado por encima... la noche, que es siempre consejera...

RAIMUNDO. Pues yo no parto... Hoy mismo he enviado mi renuncia al ministro.

SUSANA. ¿No decía yo?... Siguen las locuras. Es imposible que usted no sienta antes de un año, quizás antes de un mes, este sacrificio que hace por mí. Le hablo como una amiga verdadera. Piense usted que soy una vieja a su lado. Tengo veintiocho años. A los veintiocho años una mujer es más vieja que un hombre de treinta. A mí me toca tener juicio por los dos.

RAIMUNDO. ¿Es preciso, pues, haber vivido, como usted dice, y haber agotado su corazón en las banalidades de los amores vulgares, para tener el derecho de rendirse a los treinta años? Yo, por el contrario, doy las gracias a Dios por haberme deparado desde mi juventud una vida activa, que ha conservado todas mis sensaciones intactas y enér-

gicas hasta la edad en que el hombre puede comprender verdaderamente lo que es el amor. ¡Usted me trata como a un niño! Yo, Susana, tenía diez años cuando murió mi madre adorada, y por joven que uno sea, el día que se pierde la madre se vuelve uno viejo rápidamente. La vida en el campo, las largas jornadas pasadas en las soledades, a la orilla del mar, la muerte afrontada a diario, el recuerdo de mis mejores amigos muertos a mi lado,... todo ello, ¿cree usted que no ha acelerado mi pensamiento y que no me han hecho vivir dos veces mis años? Yo tengo cabellos grises, Susana, yo soy un viejo... ¡Quiérame usted!

SUSANA. Si yo le quiero y usted aún duda de mí, como lo ha demostrado cuando me vió en casa del señor de Jalin, a quien yo iba a hablar de usted; si es preciso que yo luche sin cesar contra sus sospechas, contra sus celos... ¿qué he de hacer yo?

RAIMUNDO. Lo que yo dije a Oliverio demostraba mi amor. ¿Cuál es el hombre enamorado sinceramente de una mujer que tolere que pueda ser motivo de sospechas? El amor no vive sin la estimación.

SUSANA. ¡Es verdad! Y comprendo que estos celos que le reprocho, también los sufriré; quizás ya los sufro. Lo que me agrada en usted es la certeza de que no ha querido nunca. Pero si yo fuera su mujer, querría ocultar mi amor y mi felicidad a los ojos de todo el mun-

do. Quisiera hasta poder alejarme de esta sociedad en que vivo, porque está llena de mujeres más hermosas y más jóvenes que yo, a las que usted podría querer algún día. El matrimonio, tal como yo lo comprendo, sería el aislamiento eterno.

RAIMUNDO. Susana, así es como yo quiero; así es como deseo verme querido. Partiremos cuando usted quiera, desde mañana mismo, y no regresaremos nunca.

SUSANA. ¿Y su hermana?... ¿Qué dirá, Dios mío?

RAIMUNDO. Mi hermana me dirá: «Si quieres a esa mujer, si te quiere y es digna de tí, cásate con ella».

SUSANA. Pero su hermana no me conoce, amigo mío. Me cree joven y linda. Supone que tengo una familia que vendría a ser la suya. No sabe que estoy sola en el mundo y que mi matrimonio la separará de usted, porque debemos alejarnos de aquí. Si ella supiera todo esto, le aconsejaría lo mismo que yo le aconsejo ahora. Usted la quiere; usted acabaría por creerla.

RAIMUNDO. Mi hermana vivirá con nosotros. Nada le impide seguirnos a otras tierras.

SUSANA. Haga usetd primero que me conozca. Quiero agradarla, quiero ganar su estimación y su cariño; quiero que brote en ella la idea de hacerme su hermana, quiero que ella desee esta unión en vez de aceptarla.

RAIMUNDO. Todo lo que usted quiera.

SUSANA. ¿Y sus amigos, a los cuales usted irá a pedir consejo?

RAIMUNDO, Yo no tengo amigos.

SUSANA. ¿El señor de Jalin?

RAIMUNDO. Es el único. Confiese usted que merece esta amistad. Es un corazón leal.

SUSANA. Cierto. ¡Pero nuestra reputación depende de tan poca cosa!... Si usted habla de este matrimonio y por cualquier razón no se verifica, ¡en qué situación tan falsa y tan ridícula me encontraría yo! Si alguna vez le causo yo un pesar, vaya a comunicárselo a Oliverio; pero hasta entonces guarde usted nuestro secreto. La verdadera felicidad es aquella que nadie conoce.

RAIMUNDO. Tiene usted razón... Razón siempre.... Ahora verá usted... Aunque Oliverio tiene derecho a esta confidencia, aunque apenas nos hemos separado en estos últimos cuatro días, no me ha preguntado nada, y el nombre de Susana sólo se ha pronunciado una vez. Es cosa decidida. No diré nada ni a mi hermana ni a Oliverio. ¿Es esto?

SUSANA. Sí.

RAIMUNDO. Cada vez es mayor mi cariño.

SUSANA. Alguien llega. *(Aparece el Criado y anuncia).*

CRIADO. El señor de Jalin. El señor Richond. *(Vase).*

SUSANA. ¡Oliverio!... ¿Qué viene a hacer aquí? *(Salen Oliverio e Hipólito).*

OLIVERIO. ¿Cómo?... ¿No está la vizcondesa?... ¿Y a esto se llama recibir?...

SUSANA. La vizcondesa vendrá en seguida.

OLIVERIO. Jamás podría elegir mejor representante, y puesto que usted hace los honores, permítame, baronesa, que le presente a mi amigo Hipólito Richond.

HIPÓLITO. *(Saludando).* Señora...

SUSANA. *(El mismo juego).* Caballero...

OLIVERIO. Querido Raimundo, ¿cómo sigue usted desde esta mañana?

RAIMUNDO. A las mil maravillas.

SUSANA. Es muy agradable ver tan amigos a dos hombres que no se conocían hace una semana.

OLIVERIO. Querida baronesa, entre los hombres honrados existe un lazo misterioso que los une aun antes de conocerse y que sella fácilmente su amistad el día en que se encuentran. Querido Raimundo, le presento uno de mis buenos amigos—yo tengo dos ahora—Hipólito Richond, que ha viajado mucho, que ha estado en Africa y que podrá hablar con usted.

RAIMUNDO. Tanto gusto. ¿De modo que usted conoce ese hermoso país del que tan mal se habla?... *(Se alejan conversando).*

OLIVERIO. *(A Susana).* Creía que estaba usted en el campo...

SUSANA. He regresado esta tarde.

OLIVERIO. ¿Qué tiene usted que contarme de nuevo?

SUSANA. Nada absolutamente.

OLIVERIO. Entonces soy yo quien va a darle noticias.

SUSANA. Veamos.

OLIVERIO. El señor de Nanjac está enamorado de usted.

SUSANA. ¡Y usted tiene humor de bromas!

OLIVERIO. ¿Es que él no le ha dicho nada?

SUSANA. No.

OLIVERIO. ¡Es curioso! Pues me lo ha dicho a mí.

SUSANA. Vamos, es que lo ha tomado desde más lejos.

OLIVERIO. Prepárese para oir una declaración.

SUSANA. Hace usted bien en prevenirme.

OLIVERIO. ¿Por qué?

SUSANA. Porque voy a apresurarme para hacerle comprender que perderá el tiempo.

OLIVERIO. Entonces, ¿usted no quiere al señor de Nanjac?

SUSANA. ¿Yo? ¡Qué idea!

OLIVERIO. ¿Ni siquiera un poco?

SUSANA. Ni poco ni mucho.

OLIVERIO. ¿Ni pasionalmente?... Entonces, ¿nada en absoluto?

SUSANA. Nada en absoluto, como usted dice.

OLIVERIO. Me he equivocado lindamente; pero me alegran mucho sus palabras.

SUSANA. ¿Por qué?

OLIVERIO. Ya se lo contaré cuando estemos absolutamente solos.

SUSANA. Procure que sea pronto. Usted sabe que voy a emprender un viaje.

OLIVERIO. Sí; pero aún no lo ha emprendido.

SUSANA. Nadie me detendrá.

OLIVERIO. ¡Yo!... Así lo espero.

SUSANA. Tenga cuidado. Iré a pedir protección a la señora de Lornan.

OLIVERIO. La señora de Lornan no se preocupa de mí. Llevo tres días yendo a su casa y no me recibe.

SUSANA. ¿Quiere usted que vaya a verla y que le reconcilie con ella?

OLIVERIO. ¿Usted?...

SUSANA. Sí.

OLIVERIO. ¿Es que ella la recibirá a usted y a mí no?

SUSANA. Quizás... A mí se me recibe cuando quiero ser recibida... Estoy a sus órdenes. *(Se aleja).*

OLIVERIO. Esto parece una amenaza. Ya veremos. *(Salen la Vizcondesa y Marcela).*

VIZCONDESA. Perdonen ustedes

SUSANA. *(A la Vizcondesa).* ¿Qué?

VIZCONDESA. Todo arreglado. Gracias.

MARCELA. *(A Susana).* ¿Sigue usted bien, señora?

SUSANA. Bien, ¿y usted, señorita?

MARCELA. Sin novedad. ¡Es una cosa desesperante! Cuando una mujer está bien siempre, nadie se interesa por ella.

SUSANA. Yo la he oído toser algunas veces cuando ha trasnochado.

MARCELA. Eso no tiene importancia. Desde que tengo uso de razón estoy constipada. Yo cogí frío al venir al mundo.

VIZCONDESA. *(A Hipólito, que Oliverio le acaba de presentar).* Ha sido usted muy amable, caballero, al aceptar mi invitación, precisamente por ser un poco irregular. La señora de Santis... Usted conoció a su marido...

HIPÓLITO. Sí, señora.

VIZCONDESA. La señora de Santis deseaba hablarle de un asunto grave. No ha terminado aún la instalación de su casa. Me ha hecho el honor de creer y de decirme que usted vendría a mi casa. Quiero mucho a Valentina y deseo ardientemente que lo que ella anhela se realice.

HIPÓLITO. Si no depende más que de mí, eso se hará.

MARCELA. ¿No ha venido el señor de Thonnerins?

SUSANA. Me ha encargado que le excusara. Ha venido para decir que no venía. Hoy recibe su hermana.

MARCELA. ¡Yo hubiera querido verle!

VIZCONDESA. A propósito, señor de Nanjac, ¿no me había prometido que nos traería a su hermana?

RAIMUNDO. Sí, señora; pero su duelo no ha terminado y todavía no está completamente bien. Cuando esté restablecida tendré el honor de presentársela.

OLIVERIO. *(A Raimundo).* Oiga usted.

RAIMUNDO. ¿Qué?

MARCELA. Señor de Nanjac...

OLIVERIO. En dos minutos le diré lo que tengo que decirle.

RAIMUNDO. Señorita...

MARCELA. Amigo Oliverio, présteme usted un momento al señor de Nanjac. Se lo devolveré en seguida. *(A Raimundo).* Tengo que hablar con usted; pero antes quíteme la aguja de mi sombrero.

HIPÓLITO. *(A Oliverio).* Esta señorita parece tener mucho talento.

OLIVERIO. Es una señorita. Tú no debías haber dudado.

MARCELA. Señor de Nanjac... ¿Sabe que hay una conspiración contra usted?

RAIMUNDO. ¿De veras, señorita?

MARCELA. Sí. Quieren que se se case usted conmigo.

RAIMUNDO. Pero...

MARCELA. No intente ser galante. Ni usted quiere ser mi marido ni yo debo ser su mujer. Usted quiere a una persona que vale más que yo. Lo he adivinado; pero no lo diré. Ahora que usted no tiene nada que temer, acompáñeme. Mi tía creerá que usted me hace el amor. Esto la llenará de satisfacción. Es preciso hacer algo por los parientes; pero yo soy una buena persona y he resuel-

to prevenir a los desgraciados que no saben lo que se les prepara. Después de esto, tenga cuidado de no apabullarme el sombrero. No tengo más que este y creo que no está pagado. *(Vase riendo con Raimundo).*

VIZCONDESA. *(A Susana).* ¿Qué le había yo dicho? Eso marcha bien.

HIPÓLITO. Ese señor de Nanjac parece un hombre de buen corazón.

OLIVERIO. Es un hombre encantador, a quien yo procuraré salvar, aun a riesgo de arrepentirme después. *(El Criado anuncia).*

CRIADO. La señora de Santis.

OLIVERIO. Ahí tienes tu asunto. *(Sale Valentina).*

VIZCONDESA. Ha llegado usted la última.

VALENTINA. *(Bajo a la Vizcondesa).* El señor de Latour no quería dejarme salir. He apelado a todos los medios para escaparme. No sabe que estoy aquí. ¿Dónde está el señor Richond?

VIZCONDESA. Está hablando con Oliverio.

VALENTINA. ¡El corazón me da unos latidos enormes!

SUSANA. ¡Valor!

OLIVERIO. *(Aproximándose a Valentina).* ¿Cómo sigue usted?

VALENTINA. Muy bien. Gracias.

OLIVERIO. Viene usted hoy como una burguesita. Le sienta admirablemente ese vestido. Voy a presentarle a mi amigo Richond. Puesto que usted ha hecho que le invitasen, seguramente es que quiere conocerle.

VALENTINA. Preséntemele.

OLIVERIO. Mi amigo Hipólito Richond... La señora de Santis...

HIPÓLITO. Señora...

VALENTINA. Hace mucho tiempo, caballero, que deseaba conocerle personalmente.

HIPÓLITO. Es usted muy buena, señora. Yo he estado muy poco en Francia desde hace diez años.

VALENTINA. *(A Hipólito, después de asegurarse de que no pueden oirla).* Vamos, Hipólito, ¿qué piensa usted hacer de mí?

HIPÓLITO. ¿De usted, señora?

VALENTINA. Sí.

HIPÓLITO. Pues pienso hacer lo que he hecho hasta ahora.

VALENTINA. Mi situación ya no es tolerable.

HIPÓLITO. ¿Por qué?

VALENTINA. ¡Usted me lo pregunta! Hace diez años que no nos hemos hablado. Y, sin embargo, yo soy su mujer.

HIPÓLITO. Legalmente, sí.

VALENTINA. Usted me ha querido.

HIPÓLITO. Mucho. Creí morir. Afortunadamente no me he muerto.

VALENTINA. ¿Y ahora?

HIPÓLITO. Ahora no me acuerdo de usted y me es tan indiferente como si no existiera.

VALENTINA. Pero usted ha venido aquí sabiendo que iba a verme. Si yo le fuera tan indiferente, no habría venido.

HIPÓLITO. Se equivoca usted. He venido justamente porque no tenía nada que temer de este encuentro.

VALENTINA. Entonces, ¿usted no me perdonará nunca?

HIPÓLITO. ¡Nunca!

VALENTINA. ¿Y usted no volverá a recibirme en su casa?

HIPÓLITO. Aunque quisiera no podría.

VALENTINA. Lo que se me ha dicho, ¿es cierto?

HIPÓLITO. ¿Qué le han dicho?

VALENTINA. Que su casa está ocupada.

HIPÓLITO. Por personas que yo quiero. Es verdad.

VALENTINA. Pero a las que yo puedo echar de allí.

HIPÓLITO. Usted sabe muy bien que el único de los dos que tiene derecho para amenazar soy yo. No lo olvide. Después de tres años de disgusto, de soledad, de desesperación, durante los cuales, si el corazón de usted hubiese encontrado una palabra, una lágrima de arrepentimiento, yo la habría perdonado porque seguía queriéndola. Después de tres años de una vida insufrible, he adquirido el derecho de vivir como mejor me parezca. En una familia formada al azar, en un hogar prestado, encontré la felicidad que usted no creyó que me debía conceder. Véase a qué extraña situación puede conducir a un hombre honrado la falta de su mujer. Yo sé todo lo que usted ha hecho después de nuestra separación. Hasta hoy no se le ha ocurrido la idea de reconciliarse conmigo. Ha dilapidado usted su fortuna en los gastos de una vida ociosa y desordenada. Agotados los recursos, usted se ha dicho: «Veamos ahora si mi marido quiere perdonarme». Y, sin embargo, ni una palabra nacida del corazón he visto salir de sus labios. No, señora, no... Todo ha terminado entre nosotros. Usted, para mí, como si hubiese muerto.

VALENTINA. ¿De modo que no le importa lo que yo pueda hacer?

HIPÓLITO. Haga usted lo que mejor le parezca. Como ya no la quiero ni la querré nunca, usted no puede hacerme desgraciado. Soy un hombre decente y usted no puede ponerme en ridículo.

VALENTINA. Eso era lo que yo quería saber. Usted será el causante de todo lo que suceda.

HIPÓLITO. Pues entonces, adiós. Tenga la seguridad de que no nos volveremos a ver en la vida. *(Salen Marcela y la Vizcondesa).*

MARCELA. ¿Es que se marcha usted, caballero?

HIPÓLITO. Sí, señorita. *(Saluda a Valentina).* Señora...

VALENTINA. Caballero...

VIZCONDESA. ¿Ya nos deja usted, señor Richond? ¡Poco amable!

HIPÓLITO. Es que he prometido volver temprano.

VIZCONDESA. ¿Por qué no ha traído a su señora?

HIPÓLITO. Porque yo sólo he sido el designado por la señora de Santis.

VIZCONDESA. Recibo todos los miércoles. Cuando usted y su señora quieran hacerme el honor de venir a tomar una taza de té con nosotros, serán cariñosamente recibidos.

HIPÓLITO. *(A Oliverio).* Te veré mañana. Tengo que hablar contigo. *(Saluda y vase).*

MARCELA. Con estos hombres casados no se puede contar nunca.

RAIMUNDO. *(A Oliverio).* ¿Usted no quiere decirme algo?...

OLIVERIO. Sí. He observado que no ha vuelto usted a hablarme de la señora de Ange. ¿Qué ha pasado de aquel amor tan enorme?

RAIMUNDO. Que he renunciado a él.

OLIVERIO. ¿Ya?

RAIMUNDO. Sí. Perdía el tiempo.

OLIVERIO. ¿Y ha resuelto usted inmediatamente?

RAIMUNDO. ¿Qué había de hacer?

OLIVERIO. Es muy justo. ¿Sabe usted que se ha hecho completamente parisino? Es usted más razonable de lo que yo creía. Le felicito, y esto me anima para darle un consejo.

RAIMUNDO. ¿Cuál?

OLIVERIO. ¿Ha prometido a la vizcondesa que le presentaría a su hermana?

RAIMUNDO. Sí.

OLIVERIO. Bueno; pues no la traiga usted aquí.

RAIMUNDO. ¿Por qué? ¿La casa de la vizcondesa no es una casa conveniente?

OLIVERIO. No digo eso. Pero... la mejor casa a veces no es la que tiene mejor fisonomía. Rascando un poco sobre esta superficie, va usted a ver lo que hay debajo. Escuche usted. *(Alto).* ¿No veremos hoy al señor de Latour?

VIZCONDESA. Me ha escrito excusándose. Un asunto imprevisto...

MARCELA. Si el que inventó esas tres palabras: *Un asunto imprevisto,* las hubiera patentado, habría ganado una fortuna.

OLIVERIO. El señor de Latour quizás no miente. Por casualidad esta vez puede que diga la verdad.

MARCELA. ¿Qué le ha hecho a usted? Usted habla mal de él siempre y él sólo habla bien de usted.

OLIVERIO. No hace más que lo que debe.

VALENTINA. Es un hombre encantador, muy decente, muy elegante, muy bien educado. Esto no es un reproche que se le pueda hacer a todo el mundo.

OLIVERIO. Lo tiene todo... ¡Claro! Por eso gasta enormemente su fortuna.

VALENTINA. Cierto.

OLIVERIO. ¡La verdad es que para lo que le cuesta!... Juega todas las noches y gana siempre.

VIZCONDESA. ¿Quiere usted decir que hace trampas?

OLIVERIO. No. Digo solamenrte que tiene suerte en el juego, y no se tiene suerte como se tienen patas de gallo en la cara, sin hacerlo a propósito.

RAIMUNDO. Querido Oliverio, no olvide que yo era testigo del señor de Latour.

OLIVERIO. Al que conoció en Baden en la mesa de la fonda de un balneario. Usted, querido Raimundo, es una persona decente y cree que todo el mundo es lo mismo, cosa de cierto peligro. Yo no hubiese consentido jamás el lance de honor que el señor de Latour hacía ver que deseaba.

SUSANA. ¿Es que va usted a decir que no es valiente? Tuvo su primer duelo a los diez y ocho años y mató a su adversario.

VIZCONDESA. ¡Así se entra en la vida!

OLIVERIO. En la vida de los demás. Yo no aludo al valor del señor de Latour. Yo digo solamente que un hombre de honor como el señor de Maucroix no debe batirse nunca con el señor de Latour, y que a este caballero no debe servirle de testigo un hombre de honor como el señor de Nanjac.

SUSANA. ¡Por Dios, amigo Oliverio! El señor de Latour vale tanto como el señor de Maucroix.

OLIVERIO. No; porque el señor de Latour, que pasa por conde, es hijo de un miserable usurero de las Salinas, que le dejó unos cincuenta mil francos, con los cuales su señor hijo se logra, gracias al juego, una renta de cuarenta mil francos anuales.

VALENTINA. Yo le digo a usted que desciende de una gran familia.

OLIVERIO. Por lo menos, muy salada. Pues yo lo que le digo es que señoras que se llaman de la buena sociedad...

VIZCONDESA. Que lo son, amigo mío.

OLIVERIO. Que lo son, si usted quiere, reciban tan fácilmente a un hombre que nadie recibe y que acabará por hacer alejar de sus casas a todos los hombres decentes. Tengo la seguridad de que si el señor de Briade, el señor de Bonchamp, todos esos caballeros como les llama la señora de Santis, no han venido hoy a esta casa, es porque han temido encontrarse aquí con el señor de Latour.

VIZCONDESA. Ya se ha hablado bastante de este asunto! *(Pausa).*

OLIVERIO. ¡Señora de Santis! ¡Señora de Santis!

VALENTINA. ¿Qué?

OLIVERIO. Su piso de la calle de la Paz, ¿está ya al corriente?

VALENTINA. ¿Qué le importa? No creo que vaya usted a ir muy a menudo.

OLIVERIO. Gracias. ¿Y su marido?

VALENTINA. ¿Mi marido?

OLIVERIO. Está al corriente, ya lo sé. Mi amigo Richond acaba de dar a usted noticias suyas. ¿Picará el anzuelo de la

reconciliación y pagará el raso de China azul y el brocatel amarillo?

VALENTINA. ¿Mi marido?... ¡Va a saber quién soy yo!

OLIVERIO. Eso le va a gustar mucho.

VALENTINA. Voy a presentar una querella contra mi marido.

OLIVERIO. ¡Es una idea! Falta saber si es buena. ¿Y por qué esa querella?

VALENTINA. Ya lo verá usted. Yo sé hazañas de mi esposo y mi abogado sacará de ellas mucho partido. Después de todo, yo soy su mujer.

OLIVERIO. ¿De su abogado?

VALENTINA. Amigo mío, usted tiene talento una vez a la semana. Le tocaba ayer. Hoy debe callarse.

OLIVERIO. ¿Sabe usted que no está mal del todo eso que acaba de decir?

MARCELA. Digan lo que quieran, Valentina, usted está en su derecho. Usted ganará el pleito. Yo se lo aseguro. Usted no hable más, Oliverio.

OLIVERIO. Hablando usted, señorita, yo no hablo. Porque no me ocupo más que de las cosas que conozco y, como no sé nada de comiditas ni de muñecas, jamás hablo con las niñas.

MARCELA. ¿Dice usted eso por mí?

OLIVERIO. Sí, señorita.

MARCELA. Yo hablo de las cosas que ustedes hablan. Cuando las personas mayores se ocupan de ciertas cosas delante de las niñas, las niñas tienen derecho para tomar parte en la conversación. Aparte de que no soy una niña.

OLIVERIO. ¿Pues qué es usted?

MARCELA. Soy una mujer, y como una mujer hablo.

OLIVERIO. Diga usted mejor que habla como un hombre.

MARCELA. ¡Caballero!...

VALENTINA. Sería extraño que no acabara usted con una impertinencia.

VIZCONDESA. *(Llevando hacia sí a Marcela).* Va usted demasiado lejos, señor de Jalín. Esta criatura no le ha hecho nada. Si otra vez tiene usted necesidad de decir cosas desagradables a otra persona y está usted en mi casa, será a mí, únicamente a mí, a quien habrá de decirlas. Ven, Marcela. Señor de Nanjac, ¿nos acompaña usted?

RAIMUNDO. En seguida soy con ustedes. *(Vanse todas las mujeres).*

OLIVERIO. Ya ha oído usted, mi querido amigo. Qué, ¿traerá a su hermana a esta monada de casa?

RAIMUNDO. ¿De modo que todo lo que usted ha dicho es verdad?

OLIVERIO. Absolutamente verdad.

RAIMUNDO. ¿De modo que ese señor de Latour?...

OLIVERIO. Es un caballero de industria.

RAIMUNDO. ¿Y esa señora de Santis?...

OLIVERIO. Es una mujer sin corazón y sin talento, que deshonraría el apellido de su esposo, si su esposo no la hubiera prohibido que lo emplease.

RAIMUNDO. ¿Y la señorita Marcela?

OLIVERIO. Es una muchacha casadera, producto anodino de este mundo en que estamos.

RAIMUNDO. Pero, ¿en qué mundo estamos? Porque la verdad es que no comprendo una palabra.

OLIVERIO. ¡Ay, amigo mío! Es preciso haber vivido como yo, desde hace tiempo, en la intimidad de todos los mundos parisinos, para comprender los matices de éste; y aun así, esto no es fácil de explicar. ¿Le gustan a usted los melocotones?

RAIMUNDO. *(Extrañado).* ¿Los melocotones? Sí.

OLIVERIO. Bueno. Pues entre usted cualquier día en una frutería y pida al frutero sus mejores melocotones. El le enseñará una cesta con ejemplares magníficos, colocados a alguna distancia los unos de los otros y separados por hojas, a fin de que no puedan tocarse ni corromperse por el contacto. Pregúntele el precio y le contestará: «Dos reales cada uno...», por ejemplo. Mire usted a su alrededor y verá, seguramente, próxima a esta cesta, otra cesta llena de melocotones aparentemente iguales a los primeros, solo que más apretados los unos con los otros, no dejándose ver por todos los lados, y que el vendedor no le habrá ofrecido. Pregúntele usted: «Estos, ¿a cuánto?» Y le responderá: «A medio real». Usted le dirá en seguida, como es natural, por qué estos melocotones tan gordos, tan preciosos, tan maduros, tan apetitosos, cuestan menos caros que los otros. Entonces el vendedor tomará uno al azar, lo más delicadamente posible, entre dos de sus dedos, le dará la vuelta y le enseñará a usted, por debajo, un puntito negro que es la causa de ese precio inferior. Pues

bien, amigo mío: usted está aquí en la cesta de los melocotones de a medio real. Las mujeres que nos rodean tienen todas una falta en su pasado, una mancha en su nombre, y se aprietan las unas contra las otras para que se les note lo menos posible. Con el mismo origen, el mismo exterior y los mismos prejuicios que las mujeres de la buena sociedad, éstas no se encuentran bien en ella y componen lo que llamamos el *Demi-Monde*, que navega como una isla flotante por el oceano parisino, y que llama, que recoge, que admite todo lo que cae, todo lo que emigra, todo lo que huye de la tierra firme, sin contar los náufragos de ocasión y que vienen no se sabe de dónde.

RAIMUNDO. ¿Y dónde vive particularmente ese mundo?

OLIVERIO. Por todas partes, indistintamente; pero un parisién lo conocerá en seguida.

RAIMUNDO. ¿En qué lo conocerá?

OLIVERIO. En la ausencia de los maridos. Este mundo está lleno de mujeres verdaderamente casadas, pero cuyos marinos no se ven nunca.

RAIMUNDO. Pero, ¿de dónde procede ese extraño mundo?

OLIVERIO. Es de moderna creación. Antiguamente no existía el adulterio como nosotros lo comprendemos. Las costumbres eran mucho más sencillas y había, para definir esa cosa que representa hoy la palabra adulterio, otra palabra más trivial y que ridiculizaba más al marido que no condenaba a su mujer. Pero desde que los mari-

dos, escudados en el Código, tienen el derecho de excluir del seno de la familia a la mujer que olvida sus deberes, se ha operado en las costumbres conyugales una modificación que ha creado un nuevo mundo; porque todas esas mujeres, comprometidas, repudiadas, ¿qué iban a hacer?... La primera que se vió echada a la calle fué a ocultar su vergüenza y a llorar su falta en el rincón más sombrío que pudo encontrar... Pero... ¿y la segunda?... La segunda se fué a buscar a la primera, y cuando estuvieron juntas llamaron desgracia a lo que era una falta; un error a lo que era un delito, y empezaron a consolarse y a defenderse la una y la otra; cuando fueron tres se decidieron a ir a comer, y cuando fueron cuatro acordaron organizar un baile. Entonces, alrededor de esas mujeres, vinieron a agruparse poco a poco: las muchachas que inician su vida social con una falta; las falsas viudas; las mujeres que llevan el apellido del hombre con quien viven; algunos verdaderos matrimonios que han estado en calidad de aspirantes viviendo ya juntos durante muchos años. En fin, todas las mujeres que quieren hacer creer que han sido distinguidas y que no quieren parecer lo que son. A la hora presente, este mundo irregular funciona regularmente, y esta sociedad bastarda es encantadora para la gente joven. El amor es aquí más fácil que arriba y menos caro que abajo.

RAIMUNDO. Pero este mundo ¿a dónde va?

OLIVERIO. No se sabe nada. Unicamente se sabe que bajo esta superficie brillante, dorada por la juventud, la belleza, la fortuna, bajo este mundo de encajes, de risas, de fiestas y de amor, se deslizan dramas siniestros y se preparan sombrías expiaciones, escándalos, ruinas, familias deshonradas, procesos, hijos separados de sus madres y que se ven obligados a olvidarlas pronto para no maldecirlas después. Cuando la juventud se va, los cortesanos se alejan... Entonces llegan del fondo del pasado, para acaparar el porvenir, las penas, los remordimientos, el abandono y la soledad. Entre esas mujeres, unas se agregan a un hombre que ha hecho la tontería de tomarlas en serio, y destrozan su vida como ellas han destrozado la suya... Otras desaparecen sin que vuelva a saberse su paradero.... Aquéllas se adhieren a este mundo, como la vizcondesa de Vernieres, y en él mueren entre el deseo de subir y el miedo de descender... Las otras, sea porque se arrepienten sinceramente, sea por temor al vacío que se hace alrededor de ellas, imploran, en nombre de los intereses de familia, en nombre de sus hijos, el perdón de su marido. Amigos de ambos intervienen, se exponen un puñado de buenos razonamientos. La mujer es vieja, no hará ya que se hable de ella; se recompone lo mejor que se puede este matrimonio en ruinas, se revoca la fachada, se van

uno o dos años a una finca campestre; después se regresa; el mundo cierra los ojos y de cuando en cuando deja entrar por una puertecita a aquellas que habían salido públicamente por la puerta grande.

RAIMUNDO. ¡Cómo! ¿Todo eso es verdad? Si le oyera la baronesa se quedaría encantada.

OLIVERIO. ¿Por qué?

RAIMUNDO. Porque ya me ha dicho ella todo eso.

OLIVERIO. ¿Ella?

RAIMUNDO. Sí. Con menos ingenio; lo confieso.

OLIVERIO. *(Aparte).* Me parece bastante espiritual lo que ha hecho esa mujer. *(Alto).* Pues si la baronesa conoce tan perfectamente este mundo, ¿por qué alterna con él?

RAIMUNDO. Eso mismo le he preguntado. Y me ha respondido que amistades antiguas le hacían venir a él de cuando en cuando. La señora de Santis, por ejemplo, es amiga suya de la infancia. Además, se interesa por Marcela, a la que quisiera arrancar de la peligrosa situación en que se encuentra. Sin embargo de todo ello, no tardará en romper con esta sociedad.

OLIVERIO. ¿Cómo?

RAIMUNDO. Es un secreto; pero dentro de una semana usted sabrá una gran noticia. *(Sale Marcela).*

MARCELA. Señor de Nanjac, pregunta por usted la señora de Ange. Quiere hablarle. *(Vase Raimundo).* Quédese, señor de Jalín. Tengo que hablar con usted.

OLIVERIO. A sus órdenes, señorita.

MARCELA. Ha sido usted muy cruel conmigo. Me ha hecho usted llorar. ¿Qué le había hecho yo?

OLIVERIO. Nada, absolutamente.

MARCELA. No es la primera vez que usted me trata mal. Sé que tiene de mí mala opinión. Eso me han dicho.

OLIVERIO. La han engañado.

MARCELA. Antes no era usted así conmigo. Siempre tenía frases amables que decirme. Casi creía yo en su amistad. Usted no era feliz con su familia... Recuerde que me hizo esta confidencia... Yo también tenía mis pesares. Era lógico que hubiese simpatía entre nosotros. ¿Por qué me odia usted ahora? De qué mala acción puede reprocharme?

OLIVERIO. Aquella simpatía de antes, usted me la inspira siempre. Solo que...

MARCELA. Diga. Se lo ruego.

OLIVERIO. Pues bien: es preciso que una muchacha sea una muchacha y no se ocupe de cosas que no son propias de su edad. Hay momentos en que la conversación de usted me desconcierta, a pesar de ser un hombre, y no sabría qué responderle. He deplorado muchas veces verla educada en este ambiente abominable y oirla hablar de las cosas de que usted hablaba hace un momento.

MARCELA. Vamos; su severidad demuestra interés y yo se lo agradezco. Pero, ¿qué hacer? Esta sociedad en que vivo no puedo abandonarla. No tengo padres, y el lenguaje que hablo es el que oigo desde hace varios años. ¿Quizás no es

una desgracia que yo haya vivido en este ambiente? Viendo todos los días a dónde puede llegar una mujer como consecuencia de su primera falta, he aprendido a no cometer esa falta.

OLIVERIO. Cierto.

MARCELA. Pero, según parece, esto no es bastante, sobre todo por el porvenir. Puesto que usted se interesa por mí, voy a pedirle un consejo.

OLIVERIO. Diga, señorita.

MARCELA. Una muchacha como yo, sin familia, sin fortuna, sin otra protección que una pariente como la señora de Vernieres, educada en la sociedad en que me encuentro, si quiere sustraerse a las influencias, escapar a las suposiciones, ¿qué resolución debe tomar? *(Pausa).* ¿No responde usted nada? Usted puede reñirme, hasta insultarme; pero no puede aconsejarme. ¿Podría yo decir ahora que no soy ya una muchacha?

OLIVERIO. *(Turbado).* Perdóneme.

MARCELA. Hago más que perdonarle. Le doy las gracias por haberme abierto los ojos antes de que fuera demasiado tarde. Unicamente voy a pedirle, pase lo que quiera, que si se murmura de mí me defienda usted un poco, y yo le prometo, en cambio, encontrar el medio de seguir siendo una mujer honrada. Quizás encuentre algún día un hombre honrado que me recompense. Hasta luego, amigo Oliverio. Hasta luego y gracias. *(Sale Susana).*

SUSANA. Veo con placer que se han hecho las paces.

MARCELA. Sí, y estoy contentísima. *(Vase).*

OLIVERIO. ¡Qué extraña esta muchacha!

SUSANA. Está enamorada de usted.

OLIVERIO. ¿De mí?

SUSANA. Hace ya tiempo.

OLIVERIO. Todos los días se sabe una cosa nueva.

SUSANA. Por eso yo acabo de saber que no se puede contar con su palabra.

OLIVERIO. ¿Por qué?

SUSANA. Porque usted no ha sido para mí tan buen amigo como me había prometido.

OLIVERIO. ¿Pues qué he hecho?

SUSANA. El señor de Nanjac acaba de repetirme la conversación de ustedes.

OLIVERIO. Yo no he hablado de usted.

SUSANA. Eso es una sutileza. Decir al señor de Nanjac lo que usted le ha dicho, hubiera sido hablarle mal de mí si, a todo evento, yo no hubiera tomado la delantera.

OLIVERIO. ¿Y qué le importa, si usted no quiere al señor de Nanjac?

SUSANA. ¡Usted qué sabe!

OLIVERIO. ¿Es que le quiere?

SUSANA. No tengo que darle a usted cuentas.

OLIVERIO. Quizás.

SUSANA. Entonces ¿esto es al guerra?

OLIVERIO. Vaya por la guerra.

SUSANA. Usted tiene cartas mías. Le ruego que me las devuelva.

OLIVERIO. Mañana se las entregaré yo mismo.

SUSANA. Hasta mañana entonces.

OLIVERIO. ¡Hasta mañana! *(Vase)*

TELON

ACTO TERCERO

Un salón en casa de Susana

Al levantarse el telón están en escena SUSANA y SOFIA

SUSANA. ¿No se ha presentado aún mi notario?

SOFÍA. No, señora.

SUSANA. Voy a salir. Si viniera alguien, que me espere.

SOFÍA. *(Abre la puerta para salir).* Aquí está la señorita Marcela.

SUSANA. Que pase. *(Sale Marcela.—Vase Sofía).* ¿A qué se debe esta agradable visita?

MARCELA. ¿No la incomodo a usted?

SUSANA. Usted no me incomoda nunca. Ya sabe que la quiero bien y que mi mayor deseo es serle grata. Dígame.

MARCELA. Se trata de mi porvenir. ¿Usted tiene mucha amistad con el señor de Thonnerins?

SUSANA. Quiere tener gran amistad conmigo.

MARCELA. Hará unos cuatro o cinco años propuso a mi tía llevarme a su casa y educarme al lado de su hija, a la que quería dar una compañera de su edad.

SUSANA. En efecto, por aquella época me habló de esa intención. Su tía la rechazó.

MARCELA. ¡Desgraciadamente! Si hubiera consentido, no me vería ahora en la situación en que me encuentro.

SUSANA. ¿Pues qué sucede?

MARCELA. No quiero culpar a mi tía. Ella no tiene la culpa de que la pequeña fortuna que me dejaron mis padres haya sido absorbida poco a poco por los gastos de la casa. Si hiciéramos cuentas, aun sería yo la que resultase deudora. Hay cuidados y afecciones que no se pagan con nada. Pero las contrariedades monetarias acaban por agriar los caracteres más dulces. Anoche, después que usted salió de casa, tuvimos una escena un poco violenta cuando yo dije a mi tía que me era indiferente el señor de Nanjac y que de ningún modo consentiría en ser su mujer.

SUSANA. Y mucho menos cuando se quiere a otra persona.

MARCELA. ¡Quizás!... Al final de nuestra disputa, mi tía me dió a entender que si yo no aceptaba sus cálculos no contase nunca más con ella. He pasado la noche en vela buscando los medios para evitarle esta carga. Me acordé de las antiguas proposiciones del señor de Thonnerins. Entonces pensé en venir a buscarla a usted, confiando en su bondad, para suplicarla que preguntase al marqués si estaría dispuesto a hacer hoy lo que ofreció hace cuatro años. La señorita de Thonnerins no se casará antes de uno o dos años. Vive muy sola; yo la querré mucho, ella me querrá también, estoy segura, y una vez casada me llevará a su lado. Tampoco dudo de que si usted me protege, mis deseos se realizarán

y le deberé, sino una existencia brillante, al menos una vida tal como yo la deseo, independiente, modesta y tranquila.

SUSANA. Hablaré hoy mismo al marqués.

MARCELA. ¿De verdad?

SUSANA. Voy a salir. Iré a verle.

MARCELA. ¡Qué buena es usted!

SUSANA. Déme una carta para el marqués.

MARCELA. Se la enviaré luego.

SUSANA. No. Escríbale aquí. Mientras yo me preparo para salir. Una vez escrita, llévemela a mi tocador. La respuesta no tardará. Volveré en seguida. *(Toca el timbre).*

MARCELA. Mientras usted hace esa gestión, volveré a casa de mi tía. He salido con la doncella, sin prevenirla, y podía inquietarse. *(Aparece un criado).*

SUSANA. Si vinieran el señor de Jalin o el señor de Nanjac, que tengan la bondad de esperarme. *(Vase el Criado).* Podrían llegar visitas que retrasaran nuestra gestión. *(Vase).*

MARCELA. *(Mientras escribe).* He tenido una buena inspiración... Que Dios me proteja... Sí, me protegerá. *(Sale Oliverio. Contempla algunos segundos a Marcela, en silencio. Esta se levanta, cierra la carta, y al volverse se encuentra con Oliverio).* ¡Ah!

OLIVERIO. ¿La he asustado, señorita?

MARCELA. Es que no esperaba encontrarle así, de repente.

OLIVERIO. La veo muy contenta esta mañana.

MARCELA. Sí... Mi corazón abriga hoy una dulce esperanza y me alegra verle en este momento, porque se la debo a usted. Desde ayer, el porvenir se me presen-

ta bajo un aspecto completamente nuevo...

OLIVERIO. ¿Qué le ha pasado?

MARCELA. Lo sabrá usted. ¿Puedo tener secretos para usted, mi mejor amigo? Hasta pronto.

OLIVERIO. ¿Ya se aleja?

MARCELA. Volveré antes de una hora. Usted estará aún aquí. Ahora voy a decir a la baronesa que le obligue a quedarse. *(Dandole la mano).* Sea usted siempre franco, como lo fué ayer. Hasta pronto. *(Vase).*

OLIVERIO. *(Viéndola alejarse).* Quizás se llegue a definir el corazón de la mujer. Pero el que defina el corazón de la muchacha será un espíritu superior. Dios sabe lo que yo pensaba ayer de esta criatura. Dios sabe lo que ella me inspira hoy. *(Saca algunas cartas de su bolsillo).* Mientras tanto pongamos el epitafio a este pasado muerto y que la tierra le sea leve. *(Escribe).* «A la señora baronesa de Ange. *(Sale Raimundo).* ¡Raimundo! ¡Demonio! *(Se guarda las cartas en el bolsillo).* ¡Hola! ¡Es usted, mi querido Raimundo! No es raro que le encuentre. He estado hablando de usted hace un momento.

RAIMUNDO. ¿Dónde?

OLIVERIO. En casa del padre de Maucroix, con quien he almorzado. Cuando he dicho: he hablado de usted, me he equivocado: ha sido él quien me ha hablado de usted.

RAIMUNDO. ¿El padre del señor de Maucroix me conoce?

OLIVERIO. Personalmente no. Pero es muy amigo del ministro de la Guerra, y como el señor de Maucroix sabe que yo le conozco a usted, y en su calidad de antiguo militar se interesa por aquellos que llevan dignamente el uniforme, me ha preguntado por qué ha pedido usted su licencia al ministro. Le he respondido que, lejos de saber el porqué, yo ignoraba hasta que hubiese sido pedida esa licencia. He añadido que dudaba de la verdad del hecho; pero me ha afirmado que sabía la noticia por el mismo ministro.

RAIMUNDO. El hecho es cierto, y si aún no he hablado a usted de esto...

OLIVERIO. Sus secretos le pertenecen, amigo Raimundo. Mi amistad llega hasta el interés, pero no llega hasta la indiscreción. Si usted ha pedido esa licencia, que es una determinación de cierta gravedad, habrá tenido poderosas razones, que el interés afectuoso de un amigo hubiese combatido inútilmente. Vaya, celebraré que siga usted bien.

RAIMUNDO. ¿Ya me deja?

OLIVERIO. Sí, porque la baronesa no viene.

RAIMUNDO. Podemos esperarla juntos, si usted quiere.

OLIVERIO. No dispongo de tiempo. Tengo que hacer una visita.

RAIMUNDO. ¿Quiere usted que la diga algo en su nombre?

OLIVERIO. *(Después de una pausa).* Dígale, si usted quiere, que le traía lo que me ha pedido.

RAIMUNDO. ¡Qué comisión tan misteriosa! ¿Es que está usted enojado conmigo?

OLIVERIO. ¿Yo?... ¿Por qué?

RAIMUNDO. Es muy natural. Usted es buen amigo mío, usted tiene derecho para asombrarse y hasta para enojarse si yo le oculto alguna cosa. Perdóneme usted. Me había recomendado el silencio alguien a quien no podía rehusar lo que me pedía. Y no solamente le he ocultado a usted la verdad, sino que ayer le he dicho una pequeña mentira. Me acuso de ello. Ahora voy a decírselo todo, porque desde ayer estoy contrariado. Me da vergüenza haber engañado a usted.

OLIVERIO. Pues yo prefiero que no me diga usted nada y le ruego que no me lo diga.

RAIMUNDO. Eso es un rencor infantil, impropio de nuestra edad. Tanto más cuanto que hoy pensaba ir a visitarle para pedirle un favor.

OLIVERIO. ¿Un favor?

RAIMUNDO. Voy a casarme.

OLIVERIO. ¿Usted?

RAIMUNDO. Sí.

OLIVERIO. ¿Y con quién se casa?

RAIMUNDO. Adivínelo.

OLIVERIO. Pero, ¿cómo quiere que yo adivine?

RAIMUNDO. Ya le dije, el día que nos conocimos, mos, que los pormenores que le pedía podían ser de gran trascendencia para mi porvenir. Me caso con la señora de Ange.

OLIVERIO. ¿Con Susana? *(Rectificándose).* ¿Con la baronesa?

RAIMUNDO. Sí.

OLIVERIO. Usted no habla en serio.

RAIMUNDO. En serio absolutamente.

OLIVERIO. ¿Y ha partido de ella la idea del casamiento?

RAIMUNDO. De mí.

OLIVERIO. Está bien. Le felicito.

RAIMUNDO. Parece que esta noticia le ha sorprendido.

OLIVERIO. Confieso que no la esperaba. Dudaba aunque usted ayer quería sacarme de mi error, que usted estuviese siempre enamorado de la señora de Ange. Había yo pensado que usted pidió su licencia para estar el mayor tiempo posible al lado de la baronesa; pero no pude suponer ni por un segundo, lo confieso, que se tratase de una cuestión de matrimonio.

RAIMUNDO. ¿Por qué no?

OLIVERIO. Porque en mi opinión el matrimonio es una cosa grave, y cuando se trata de comprometer toda su vida con una palabra, es preciso reflexionar mucho más tiempo de lo que usted lo ha hecho.

RAIMUNDO. Yo pienso, por el contrario, mi querido amigo, que cuando se cree encontrar la felicidad, es preciso apresurarse para que no se escape. Soy libre, no tengo familia, ni jamás tuve amores. Tengo treinta y dos años. La señora de Ange es libre, viuda, mujer de la buena sociedad, usted mismo me lo ha dicho, me quiere la quiero y nos casaremos. Me parece una cosa completamente natural.

OLIVERIO. Perfectamente. ¿Y cuando es la boda?

RAIMUNDO. Dentro del plazo legal. No hable usted de este casamiento. La baronesa desea que no se comente. Hemos deci-

dido vivir retirados. Ella quería, hasta que nos casáramos, lejos de París. Yo he resuelto que la boda se verifique aquí, por causa de usted.

OLIVERIO. ¿Por mi causa?

RAIMUNDO. Sí. Necesito un testigo para casarme y he pensado en usted.

OLIVERIO. ¿Yo testigo de su boda con la baronesa? ¡Imposible!

RAIMUNDO. ¿Me desaira usted?

OLIVERIO. Salgo mañana de París.

RAIMUNDO. No me había hablado usted de este viaje. ¿Qué le pasa, querido Oliverio? Tiene usted cara de asombro desde hace unos minutos.

OLIVERIO. ¡Es que esto es muy asombroso!

RAIMUNDO. Pero ¿el qué? Hable.

OLIVERIO. Ante todo, Raimundo, ¿está usted convencido de que si le doy un consejo en una situación grave, no puede ser más que por su bien?

RAIMUNDO. Sí.

OLIVERIO. Entonces, créame, retrase esa unión, puesto que aún es tiempo.

RAIMUNDO. ¿Qué quiere usted decir?

OLIVERIO. Quiero decir que, por enamorado que se esté, es inútil casarse, cuando no es absolutamente necesario.

RAIMUNDO. Al decirle que quiero a la señora de Ange, probablemente he olvidado decirle que la tengo en alta estimación.

OLIVERIO. Muy bien. Pues no hablemos más. Hasta luego.

RAIMUNDO. ¿No espera usted a la baronesa?

OLIVERIO. No. Volveré.

RAIMUNDO. ¡Oliverio!

OLIVERIO. ¿Raimundo?

RAIMUNDO. Su corazón oculta algo.

OLIVERIO. No.

RAIMUNDO. Sí.

OLIVERIO. ¡Qué demonio! ¡Usted no es un hombre como los demás!

RAIMUNDO. ¿Qué tengo yo de particular?

OLIVERIO. No hay modo de hablar con usted, porque trueca en mal el bien que se le desea. A la menor palabra usted se dispara como un cañón, con razonamientos que hacen más estragos que las granadas. Voy a darle un consejo de amigo, que yo creo de mi deber darle, y me detiene secamente con una de esas respuestas lapidarias que usted sólo sabe dar. Nosotros no estamos familiarizados con caracteres tan enteros; los parisinos estamos habituados a entendernos con medias palabras. Usted me causa miedo.

RAIMUNDO. ¡Eh, amigo mío! El oficio de soldado no me ha quitado todo sentido y todo criterio. Todavía sé que una situación —y esto es, sin duda, lo que usted quiere decir,—puede tener dos aspectos: uno serio y otro cómico. Hasta el presente he tomado mi situación en serio. Si es cómica y yo no lo veo, culpa es de mi inexperiencia, y es deber y derecho de un amigo hacérmelo comprender. Y, créame: cuando lo vea claro, yo seré el primero que me ría.

OLIVERIO. Usted dice eso pero no se reirá.

RAIMUNDO. Usted no me conoce bien. Continuamente hay hombres que se equivocan. Pues bien: el día que se les demuestra, lo mejor que puede hacerse es

tomar a broma su situación. Todo o nada. Este es mi lema.

OLIVERIO. ¿Palabra?

RAIMUNDO. Palabra.

OLIVERIO. Pues siendo así, créame usted... ¡Riámonos!

RAIMUNDO. ¿Estoy equivocado?

OLIVERIO. Completamente.

RAIMUNDO. ¿La baronesa no me quiere?

OLIVERIO. No digo esto. Al contrario. Creo que le quiere a usted demasiado. Pero, en confianza, esto no es una razón para que usted se case. En ella es otra cosa. Un marido como usted no se encuentra todos los días y es preciso hacer muchos esfuerzos antes de encontrarlo.

RAIMUNDO. ¿De modo que la baronesa?... Cuénteme eso.

OLIVERIO. Sería muy largo. Aparte de que los asuntos de los demás no me interesan. A mí sólo me toca decirle que no se case con la señora de Ange.

RAIMUNDO. ¿De verdad?

OLIVERIO. Es preciso venir de Africa para tener ese pensamiento.

RAIMUNDO. ¡Usted me abre los ojos! Ahora comprendo por qué quería ella que yo guardase silencio sobre este casamiento; por qué quería casarse lejos de París, por qué me decía que desconfiase de usted.

OLIVERIO. Sabe que le estimo a usted lo bastante para no dejarle hacer semejante disparate, por lo menos sin advertírselo un poco.

RAIMUNDO. ¿Sabe usted que esa mujer es demasiado lista? Se había apoderado com-

pletamente de mi espíritu y de mi corazón.

OLIVERIO. Es muy seductora. Hay que reconocerlo. Tiene un espíritu encantador. Es superior a todas las mujeres que la rodean, porque ya es una superioridad sobre ellas haberse introducido en esta sociedad y tener el lugar que ocupa. No se case con Susana; pero quiérala, porque vale la pena.

RAIMUNDO. ¿Usted lo sabe a ciencia cierta?

OLIVERIO. Yo, no.

RAIMUNDO. ¿Discreción a estas alturas? ¿Para qué? Ahora no es como la primera vez que nos vimos. Aquel día fué usted discreto. Era muy natural. No me conocía.

OLIVERIO. Le dije la verdad.

RAIMUNDO. ¡Perdone usted!

OLIVERIO. ¡Palabra de honor! Usted me preguntó si yo era amigo de la señora de Ange. Le contesté que sí. La verdad. Yo no era más que amigo suyo. Aparte de que, como dice usted muy bien, yo no le conocía. Usted se me presentó como hombre decidido a matar a diestro y siniestro, y yo no tenía buenas razones para interesarle a mi favor. Pensé únicamente: «Este es un joven que se ha enamorado de la baronesa y es o va a ser su amante. Dentro de dos meses se marchará de París con la convicción de que ha sido querido por una mujer de la buena sociedad y se hará matar en Africa. ¡Buen viaje!» Pero ahora que he podido apreciar su corazón, su franqueza, su carácter, usted me dice que va a

casarse con la baronesa. ¡Esta es otra cuestión, qué demonio! El silencio sería una traición que usted no me perdonaría nunca. Ahora ya no le ocultaré nada. Las cosas han seguido, yo creo, su progresión natural. ¿Me guarda usted rencor?

RAIMUNDO. ¿Yo tenerle rencor? ¿Usted está loco? Crea que no olvidaré en mi vida el favor que acaba de hacerme.

OLIVERIO. Con los hombres enamorados no se sabe a qué carta quedarse.

RAIMUNDO. Yo ya no quiero a esa mujer.

OLIVERIO. Bien entendido que lo que acabo de decirle queda entre nosotros.

RAIMUNDO. Naturalmente. Ahora, ¿qué me aconseja usted?

OLIVERIO. Eso es cosa de usted.

RAIMUNDO. ¡Es bastante dificultoso! En el punto en que están las cosas, yo necesitaré una razón.

OLIVERIO. En este caso todas las razones son buenas. En el momento decisivo usted tendrá una inspiración. Aparte de que en ese momento ella se verá obligada a confesarle su situación. La razón será suficiente.

RAIMUNDO. ¿Qué situación?

OLIVERIO. Para hacer una viuda es preciso un marido, un marido muerto ¿no es verdad? Pues el marido muerto es más difícil de procurárselo que un marido vivo.

RAIMUNDO. ¿De modo que no es viuda?

OLIVERIO. Nunca ha sido casada.

RAIMUNDO. ¿Está usted seguro?

OLIVERIO. Segurísimo. Nadie ha conocido al barón de Ange. Además, si usted quiere

noticias ciertas de la baronesa, haga por verse con el marqués de Thonnerins, ya que su hermana le conoce. ¡Ese es uno que debe saber muchísimo de la baronesa! Pero no me traicione. Estos son favores que se hacen entre amigos; pero que es inútil divulgar. Y ahora separémonos. No conviene que la baronesa me vea aquí, porque dudaría y es preciso que ignore nuestra conversación.

RAIMUNDO. Comprendido. Entonces, ¿es inútil que le transmita el encargo que usted me ha hecho.

OLIVERIO. ¿Qué encargo?

RAIMUNDO. ¿No me ha suplicado usted que la dijera que le traería más tarde lo que la traía ahora?

OLIVERIO. No la diga nada.

RAIMUNDO. ¿Y qué es ello?

OLIVERIO. Son papeles.

RAIMUNDO. ¿Papeles de negocios?

OLIVERIO. Justo. Hasta luego.

RAIMUNDO. Hoy, mi querido amigo, no es la primera vez que nos vemos. Usted sigue no siendo franco conmigo. Esos papeles son cartas. Confiéselo.

OLIVERIO. *(Después de una pausa).* Pues sí: son cartas.

RAIMUNDO. Cartas que ella le ha escrito y, como va a casarse, desea recuperar. Vamos, haga usted bien las cosas.

OLIVERIO. ¿Cómo?

RAIMUNDO. Demuéstreme que es, realmente, amigo mío.

OLIVERIO. ¿Qué he de hacer?

RAIMUNDO. Entrégueme esas cartas.

OLIVERIO. ¿A usted?

RAIMUNDO. Sí.

OLIVERIO. Usted sabe que eso no puede ser.

RAIMUNDO. ¿Por qué?

OLIVERIO. Porque las cartas de una mujer no se dan nunca.

RAIMUNDO. Eso depende de la relación que se tenga con el que las pide.

OLIVERIO. Las cartas de una mujer son sagradas, sea quienquiera la mujer.

RAIMUNDO. *(Poniéndose serio).* Es quizás un poco tarde para invocar esas máximas.

OLIVERIO. ¿A usted le parece?

RAIMUNDO. Sí. Cuando se comienza una confidencia del género de la que usted ha comenzado, es preciso ir hasta el final.

OLIVERIO. Ahora comprendo que he cometido una tontería. He debido callarme.

RAIMUNDO. ¿Por qué?

OLIVERIO. Porque usted no tiene ganas de reir, porque usted quiere a la baronesa aunque lo niegue; en fin, porque la alegría de hace un momento no era más que un medio para que yo hablase. Es usted más hábil de lo que yo creía. Hasta luego.

RAIMUNDO. Vamos, Oliverio, en nombre de la amistad déme esas cartas.

OLIVERIO. Me pide usted una cosa imposible. Se lo repito: una cosa indigna de usted y de mí. Tratándose de usted me asombra.

RAIMUNDO. Le pido sencillamente la prueba de lo que me ha dicho.

OLIVERIO. Le es a usted permitido que dude.

RAIMUNDO. Haré por usted lo que usted solicite hacer por mí.

OLIVERIO. Júremelo por su honor.

RAIMUNDO. Yo... *(Se detiene).*

OLIVERIO. ¿Lo ve usted?

RAIMUNDO. Tiene usted razón. Pues bien: le juro por mi honor que no leeré esas cartas. Démelas. Se las entregaré personalmente a la señora de Ange.

OLIVERIO. No.

RAIMUNDO. ¿Duda usted de mi palabra?

OLIVERIO. ¡Dios me libre!

RAIMUNDO. Sin embargo...

OLIVERIO. Escuche, Raimundo... Usted no me perdonará nunca que le haya dicho la verdad. No puedo arrepentirme, porque he obrado como juzgaba mi deber. No había que dudar entre una complicidad tácita a favor de la baronesa y la advertencia que le he hecho a usted. Entre personas como nosotros la explicación que hemos tenido debiera ser suficiente. No lo es así. Pongamos que no he dicho nada. He venido para entregar a la baronesa, o para dejarlos si no la encontraba en su casa, papeles que la pertenecen desde el momento en que me los ha pedido. Aquí están bajo sobre lacrado. La baronesa ha salido. Deposito los papeles sobre esta mesa para que los encuentre cuando regrese, y yo volveré dentro de media hora para saber si los ha encontrado. Ahora, querido Raimundo, haga usted lo que mejor le parezca. Yo soy su amigo y lo seré todo el tiempo que usted quiera que lo sea. Adiós. Hasta luego. *(Vase).*

RAIMUNDO. ¡Oliverio!... *(Dirígese hacia la mesa donde están las cartas).* Después de todo, el pasado de esa mujer me pertenece, puesto que voy a darle mi apellido,

Leamos estas cartas. *(Las coge y vuelve a dejarlas).* Oliverio tiene razón. ¡Es imposible! *(Sale Susana).*

SUSANA. ¡Cuánto me he retrasado, amigo mío!

RAIMUNDO. No. Además, no he estado solo.

SUSANA. ¿Quién ha venido?

RAIMUNDO. El señor de Jalin.

SUSANA. ¿Por qué no me ha esperado?

RAIMUNDO. Debía tener prisa.

SUSANA. ¿Volverá?

RAIMUNDO. Sí. Dentro de media hora. ¿De dónde viene usted, mi querida Susana?

SUSANA. De hacer gestiones bastante enojosas; pero como son por usted, no me quejo.

RAIMUNDO. ¿Por mí?

SUSANA. Sí, señor, por usted. Cuando se casa una persona ¿no tiene que poner en orden todos sus asuntos? Yo no me quejaría más que si usted hubiese cambiado de pensamiento...

RAIMUNDO. Aun no.

SUSANA. ¿Es que hay probabilidades para que eso suceda?

RAIMUNDO. Dependerá de usted.

SUSANA. Entonces no hay temor alguno. ¿Usted sigue queriéndome?

RAIMUNDO. Más aún de lo que usted puede imaginarse. Veamos, Susana... ¿Usted viene?

SUSANA. Vengo de casa de mi notario. Mi marido debe conocer el estado de mi fortuna.

RAIMUNDO. Adelante.

SUSANA. Vengo de pedir mi partida de nacimiento. Vea usted cómo no le he engañado. Soy una vieja. Tengo veintiocho años. No lo podría negar. *(Lee).* «Una niña nacida el cuatro de febre-

ro... hija de Juan Jacinto, conde de Berwach, y de Josefina Enriqueta de Crousserolles, su esposa...» ¡Soy de una gran familia! He aquí todo lo que me queda de los dos primeros amores de mi vida: un pedazo de papel casi ilegible, un documento oficial, frío y seco como el epitafio de una tumba. Aquí está mi partida de casamiento. Aquel día no estaba yo muy contenta, porque no quería a mi marido; obedecía a mi familia. Por lo demás, yo no tengo nada que reprochar al barón. Ha sido para mí todo lo mejor posible. Era un hombre del antiguo régimen, último descendiente de una familia ya extinguida. Y, en fin, aquí está la partida de defunción de mi marido. Es decir, mi derecho para quererle a usted a la vista de todo el mundo. Como usted puede ver soy viuda desde hace ocho años. El pasado está en orden. Ocupémonos exclusivamente del porvenir. ¿Qué tiene usted? Parece muy preocupado.

RAIMUNDO. ¿Quiere usted confiarme esos papeles?

SUSANA. Muy gustosa. Pero no vaya a extraviarlos.

RAIMUNDO. Esté usted tranquila. Los uniré a los míos. ¿Esto es todo lo que usted ha hecho esta mañana?

SUSANA. Poco más. He ido a ver a mi tutor, el marqués de Thonnerins, para hacerle una pregunta que me ha suplicado la señorita de Sancenaux. Vengo contrariada, porque no he tenido el éxito deseado. La pobre muchacha

va a venir a buscar la respuesta y no sé cómo dársela.

RAIMUNDO. Hay un medio.

SUSANA. ¿Cuál?

RAIMUNDO. Escríbale antes de que venga. ¿No es este el medio que se emplea para las malas noticias?

SUSANA. Sí; pero es tan molesto el escribir...

RAIMUNDO. Según. Por ejemplo, a las personas que se quiere...

SUSANA. Eso es otra cosa.

RAIMUNDO. Sin embargo, usted no me ha escrito nunca.

SUSANA. Viéndonos todos los días, ¿qué había de escribirle? Por lo demás, no ha perdido usted nada, porque tengo una letra infame. Verdaderas patas de mosca...

RAIMUNDO. Vamos a ver esa mala letra.

SUSANA. ¿Usted quiere?...

RAIMUNDO. Sí.

SUSANA. ¡Vamos *(Escribe)*. «Querida Marcela...» ¡Qué pluma tan mala! «He ido a ver al señor de Thonnerins, como la había ofrecido; pero no he encontrado a este antiguo amigo en la buena disposición que nosotras esperábamos...» *(A Raimundo, que sigue con la vista lo que ella escribe)*. Se lee bien, ¿verdad?

RAIMUNDO. Casi. ¿Quiere usted darme ese principio de carta?

SUSANA. ¿Para qué?

RAIMUNDO. Démelo.

SUSANA. Aquí tiene.

RAIMUNDO. *(Después de haber mirado atentamente la carta)*. Querida Susana: he olvidado decirla que el señor de Jalin ha dejado un paquetito para usted.

SUSANA. ¡Ah! ¿Y qué contiene?

RAIMUNDO. Cartas.

SUSANA. ¿Cartas? ¿Qué cartas?

RAIMUNDO. Las cartas que usted le había pedido.

SUSANA. ¿Yo?

RAIMUNDO. Usted misma.

SUSANA. ¿Pero cartas de quién?

RAIMUNDO. ¡De usted!

SUSANA. ¿Mías? No comprendo una palabra. ¿Dónde están esas cartas?

RAIMUNDO. Aquí las tiene.

SUSANA. Démelas.

RAIMUNDO. Perdone, Susana... pero deseo que me permita que yo abra el paquete.

SUSANA. ¿De modo que el señor de Jalin traía para mí esas cartas?

RAIMUNDO. Ya se lo he dicho.

SUSANA. Entonces, abra y lea si le parece bien. Lo que es mío es de usted. Si usted deseaba leer esas cartas no ha debido esperar a mi regreso. Unicamente le pido que, cuando haya visto lo que quiere ver, me explique lo que significa todo esto, porque yo no comprendo nada en absoluto...

RAIMUNDO. Yo le prometo explicárselo... O, mejor dicho, nos lo explicaremos. *(Abre el paquete y toma una carta que lee y compara con la que Susana ha escrito a Marcela).*

SUSANA. ¿Qué?...

RAIMUNDO. ¡Susana! Aquí hay una burla para alguien.

SUSANA. Para mí, sin duda; porque juro que no adivino una palabra de este enigma.

RAIMUNDO. Vea usted estas cartas.

SUSANA. Son cartas de mujer.

RAIMUNDO. Léalas.

SUSANA. *(Recorriéndolas).* Son cartas de amor o casi de amor, porque las frases no son muy cariñosas. Sin embargo, pueden pasar por cartas de amor. Pero...

RAIMUNDO. ¿Usted no sabe quién ha escrito esas cartas?

SUSANA. ¿Cómo quiere que lo sepa si no están firmadas?

RAIMUNDO. Pero estas cartas, ¿no tienen la letra de usted?

SUSANA. ¿Cómo? ¿Mi letra? ¿Es que usted se ha vuelto loco? ¿Es que mi letra se parece a esta? ¡Ojalá fuese así, porque esa mujer escribe muy bien.

RAIMUNDO. Entonces, ¿por qué esa mentira de Oliverio y, sobre todo, ese aspecto de verdad?

SUSANA. ¿Qué mentira? Vamos, ¿qué significa todo esto? ¿El señor de Jalin le ha dicho que yo he escrito esas cartas?

RAIMUNDO. Sí.

SUSANA. *(Indignada).* Pero, entonces, ¿es que el señor de Jalin ha sido mi amante?

RAIMUNDO. Así parece.

SUSANA. ¿Se lo ha dicho él?

RAIMUNDO. Me lo ha dado a entender.

SUSANA. ¿A qué viene esta broma?

RAIMUNDO. El señor de Jalin no bromeaba.

SUSANA. Pues se ha burlado de usted. Ayer le dijo usted una mentira. El se ha dado cuenta y se ha desquitado hoy. Conozco al señor de Jalin mucho antes que usted. Es incapaz de ninguna acción fea, y esa de que usted le acusa lo es bastante. Me ha hecho la corte. Tengo cartas de él, que podría enseñarle a usted. Me figuro que ve con disgusto mi boda, porque este ca-

samiento le hace perder toda esperanza. Pero de eso a querer impedir esta boda con una calumnia, hay un abismo. No sé lo que ha pasado; pero declaro que el señor de Jalin es incapaz de cometer semejante acción.

RAIMUNDO. Ya veremos.

SUSANA. ¿Usted duda?

RAIMUNDO. Es un asunto a ventilar entre él y yo. Pero usted va a jurarme que no es cierto nada de lo que ha dicho el señor de Jalin.

SUSANA. ¿Un juramento? ¡Ah, vamos! Hay otra cosa más que una broma, que una calumnia del señor de Jalin. Hay una traición de usted, señor mío.

RAIMUNDO. ¿Una traición?

SUSANA. Sí. Usted siente ya los compromisos que ha contraído conmigo. Pero era más sencillo decírmelo francamente y no apelar a semejante medio, que hace más honor a su ingeniosidad que a su delicadeza.

RAIMUNDO. ¡Usted me acusa de una infamia!

SUSANA. Y usted, ¿de qué me acusa?

RAIMUNDO. El señor de Jalin va a venir. Ante él aclararemos el hecho.

SUSANA. ¿Cómo? ¿Necesita usted autorización del señor de Jalin para creer en mi probidad? Voy a hacer que ese señor le diga que no ha sido mi amante y usted no me creerá más que con esa condición. ¿Por quién me toma usted? Yo le quería a usted, Raimundo; pero confieso que su carácter receloso me asustaba. Por esto vacilaba en ser su esposa. Sin embargo, yo creía que usted, por lo menos, me estima-

ba. No quiero inquirir las razones ni las causas de lo que acaba de suceder. Usted me ha sometido a una prueba humillante para mi amor y para mi dignidad. Usted ha dudado de mí. ¡Todo ha terminado entre nosotros!

RAIMUNDO. Mis celos son una prueba de amor. ¡Mi cariño es muy grande, Susana!

SUSANA. Yo no admito que se me quiera de ese modo.

RAIMUNDO. Yo le juro...

SUSANA. ¡Basta!

RAIMUNDO. ¡Susana! *(Aparece Sofía).*

SOFÍA. La señorita Marcela desea hablar a la señora.

SUSANA. Que pase.

RAIMUNDO. Yo no la dejo a usted. *(Sale Marcela).*

MARCELA. Soy yo, señora.

SUSANA. Bien venida, hijita. *(A Raimundo).* Perdone usted, señor de Nanjac, pero tenemos que hablar la señorita y yo.

RAIMUNDO. ¿Cuándo tendré el honor de volver a verla?

SUSANA. A mi regreso. Salgo esta noche de París. Hasta la vuelta ya no recibiré a nadie. *(Raimundo saluda y vase. Susana toca el timbre. Aparece un Criado).* Si el señor de Nanjac volviese hoy, dígale que no estoy en casa. Si insistiera, añade usted que he decidido no recibir a nadie. *(Le hace seña para que se vaya y vase el Criado).* He visto al marqués. Tengo una mala noticia que darla. El marqués se interesa por usted; pero...

MARCELA. Pero rechaza mi petición.

SUSANA. Quisiera concederla...

MARCELA. Pero las exigencias de la sociedad se oponen. He reflexionado después de mi

anterior visita y he comprendido que, en efecto, el marqués no puede tener el derecho de llevar al lado de su hija a una persona colocada en una situación tan excepcional como la mía. ¡Qué feliz la señorita de Tonnerins, que tiene un padre que puede protegerla así! Yo le doy a usted gracias y la pido perdón por haberla incomodado.

SUSANA. Yo hubiera querido triunfar. El marqués la estima a usted mucho. Me ha dicho que lo que él pueda hacer por usted lo hará. Si hubiese un hombre que la quisiera y no existiera entre ese hombre y usted más que un obstáculo de fortuna, el marqués allanaría ese obstáculo.

MARCELA. Yo pedía su protección. No una limosna.

SUSANA. No está bien lo que usted dice. ¿Por qué desesperar tan pronto? ¿Quién le dice a usted que el hombre a quien quiere no la querrá algún día... quizás ya la quiere? Y si la quiere, ¿qué impedirá que sea usted su mujer?

MARCELA. Yo no quiero a nadie.

SUSANA. Perfectamente, Marcela. Guarde usted su secreto.

MARCELA. He oído que sale usted de París esta noche.

SUSANA. Sí.

MARCELA. Quizás no volveremos a vernos; pero no olvidaré lo buena que ha sido para mí.

SUSANA. Usted sabrá donde yo resida. Nos es-

cribiremos. Cerca o lejos yo me esforzaré en serle útil.

MARCELA. Gracias. *(Besa a Susana).* Adiós.

SUSANA. ¡Adiós y valor! *(Aparece el Criado).*

CRIADO. El señor de Jalin. *(Marcela se dispone a salir.—Sale Oliverio.*

OLIVERIO. ¿Se aleja usted porque yo entro?

MARCELA. No, señor. Ya iba a retirarme.

OLIVERIO. La encuentro muy triste. ¿Qué tiene?

MARCELA. El tiempo pasa y unas horas no son iguales a las otras. La vida es más difícil de lo que yo creía, cuando es una sola para luchar.

OLIVERIO. Pero, ¿y siendo dos?... ¿No soy yo amigo suyo?... No quiero que vuelva usted a estar triste. ¿Me permite usted que vaya a verla? Ya me contará sus pesares.

MARCELA. Y todo lo que usted me diga que haga, yo lo haré.

OLIVERIO. Hasta pronto, entonces. Hasrta luego, quizás. *(Se dan la mano y vase Marcela).*

SUSANA. ¡Es conmovedor! Después de lo que ha dicho usted a Marcela, me gustaría ver que se casaba usted con ella.

OLIVERIO. No la conocía y ahora la conozco.

SUSANA. Lo que prueba que no hay que apresurarse para hablar mal de las personas. Y, a propósito: Tenemos que arreglar una cuenta nosotros dos.

OLIVERIO. ¿Qué cuenta?

SUSANA. ¡Hágase usted de nuevas! Usted ha dicho al señor de Nanjac que hacía un disparate casándose conmigo.

OLIVERIO. Es verdad.

SUSANA. ¿Y le ha dicho por qué hacía un disparate?

OLIVERIO. Sí.

SUSANA. Por lo menos tiene usted el mérito de la franqueza; lo que no impide que haya cometido una... ¿Cómo se dice? Hay una palabra para esta clase de actos.

OLIVERIO. *(Como buscando).* ¿Una tontería?

SUSANA. No.

OLIVERIO. ¿Una indelicadeza?

SUSANA. Tampoco es eso, precisamente. Una in....

OLIVERIO. Una indignidad. Diga la palabra, que le está quemando los labios.

SUSANA. ¡Justo! ¡Una indignidad!

OLIVERIO. ¿Y por qué he cometido una indignidad?

SUSANA. Porque un hombre de honor oculta esas cosas.

OLIVERIO. Lo que prueba que usted y yo no tenemos las mismas ideas sobre el honor, afortunadamente.

SUSANA. ¿Y a nada le obliga esa palabra?

OLIVERIO. A nada.

SUSANA. ¿Usted ha creído que el señor de Nanjac no me contaría su conversación?

OLIVERIO. Lo creí porque me dió su palabra.

SUSÁNA. Usted también me dió su palabra de ser amigo mío.

OLIVERIO. De ser su amigo, sí; pero no de ser su cómplice.

SUSANA. Cómplice, es duro. *(Riendo).* Oiga usted, Oliverio.

OLIVERIO. ¿Qué?

SUSANA. Sepa usted que su conducta se ha vuelto a mi favor.

OLIVERIO. ¡Lo celebro! De este modo he cumplido un deber por un lado y por el el otro la he favorecido a usted.

SUSANA. Está más enamorado que nunca.

OLIVERIO. ¿De verdad?

SUSANA. Así no hay modo de enfadarse con usted. Pero, ¿cómo usted, un hombre de talento, no ha comprendido que ha caído en un lazo?

OLIVERIO. ¿Es un lazo?

SUSANA. ¡Naturalmente, pobre infeliz! ¡Usted pretende luchar con una mujer? ¿No sabe aún que la mujer más tonta, y yo no soy esa mujer, es cien veces más lista que el hombre más talentudo? Yo dudé ayer, después de su conversación con el señor de Nanjac, de que nuestra gran amistad perdurara mucho y comprendí que en cuanto se tratase de boda la lealtad de usted me declararía la guerra. Era peciso dar un gran golpe y vencer tan perfectamente a la verdad, que las maledicencias y las calumnias no tuviesen, por consecuencia, la menor probabilidad de éxito. Entonces le supliqué a usted que me trajese hoy mis cartas. ¡Sólo esto debió haberle abierto los ojos! ¿Es que yo soy una mujer de las que piden sus cartas? Usted no ha sospechado lo más mínimo y ha venido amablemente esta mañana con sus cartitas en el bolsillo. Al ver que se acercaba la hora de su llegada, yo he salido de casa para dejarle a solas con el señor de Nanjac. Usted se ha portado como una persona decente. Usted le ha dicho al señor de Nanjac lo que ha sido usted para mí... Usted encontró el medio de entregarle mis cartas.... Volví a casa... El señor

de Nanjac no conocía mi letra, me hizo escribir delante de él y comparó las dos letras...

OLIVERIO. ¿Y...?

SUSANA. Y como no se parecen, está ya convencido de que soy víctima de una una calumnia. Me quiere más que nunca y sólo tiene una idea: jugarse la vida con usted. ¿Cómo? ¿A su edad usted ignora aún que el medio más infalible de disgustarse con el mejor amigo es hablarle mal de la mujer que él quiere, cuando fácilmente se lo podría demostrar y, sobre todo, si se lo demuestra? Yo le he despedido por sus sospechas. Le he dicho que no quería volver a verle, que salía hoy de París... ¡qué sé yo! Todo lo que una mujer inteligente sabe decir en casos parecidos. Le he manifestado que jamás sería su mujer. Dentro de diez minutos él estará aquí y dentro de dos meses estaremos casados. Esto es lo que yo le debo a usted, amigo mío. Ha perdido usted. Deje prenda.

OLIVERIO. ¿De modo que usted hace dos letras?

SUSANA. Yo no hago más que una, y basta.

OLIVERIO. ¿Cómo se explica?...

SUSANA. Voy a decírselo en seguida, porque en el fondo soy una buena muchacha y no le guardo rencor. Sepa usted, amigo mío, que cuando una mujer como yo ha empleado diez años en apuntalar su vida, viga por viga, su primer cuidado ha sido alejar de la madera todas las probabilidades conocidas de destrucción. Entre estas proba-

bilidades está, en primer término, la manía de escribir. Por cada cien mujeres comprometidas hay sesenta y seis que lo están por las cartas que escribieron. Las cartas de las mujeres están hechas para que las pierdan aquellos a quienes se les dirigen, para devolverlas a aquellas que las escribieron, para que las intercepte en el camino aquel que no debe conocerlas, para que las roben los criados, para que las conozca todo el mundo. En amor, escribir es peligroso; sin contar conque es inútil. Resulta de estas teorías que yo me he jurado no escribir nunca ninguna carta comprometedora, y en diez años he sabido cumplir mi palabra.

OLIVERIO. Entonces, las cartas de usted que yo recibía...

SUSANA. Eran de la señora de Santis, la mejor memorialista conocida. Tiene la pluma en la mano todo el día. Es su pasión. En Baden no se separaba de mí, y yo utilizaba muchas veces su manía encargándola que le contestara, como si fuera yo, las cartas de usted, que yo no leía. Por lo demás, ella tiene una hermosa letra inglesa. De modo, amigo mío, que ha estado usted en correspondencia con Valentina. Tranquilícese, que no se lo diré al señor Richond, porque esto podría enemistarle con él.

OLIVERIO. No hay nada que responder. Es usted demasiado ingeniosa.

SUSANA. Ahora, hablemos seriamente. ¿Con que derecho ha procedido usted del modo

que le censuro? ¿Qué tiene usted que reprocharme? Si el señor de Nanjac fuese un antiguo amigo suyo, un camarada de la infancia, un hermano... pase todavía. Pero no; usted le conoce desde hace ocho o diez días. Y si aun fuera usted desinteresado en la cuestión... Pero, ¿está usted seguro de no haber obedecido a los malos consejos de su amor propio lastimado? Usted no me quiere. Sea. Pero se odia siempre un poco a una mujer de quien se creía uno querido cuando ella dice que no le quiere. ¿Qué? ¿Porque le haya parecido bien hacerme la corte, porque yo haya sido bastante confiada para creer en usted, porque yo le he juzgado un hombre correctísimo, porque quizás le haya querido, ahora se convierte usted en un obstáculo para la felicidad de toda mi vida? ¿Le he comprometido yo? ¿Le he arruinado? ¿Le he engañado? Admitamos, es preciso admitirlo, porque es verdad, que no soy digna, en buena moral, del apellido ni de la posición que ambiciono. Pero, ¿está bien que usted, que ha contribuído a mi indignidad, me cierre ahora el camino honroso por donde yo quiero entrar? No, amigo Oliverio; eso no es justo; y cuando se ha participado de las fragilidades de las personas, no se debe esgrimir este arma contra ellas. El hombre que ha sido querido, por poco que lo fuese, por una mujer, desde el punto en que ese amor no tenía por base ni el cálculo ni el interés,

queda obligado eternamente a esa mujer y todo lo que haga por ella no será tanto como lo que ella ha hecho por él.

OLIVERIO. Tiene usted razón. Quizás he cedido al mal sentimiento de los celos, creyendo que cedía a la voz del honor. Sin embargo, en mí lugar no es un hombre honrado el que no obre como yo. Por parte de Raimundo, he tenido razón para hablar. Por parte de usetd he debido callarme. Pero el proverbio tiene razón: «La palabra es de plata; el silencio es de oro».

SUSANA. Eso es todo lo que yo quería escucharle. Ahora...

OLIVERIO. ¿Qué?

SUSANA. *(Viendo salir a Sofía).* Nada. *(A Sofía).* ¿Qué?

SOFÍA. Ha llegado el señor de Nanjac.

SUSANA. Ya he ordenado...

SOFÍA. Insiste en ver a la señora baronesa. Le he respondido que la señora no recibía. Ha preguntado si el señor de Jalin estaba aquí, y, en este caso, le suplica que vaya a hablarle.

SUSANA. Dí al señor de Nanjac que pase. *(Vase Sofía).*

OLIVERIO. ¿Va usted a recibirle?

SUSANA. No. Le recibirá usted y le dirá lo que crea que deba decirle. Recuerde solamente que él me quiere, que yo le quiero y que en esta ocasión quiero de verdad. Hasta luego. *(Vase).*

OLIVERIO. ¡Vaya! Decidamos esto inmediatamente. *(Sale Raimundo).* Me han dicho que desea hablarme. La baronesa está ausente; estamos solos. Le escucho.

RAIMUNDO. Oliverio, no quiero olvidar aún que le he llamado mi amigo. Sin embargo...

OLIVERIO. ¿Sin embargo?...

RAIMUNDO. Usted me ha engañado.

OLIVERIO. No.

RAIMUNDO. Oigame. Estoy decidido a no creer más que con pruebas y la baronesa me ha probado lo contrario de lo que usted me había afirmado. Usted me dijo que no estuvo nunca casada y yo he visto la partida de casamiento. ¡La he visto con mis propios ojos. ¿Va usted a decirme que la partida es falsa?

OLIVERIO. No.

RAIMUNDO. Usted me ha dicho que no era viuda y yo he visto la partida de defunción de su marido. ¿Va usted a decirme que esa partida es una invención?

OLIVERIO. No.

RAIMUNDO. Vengo de casa del marqués de Thonnerins, a quien he preguntado, y me ha dicho que no sabe nada referente a la baronesa. En fin, esas cartas que usted me dijo que eran de ella...

OLIVERIO. No son de la baronesa. Ahora lo sé. Una amiga suya me las escribía haciéndome creer que eran de Susana. Las dos se burlaban de mí. No soy quien le ha engañado a usted. Era yo el que estaba engañado. Creía tener el derecho de advertírselo, y resulta que no lo tenía. Donde mi conciencia creía tener pruebas contra la baronesa, ni mi fatuidad tenía una. En fin, queriendo demostrar a usted que era amigo suyo, me he demostrado a mí mis-

mo que no soy más que un tonto. Estoy bien equivocado. Se lo aseguro.

RAIMUNDO. Entonces, ¿se retracta usted de todo lo que me ha dicho?

OLIVERIO. De todo. Susana es de una gran familia, ha estado casada, es baronesa, es viuda, le adora a usted, para mí no ha sido nunca más que una extraña: es digna de usted. Quien diga lo contrario será un calumniador; porque es un calumniador el que dice contra una persona cosas que no puede probar. Adiós, Raimundo. Después de lo que ha pasado, no sé cómo presentarme ante la baronesa. No volveré a verla, a menos que ella me invite, y no creo que esta idea se le ocurra muy pronto. En cuanto a usted, le pido que no me acuse más que de torpeza. Adiós. *(Vase).*

RAIMUNDO. Es preciso que yo tenga la última palabra de este hombre. *(Sale un Criado).*

CRIADO. Debo advertir al señor que la señora baronesa ha salido y que no volverá hasta muy tarde.

RAIMUNDO. *(Sentándose).* Está bien. Esperaré.

TELON

ACTO CUARTO

En casa de Susana

Al levantarse el telón está en escena SUSANA.—Entra un CRIADO y anuncia.

CRIADO. El señor marqués de Thonnerins. *(Sale el Marqués).*

MARQUÉS. Buenos días, baronesa.

SUSANA. ¿A qué debo la satisfacción de esta visita?

MARQUÉS. Vengo a saber si mi notario le remitió ya todo lo que debía enviarla.

SUSANA. Todo. Muchísimas gracias.

MARQUÉS. Además, deseaba tener noticias de usted.

SUSANA. ¡Ah! Sigo perfectamente.

MARQUÉS. ¿Y el casamiento?

SUSANA. ¿Mi casamiento?

MARQUÉS. Sí. ¿Se realiza?

SUSANA. Es verdad. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto!... ¿Usted no sabe nada?

MARQUÉS. Nada.

SUSANA. *(Suspira).* Tenía usted razón, marqués. Era demasiado ambiciosa. Hay cosas imposibles.

MARQUÉS. ¿Lo confiesa usted?

SUSANA. Es necesario.

MARQUÉS. Cuénteme eso.

SUSANA. Alguien ha hablado.

MARQUÉS. ¿Quién?

SUSANA. Alguien en quien yo tenía demasiada confianza. Oliverio.

MARQUÉS. ¿Y él ha dicho al señor de Nanjac?

SUSANA. ¿Usted sabe ahora su apellido?

MARQUÉS. Sí. ¿Y qué ha hecho el señor de Nanjac?

SUSANA. Primero creyó a Oliverio; después, como me quería, me creyó a mí.

MARQUÉS. ¿Y ahora?...

SUSANA. Ahora me quiere todavía, pero sin confianza, con unos celos enormes. Todo son preguntas, sospechas, expiación constante. Y yo, se lo confieso, no me encuentro con fuerzas para aceptar esta nueva vida, aunque llenase toda mi ambición. Temblar continuamente porque el pasado no se derrumbe sobre nuestra cabeza; apuntalar su vida todas las mañanas con una nueva mentira, que habrá que desmentir por la noche..., y en medio de todo esto amar sincera y lealmente, se lo repito, es cosa imposible. En esta lucha he consumido no solamente mis energías. He consumido hasta mi amor. Ya no quiero al señor de Nanjac.

MARQUÉS. ¿Lo dice usted de veras?

SUSANA. Usted es la única persona a quien no miento nunca.

MARQUÉS. ¿De modo que no quiere usted al señor de Nanjac?

SUSANA. No quiero a nadie.

MARQUÉS. Luego ese casamiento no se realizará.

SUSANA. No. Conservo mi libertad. Voy a retirarme a Italia. Allí se pregunta menos a las mujeres de dónde proceden,

y en teniendo fortuna, siendo amables y no siendo muy feas, se cree todo lo que ellas dicen. Compraré una casa en la orilla del lago de Coma, me pintaré de rojo y de blanco como la señora de Santis, pasearé sobre el lago a la claridad de las estrellas, recitaré poesías de lord Byron, pasaré por una mujer incomprendida, recibiré y protegeré a los artistas, y acabaré casándome, si es que me interesa casarme, con un falso príncipe italiano arruinado, que se comerá mi fortuna, que me la pegará con una bailarina y que además de todo me pegará.

MARQUÉS. ¿Y parte usted?...

SUSANA. Dentro de tres o cuatro días.

MARQUÉS. ¿Sola?

SUSANA. Con mi doncella.

MARQUÉS. ¿Y el señor de Nanjac ignora este viaje?

SUSANA. Por completo.

MARQUÉS. ¿No le dirá usted a dónde se dirige?

SUSANA. Si quisiera continuar viéndole, lo más sencillo era quedarme en París. Por el contrario, me alejo de aquí para terminar estas relaciones, que ya son imposibles al presente y lo serán más aún en el porvenir.

MARQUÉS. Pues bien: la felicito y celebro esta resolución. Su talento y su buen sentido han hecho lo que la necesidad la hubiese obligado a hacer.

SUSANA. *(Como distraída).* ¿Cómo es eso?

MARQUÉS. El azar es un inoportuno, que se mezcla en todo lo que no le importa. El azar ha hecho que la hermana del señor de Nanjac sea amiga de mi her-

mana. El señor de Nanjac no ha ocultado a su hermana sus proyectos de casamiento; su hermana se lo ha referido a la mía y por eso he conocido un nombre que no había querido conocer por usted. Esto no es todo. El señor de Nanjac ha ido a hacerme algunas preguntas relativas a usted. No las he contestado, prefiriendo, como hombre correcto, dejar que usted misma salga, con los honores de la guerra, de esta delicada situación. Hoy vengo a repetirle lo que ya le he dicho: El día que por circunstancias ajenas a mí, yo conociese al hombre con quien usted quisiera casarse, yo le revelaría toda la verdad. He tenido un poco de paciencia, y ahora no me pesa, puesto que la veo resuelta a no formalizar ese casamiento. Esto va por buen camino, si es usted sincera...

SUSANA. Lo soy. El señor de Nanjac recobrará mañana toda su libertad, y usted podrá, si le parece bien, convertirle en el futuro marido de la señorita de Thonnerins.

MARQUÉS. Mi hija no tiene nada que ver en esto. No lo olvide, Susana. Todo lo que hemos dicho es en serio.

SUSANA. Muy en serio.

MARQUÉS. Que sea usted dichosa. Es mi último deseo. Adiós, baronesa, y acuérdese siempre.

SUSANA. Yo no olvido nunca nada. *(El Marqués vase en el momento en que sale Valentina. Se saludan. Esta viene en traje de viaje).*

VALENTINA. ¿Es el marqués de Thonnerins?

SUSANA. Sí.

VALENTINA. ¡El marqués siempre es joven!

SUSANA. ¿Dónde vas con esa indumentaria?

VALENTINA. De viaje.

SUSANA. ¿Cuándo?

VALENTINA. Dentro de una hora.

SUSANA. ¿Para?...

VALENTINA. Para Londres. De allí iré a Bélgica y a Alemania.

SUSANA. ¿Con?...

VALENTINA. Sí; voy acompañada.

SUSANA. ¿Y tu pleito?

VALENTINA. He desistido. El mismo escribano me ha dicho: «Créame, señora. Deje tranquilo a su esposo. Es lo mejor que puede usted hacer». Entonces decidí el viaje.

SUSANA. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

VALENTINA. He tenido que hacer muchas compras para el viaje. He tenido que rescindir el contrato con mi casero, dándole una indemnización. También he indemnizado al tapicero, que ha recuperado sus muebles. Y ya me tiene usted libre como el aire.

SUSANA. Y no ha tenido usted ni un minuto para traerme la respuesta que yo esperaba.

VALENTINA. Le escribí el resultado. ¿Acaso no recibió mi carta?

SUSANA. Sí, pero...

VALENTINA. Se lo contaré todo. Es breve y sensillo.

SUSANA. Ya la escucho.

VALENTINA. Escribí un anónimo a la señora de Lornan.

SUSANA. Muy bien.

VALENTINA. Tuve buen cuidado de desfigurar mi letra. En ese anónimo la decía que una mujer que tenía por ella gran interés, pero que no podía revelar su nombre, deseaba hablar con ella urgentemente. La dejaba comprender que se trataba del señor de Jalin. La recomendaba discreción y la citaba para anteanoche.

SUSANA. ¿Acudió?

VALENTINA. Sí. La entrevista se realizó en las Tullerías. Estaba aquel lugar sombrío y yo llevaba un velillo muy espeso. No era posible que viene bien mi rostro. Yo sí vi el suyo. Es guapa.

SUSANA. ¿Qué le dijo usted?

VALENTINA. En todo ello estuvimos de acuerdo... Que Oliverio la engaña, que está enamorado de Marcela, que quiere casarse con ella, que es una locura, una desgracia, que la muchacha no es digna de él. Me pareció creer que la señora de Lornan no es más que la amiga de Oliverio. En efecto, no es más que la amiga; pero lo quiere y es celosa.

SUSANA. ¿La habló usted de mí?

VALENTINA. Ella fué la que primero me habló. Después la dije que yo la conocía a usted, que sabía que usted estaba al corriente de todo este asunto, y que las dos podrían impedir ese casamiento. Que esto era un favor que se le hacía al señor de Jalin, y para ello no tenía más que venir a esta casa y ponerse de acuerdo con usted. Dudó bastante, me hizo que la prometiera que usted estaría sola cuando ella vi-

niese y, según la decía a usted en mi carta, vendrá hoy a las dos. ¡Esta mujer no está buena de la cabeza! ¡Quién creyera nunca que el señor de Jalin pudiera inspirar semejantes pasiones? ¿Sabe usted algo de él?

SUSANA. Sí.

VALENTINA. ¿En qué relaciones está con el señor de Nanjac?

SUSANA. No han vuelto a verse. Pero Oliverio me ha escrito...

VALENTINA. ¿Qué la dice?

SUSANA. Que me quiere. Que si ha intentado impedir mi matrimonio es porque está enamorado de mí...

VALENTINA. Quizás sea verdad...

SUSANA. ¡Quién sabe! ¡Quizás!... Pero hay probabilidades para que no sea, puesto que me pide una entrevista en su casa. Quiere darme una explicación, que, según dice, no podría dar en mi casa.

VALENTINA. En efecto, esto parece ocultar una estratagema.

SUSANA. Sin embargo, tengo la seguridad de que está enemistado con el señor de Nanjac.

VALENTINA. ¡Si ese señor pudiera darle una estocada, para que aprendiese a no meterse en lo que no le importa!... No puedo ver al señor de Jalin, porque es quien ha enemistado a Hipólito conmigo. Así, querida, que si usted puede darle que sentir, no vacile; yo le doy a usted mi representación y llevo la mitad en el negocio.

SUSANA. Esté tranquila. No olvido nada. ¿De qué servirían las ofensas si se las perdonara? Oliverio ha dicho, entre otras

cosas, al señor de Nanjac, que no se debe traer una mujer decente a nuestra sociedad. Hoy se encontrará en mi casa con la señora de Lornan. Esto, sin duda, modificará un poco su opinión.

VALENTINA. ¿Es que él va a venir?

SUSANA. Sí.

VALENTINA. Vendrá furioso... Y si él se indignara...

SUSANA. ¡Calle usted! A la menor palabra tendría una cuestión con el señor de Nanjac, y él la rehuye. Recibirá la lección y se callará.

VALENTINA. ¡Cuánto siento verme obligada a salir de París! En fin, adiós. Escríbame a Londres, lista de correos, a nombre de la señorita Rosa. Es el nombre de mi doncella. Hasta que esté completamente segura no quiero que mi marido pueda saber dónde estoy. ¡Me contraría mucho salir de París! Aquí es donde únicamente se divierte una. ¡Pero es necesario! En fin, adiós.

SUSANA. ¿Tendré noticias suyas?

VALENTINA. No le faltarán. ¡Ah! ya sabe... A la señorita Rosa. *(Sale Raimundo en el momento en que Valentina vase por otra puerta).*

SUSANA. ¡Otra que no volveré a recibir cuando yo esté casada! *(A Raimundo).* Tenía impaciencia por verle.

RAIMUNDO. Todo está listo.

SUSANA. ¿El contrato?...

RAIMUNDO. Lo firmaremos mañana.

SUSANA. ¿Y saldremos de París?...

RAIMUNDO. Cuando usted quiera.

SUSANA. ¿Me querrá usted siempre?

RAIMUNDO. ¿Y usted, Susana?

SUSANA. ¿Puede usted dudar ahora? ¿No le he dado todas las pruebas que podía darle? Sí, Raimundo: le quiero y le querré siempre.

RAIMUNDO. Dígame... ¿Ha recibido al señor de Jalín?...

SUSANA. No. ¿Por qué?...

RAIMUNDO. Acabo de verle. Venía hacia aquí con su amigo el señor de Richond.

SUSANA. Hacia aquí viene, en efecto.

RAIMUNDO. Yo creía que usted no debía recibirle. Se lo he suplicado y usted me lo había prometido.

SUSANA. Me ha escrito que tenía que hablarme. Le recibo como si no hubiera pasado nada. Y yo le aconsejo a usted que también lo olvide.

RAIMUNDO. Puede usted dar las últimas órdenes para el acto de mañana. Deseo que nuestro casamiento sea participado a todos nuestros amigos, incluso al señor de Jalin, a quien voy a recibir, porque será la primer persona que él verá aquí. Quiero que sepa bien la actitud que debe observar en esta casa. En seguida iré a reunirme con usted. *(Vase Susana. Aparece el Criado y anuncia).*

CRIADO. El señor de Jalin y el señor Richond. *(Salen Oliverio e Hipólito).*

RAIMUNDO. *(Saluda muy fríamente).* Señores...

OLIVERIO. ¿Sigue usted bien?

RAIMUNDO. Perfectamente. Gracias.

OLIVERIO. ¿La baronesa no está visible?

RAIMUNDO. Me ha encargado que les rogara a ustedes que la esperasen. Vendrá en seguida. Señores... *(Saluda y vase).*

OLIVERIO. ¡Qué frío y qué despectivo!

HIPÓLITO. Al venir aquí debiste suponerlo. ¿Porqué entrar de nuevo? Has cumplido con tu deber. El señor de Nanjac quiere a toda costa casarse con la baronesa y no repara en obstáculos. Déjale. En definitiva esto no te importa.

OLIVERIO. Tienes razón. Estaba decidido a no mezclarme más en todo esto, aunque hay personas que merecen que se las salve a pesar de ellas mismas. Pero las mujeres no reflexionan nada y Susana acaba de provocarme de nuevo. Yo no tengo la culpa.

HIPÓLITO. No esperabas más que un pretexto para volver a su casa.

OLIVERIO. Es posible. Razón de más para no facilitarme este pretexto.

HIPÓLITO. Veamos esa provocación.

OLIVERIO. A la señora de Lornan le ha escrito un anónimo tu mujer.

HIPÓLITO. ¿Mi mujer?

OLIVERIO. Sí. La letra estaba desfigurada; pero la he reconocido. Esa carta, en la que se citaba a la señora de Lornan, me la ha enseñado su ama de gobierno, que sabe el interés que yo tengo por Carlota, aunque ésta sigue sin recibirme. Susana está detrás de la cortina, pero que tenga mucho cuidado. Si lo que sospecho es cierto, si intenta la menor cosa contra Carlota, no sé lo que haré; pero esta vez romperé tan bien su casamiento, que me juego la vida si Susana encuentra un solo pedazo.

HIPÓLITO. ¿Y si yo empezara por hacer que detuvieran a mi mujer? Mientras no hacía daño más que a mí, ¡bueno!; pero

desde el momento en que se lo hace a los demás...

OLIVERIO. Yo solo concluiré bien este asunto. En cuanto me he enterado de estas nuevas historias, he escrito a Susana para que fuese a mi casa. Se ha negado a ello; pero me ha contestado que me esperaba hoy aquí. Déjame echar el anzuelo donde yo quiera y no armes ruido. Antes de una hora morderá. *(Sale la Vizcondesa muy agitada).*

VIZCONDESA. ¿Dónde está la baronesa?

OLIVERIO. ¿Qué tiene, señora? ¡Viene echando chispas!

VIZCONDESA. ¡Es que estoy furiosa!

OLIVERIO. Pues no me agrada verla así. Como siempre la vi contenta, esto me sorprende.

VIZCONDESA. No tengo humor de bromas.

OLIVERIO. Está bien. Contestaré a su pregunta. La baronesa se halla con el señor de Nanjac. Nosotros la esperamos.

VIZCONDESA. *(A Hipólito, mientras lleva aparte a Oliverio).* Perdone, caballero... *(A Oliverio).* ¿Sabe usted lo que ha hecho Marcela?

OLIVERIO. Ha dicho al señor de Nanjac, con toda franqueza, que no quiere casarse con él.

VIZCONDESA. ¡Justo!

OLIVERIO. ¡Es claro! Si no le quiere...

VIZCONDESA. ¡Bonita razón! Pero no es eso todo. Cuando esta mañana entré en la habitación de Marcela, allí no había nadie.

OLIVERIO. Pero había una carta.

VIZCONDESA. Sí... Una carta en la que Marcela me dice que ha encontrado el medio de no serme una carga, que no tenga

miedo, que no me avergonzaré por su culpa.

OLIVERIO. Y también la dice que vuelve al colegio donde ha sido educada.

VIZCONDESA. ¿Usted la ha visto?

OLIVERIO. Acabo de verla.

VIZCONDESA. ¿Dónde?

OLIVERIO. En su colegio.

VIZCONDESA. ¿Cómo ha sido eso?

OLIVERIO. Marcela me ha escrito.

VIZCONDESA. ¿A usted?

OLIVERIO. A mí.

VIZCONDESA. ¿Por qué motivo?

OLIVERIO. He sido yo quien le aconsejó lo que ha hecho.

VIZCONDESA. ¿Y usted por qué se ha mezclado?...

OLIVERIO. Porque me interesa.

VIZCONDESA. Entonces, ¿ha sido usted también quien la aconsejó que saliese de París?

OLIVERIO. Justamente. Y saldrá mañana. La directora de su colegio le ha encontrado una colocación.

VIZCONDESA. ¿Una colocación?

OLIVERIO. En Besansón, con una excelente familia. Marcela dará lecciones de inglés y de música a una niña. Ochocientos francos anuales, casa y comida. No será esto muy divertido, pero lo encuentra más honroso que seguir en París, desbaratando matrimonios, jugando a las cartas y comprometiéndose. Soy de su opinión.

VIZCONDESA. ¡Ha hecho usted una obra preciosa! En fin, voy a escribir a Marcela suplicándola que, al menos, se cambie de nombre. ¡Una Sancenaux, la hija de mi hermano, comprometer así a su

familia!.... ¡Una Sancenaux institutriz! ¿Por qué no doncella?

OLIVERIO. ¿Y a eso llama usted comprometer a su familia? Amiga vizcondesa, el que le ha vendido a usted la lógica la ha estafado. Debe ser el señor de Latour.

VIZCONDESA. ¿Cómo poder casarla, después de un escándalo semejante?

OLIVERIO. Quizás se case más pronto que si hubiese seguido al lado de usted.

VIZCONDESA. No es ese el camino.

OLIVERIO. Todos los caminos llevan a Roma, y el más largo es casi siempre el más seguro.

VIZCONDESA. Está bien. Ya veremos. He hecho por ella todo lo que he podido. Después de todo no es más que mi sobrina. *(Sale Susana).*

SUSANA. Buenos días, vizcondesa.

VIZCONDESA. Buenos días, querida.

SUSANA. ¿Qué tiene usted?

VIZCONDESA. Se lo contaré después. Aquí le traigo lo que ha tenido la atención de prestarme.

SUSANA. No corría prisa.

VIZCONDESA. He cobrado algunas cantidades. Gracias.

SUSANA. *(A Hipólito).* Ha sido usted muy amable al haber pensado hacerme esta visita con el señor de Jalin.

HIPÓLITO. Temía ser indiscreto; pero Oliverio...

SUSANA. Los amigos del señor de Jalin son los míos.

HIPÓLITO. Gracias, señora.

SUSANA. *(A Oliverio).* ¿Usted aquí?

OLIVERIO. Sí. Usted me ha escrito que viniese a verla.

SUSANA. A fin de saber qué es lo que tiene que decirme.

OLIVERIO. Ya se lo he escrito.

SUSANA. ¿Usted me quiere?

OLIVERIO. Yo la quiero.

SUSANA. Y por eso deseaba usted llevarme a su casa. Intentaba que yo fuese para que el seño de Nanjac me viera entrar allí. Me hace usted una guerra infantil, con cañones de madera y balas de miga de pan. Va a ser difícil que me derrote.

OLIVERIO. ¿Es que usted no me cree?

SUSANA. No.

OLIVERIO. Está bien. Adiós.

SUSANA. Espere. Voy a enseñarle una cosa.

OLIVERIO. ¿De qué se trata?

SUSANA. No puedo decirlo. Es una sorpresa. *(Durante el anterior diálogo ha salido Raimundo y habla con la Vizcondesa e Hipólito. Alto a la Vizcondesa).*
Querida vizcondesa, usted debe conocer a la señora de Lornan.

VIZCONDESA. La conocí en otra época. Hace tiempo que no nos vemos.

SUSANA. Se dice que es muy virtuosa.

VIZCONDESA. Es cierto.

SUSANA. Y muy exigente para sus visitas.

VIZCONDESA. Frecuenta pocas casas.

SUSANA. Va a venir aquí. Le presentaré a ella, seño de Nanjac. Verá usted qué persona tan encantadora.

OLIVERIO. Si es que viene.

SUSANA. Es verdad. Conoce usted mucho a la señora de Lornan.

OLIVERIO. Por eso, apostaría a que no viene. Y si llegase a venir, a que no entra.

SUSANA. ¿Qué apostaría usted?

OLIVERIO. Lo que quiera. Lo que puede apostar una persona distinguida: una caja de bombones o un ramo de flores.

SUSANA. *(Aparece el Criado).* Acepto la apuesta y tengo la seguridad de que voy a ganarla en seguida.—¿Qué hay?

CRIADO. Una señora desea hablar a la señora baronesa.

SUSANA. ¿Su nombre?

CRIADO. No ha querido decirlo.

SUSANA. Dígale a esa señora que yo no recibo a las personas que ocultan su nombre. *(Vase el Criado).*

OLIVERIO. *(Bajo a Raimundo).* Raimundo, en nombre de nuestra buena amistad, impida usted que la señora de Lornan entre en este salón.

RAIMUNDO. ¿Por qué?

OLIVERIO. Porque de esta visita puede derivarse algún contratiempo.

RAIMUNDO. ¿Para quién?

OLIVERIO. Para varias personas.

RAIMUNDO. Aquí no tengo ninguna autoridad. La baronesa puede recibir a quien quiera. Esto no me incumbe.

OLIVERIO. Está bien. *(Aparece el Criado).*

CRIADO. La señora de Lornan pregunta si puede recibirla la señora baronesa.

SUSANA. Sí. Que pase.

OLIVERIO. ¡Desgraciada! *(Vase corriendo).*

HIPÓLITO. ¡Ojalá no tenga usted que arrepentirse de lo que acaba de hacer!

SUSANA. En mi vida me he arrepentido de nada. *(A Raimundo, que se dispone a hacer mutis).* Quédese. El señor de Jalin ha ido a ofrecer su brazo a la señora de Lornan. Ha perdido su apuesta. Hace bien las cosas. *(Raimundo se diri-*

ge hacia la puerta en el momento en que sale Oliverio).

RAIMUNDO. ¿De dónde viene usted?

OLIVERIO. Vengo de decir a la señora de Lonan que no quiero que entre aquí.

RAIMUNDO. ¿Con qué derecho?

OLIVERIO. Con el derecho que todo caballero tiene para impedir que se pierda una mujer decente.

SUSANA. Sobre todo cuando esa mujer decente es la amante de ese caballero.

OLIVERIO. ¡Miente usted, señora!

RAIMUNDO. ¡Caballero, usted insulta a una mujer!

OLIVERIO. Señor mío: desde hace ocho días usted busca la ocasión de provocarme y yo no he venido aquí más que para facilitarle esta ocasión. Usted cree que una estocada desatará el nudo en que está aprisionado. Vaya por la estocada. Estoy a sus órdenes.

RAIMUNDO. Dentro de una hora, mis testigos estarán en su casa.

OLIVERIO. Está bien. Los espero.

RAIMUNDO. Sólo se fijarán las condiciones del desafío. Las causas permanecerán desconocidas.

SUSANA. ¡Raimundo!

RAIMUNDO. Un momento, señora. Vuelvo en seguida. *(Vase).*

OLIVERIO. Hipólito, acompáñame. *(Saluda y vase con Hipólito).*

VIZCONDESA. ¡Un desafío en esta casa entre dos hombres que eran tan amigos hasta hace pocos días!... ¿Cómo se explica?

SUSANA. No lo sé.

VIZCONDESA. Pero, ¿usted va a consentir ese duelo?

SUSANA. Lo impediré. He hecho cosas más difíciles.

VIZCONDESA. ¿Puedo servirla en algo?

SUSANA. No. Muchas gracias.

VIZCONDESA. Entonces la dejo. No dispone usted de mucho tiempo para arreglar este asunto. Ya me tendrá al corriente.

SUSANA. Se lo prometo. Vuelva a la tarde o yo pasaré por su casa.

VIZCONDESA. Hasta luego. *(Aparte al mutis).* ¿Qué significa todo esto? *(Vase).*

SUSANA. Decididamente Oliverio es más valiente de lo que yo creía. Es todo un caballero. Y si no quiere a la señora de Lornan, ¿qué haría si la quisiera? *(Sale el Criado).*

CRIADO. Una carta para la señora baronesa.

SUSANA. Está bien. *(Abre la carta).* Es del marqués. *(Lee).* «Me ha engañado usted. Ha vuelto a ver al señor de Nanjac, y ese casamiento que usted me dijo que era imposible, quiere verificarlo a pesar de mi prohibición. Tiene usted una hora para deshacerlo. Si en esa hora usted no encuentra el medio, yo le revelaré todo al señor de Nanjac.» ¡Oh! Este pasado, que me cae gota a gota sobre mi frente, ¿no lo borraré jamás? Confesaré todo..... No; lucharé hasta el fin. *(Toca el timbre).* Ganemos tiempo. Es lo principal. *(Escribe.—Sale Sofía).* Vas a ir a casa del marqués de Thonnerins. Le entregarás tú misma esta carta. Cierra esa puerta. *(Aparece Raimundo).*

SOFÍA. El señor de Nanjac.

SUSANA. *(Guarda rápidamente la carta en su bureau).* Está bien. Sal, Sofía. Más tarde harás ese encargo. *(Vase Sofía).* ¿Qué hay, amigo mío?

RAIMUNDO. Vengo de casa de dos camaradas, de dos oficiales. He ido a suplicarles que me sirvieran de testigos. No los he encontrado. Les he dejado una nota.

SUSANA. Ese duelo no se verificará.

RAIMUNDO. ¡Usted está loca, Susana! Yo evito los duelos del señor de Latour y del señor de Maucroix, pero no dejo que se eviten los míos. Por otra parte, el señor de Jalin tiene razón: le odio.

SUSANA. Renuncie usted a mi cariño. Yo no le causo más que males.

RAIMUNDO. Usted será mi mujer. Se lo he jurado a usted, me lo he jurado a mí mismo y será. Pudiera ser que me mataran. En el terreno un hombre es igual que otro. El señor de Jalin es valiente; se defenderá bien. No quiero morir sin haber cumplido mi promesa. *(Se sienta y va a abrir el bureau).*

SUSANA. *(Con un movimiento involuntario).* ¿Qué va usted a hacer?

RAIMUNDO. Escribir a mi notario para que venga. Usted tendrá la bondad de ordenar que lleven la carta.

SUSANA. Es inútil.

RAIMUNDO. ¿Qué tiene usted? ¿No es lo convenido?

SUSANA. Sí; pero tiene usted mucho tiempo.

RAIMUNDO. Al contrario. Tengo muy poco tiempo.

SUSANA. Voy a buscar papel y pluma.

RAIMUNDO. ¡Pero si los hay aquí!

SUSANA. No.

RAIMUNDO. ¡Cómo! Usted escribía cuando yo entré.

SUSANA. Raimundo, le ruego que no intente abrir ese *bureau.*

RAIMUNDO. No lo intento, puesto que usted escribe cosas que yo no debo ver.

SUSANA. ¿Otra sospecha más?

RAIMUNDO. No, Susana. Es que usted tiene secretos y yo los respeto.

SUSANA. Entonces abra usted y lea.

RAIMUNDO. ¿Me lo permite?

SUSANA. Sí. *(Raimundo se dirige al bureau y Susana lo detiene).* ¡Es usted bastante desconfiado!

RAIMUNDO. ¿Yo? No tiene usted razón para acusarme de eso. No es desconfianza, es curiosidad. Usted me autoriza a mirar y yo miro.

SUSANA. ¿Promete usted no burlarse de mí?

RAIMUNDO. Prometido.

SUSANA. ¡Si supiera usted de qué se trata!

RAIMUNDO. Vamos a saberlo.

SUSANA. Estará usted al corriente en cuanto lea lo que encargo para nuestro viaje.

RAIMUNDO. ¿Qué?

SUSANA. Trajes, sombreros, sombrillas... ¡Interesantísimos detalles para un hombre!

RAIMUNDO. ¿Y ese es todo el secreto?

SUSANA. Todo.

RAIMUNDO. Por lo visto, escribía usted a su modista.

SUSANA. Sencillamente.

RAIMUNDO. Mientras yo buscaba testigos para batirme usted encargaba trajes. Vamos, Susana, ¿es que decididamente me toma usted por un tonto?

SUSANA. ¡Raimundo!

RAIMUNDO. Quiero saber a quién escribía.

SUSANA. ¿Sí, eh? ¡Bueno, pues no lo sabrá! *(Abre el bureau y toma la carta)*

RAIMUNDO. ¡Tenga usted cuidado!

SUSANA. ¿Amenazas?... ¿Y con qué derecho? Gracias a Dios aun no soy su mujer. Estoy aquí, en mi casa, libre, dueña de mis actos, como yo le dejo libre y dueño de los suyos. ¿Es que yo le pregunto? ¿Es que yo le registro sus papeles?

RAIMUNDO. *(Sujetandola por la muñeca).* ¿Esa carta?...

SUSANA. ¡Ya le he dicho que no se la daré! Nunca he cedido a la violencia. Le he dicho la verdad. Usted es dueño de suponer y de creer lo que mejor le parezca.

RAIMUNDO. Supongo que me engaña usted.

SUSANA. ¡Sea!

RAIMUNDO. *(Con voz amenazadora).* ¡Susana!

SUSANA. ¡Basta, señor mío! Le devuelvo su palabra y recobro la mía. Todo ha terminado entre nosotros.

RAIMUNDO. Ya ha empleado usted ese recurso.

SUSANA. ¿A qué hombre tengo yo que dar explicaciones?

RAIMUNDO. Usted tiene que dárselas a un hombre que, a cambio de un apellido honroso, sólo le ha pedido la sinceridad de un minuto. Un hombre a quien usted ha jurado que él no tendría nada que reprocharla. Que mañana va a batirse con otro hombre, del honor del cual no puede dudar, por defender el honor de usted, del que sí duda. Que desde hace quince días se confunde entre mentiras y dobleces, sin oponer a ellas otra cosa que la lealtad, la franqueza y la confianza. Un hombre que ahora está resuelto a saber la verdad, sea por el medio que quiera. Si esa carta no encierra toda la verdad, yo

juzgo, por la emoción de usted, que encierra una gran parte. Necesito esa carta. Démela usted o se la quito.

SUSANA. *(Intenta romper la carta).* ¡No se la doy!

RAIMUNDO. *(Impidiendo que la rompa).* ¡Esa carta!...

SUSANA. ¿Va usted a maltratar a una mujer?

RAIMUNDO. ¡Esa carta!...

SUSANA. Pues bien... Yo no le quiero a usted... No le he querido nunca. Le he engañado... ¡Déjeme usted ya!

RAIMUNDO. *(Quiere abrirle la mano por fuerza).* ¡Esa carta!...

SUSANA. Raimundo, yo se lo diré a usted todo. Me hace daño... No soy culpable..... ¡Por tu madre!... *(Raimundo le arranca la carta).* ¡Miserable! Está bien... Léala usted... Pero yo me vengaré... ¡Se lo juro!

RAIMUNDO. *(Lee emocionado).* «No me pierda usted, se lo suplico. Es preciso que yo le vea, para que le explique todo. Haré lo que usted mande. No tengo la culpa de que me quiera el señor de Nanjac... Que yo le quiera tiene excusa. Sin embargo, dependo de usted. Sea generoso y perdóneme. Si él supiera la verdad, yo moriría de vergüenza. Le prometo a usted que no seré la mujer del señor de Nanjac; pero que no sepa nada. Atiéndame usted; y cuando sea libre, yo...» ¡Y yo dudaba aún! ¿Qué le hecho yo, Susana? ¿Por qué engañarme?... Tenga usted su carta. Adiós. *(Se dirige vacilante hacia la puerta).*

SUSANA. *(Con voz tímida, al verle abatido).* ¡Raimundo!....

RAIMUNDO. Ha hecho usted llorar a un hombre que no había llorado desde la muerte

de su madre. Las lágrimas producen bien.

SUSANA. *(En tono de dulce reproche).* Me ha lastimado usted los brazos y las manos.

RAIMUNDO. Perdóneme; ha sido una mala acción; pero es que la quería a usted.

SUSANA. *(Acercándose a él).* Yo también le quería a usted.

RAIMUNDO. Si eso hubiera sido cierto, no me hubiese mentido.

SUSANA. *(Aproximándose más a él).* Ninguna mujer, en mi lugar, le hubiera hecho la confesión que usted me pedía. Yo le quería, le estimaba... Yo deseaba ser querida y estimada por usted. Yo le contaré toda mi vida. Pero hay una cosa que yo debía ocultarle. Sólo una. Si usted supiera... Yo soy menos culpable de lo que parezco... Y además me he visto sin consejeros, sin apoyo... He debido decírselo a usted todo. Esa ha sido mi falta. Usted es generoso y me hubiera perdonado. Ahora usted ya no cree en mí... Pero si yo no soy bastante para ser la mujer de un hombre como usted, yo le quiero bastante para que usted me quiera. Nadie me impide que se lo diga ahora. Raimundo, créeme... ¡yo te quiero!

RAIMUNDO. ¿A quién escribía usted esta carta?

SUSANA. ¿Iría usted a desafiar a ese hombre?

RAIMUNDO. No le diré nada; pero quiero saber quién es.

SUSANA. Ese hombre no tiene ningún derecho sobre mí, puesto que le escribía que yo le quiero a usted.

RAIMUNDO. Entonces, ¿por qué le prohibe que sea mi mujer?

SUSANA. Yo le contaré a usted todo, cuando esté más tranquilo.

RAIMUNDO. ¡Adiós!

SUSANA. *(Deteniéndole).* ¡Voy a decírselo todo!

RAIMUNDO. Ya escucho.

SUSANA. Yo escribía esta carta...

RAIMUNDO. ¿A Oliverio?

SUSANA. No. Te lo juro. Pero prométeme que no desafiarás a ese hombre.

RAIMUNDO. Se lo prometo.

SUSANA. Escribía al marqués de Thonnerins. *(Raimundo hace un movimiento de asombro y de cólera.* Raimundo, ponte en el lugar de una pobre mujer abandonada por todos, que encuentra una protección inesperada y secreta... Al marqués se lo debo todo... ¡Si tú supieras!... ¡Yo no he conocido jamás a mi familia!

RAIMUNDO. ¿De modo que su matrimonio?...

SUSANA. ¡Es una ficción!

RAIMUNDO. ¿Y aquellos papeles que me enseñó?

SUSANA. Pertenecían a una mujer, muerta en el extranjero, sin parientes, sin amigos...

RAIMUNDO. ¿Y su fortuna?

SUSANA. La tengo por el marqués de Thonnerins.

RAIMUNDO. ¡Esta era la vergüenza que usted me preparaba, en cambio de mi confianza y de mi amor! En lugar de confesármelo todo noblemente, dignamente, usted me aportaba un nombre robado y una fortuna adquirida por el precio de su deshonor. ¿No comprendía lo que, ya casados, al descubrir todas estas infamias, yo hubiese hecho? Pues no tenía más que quitarla a usted del mundo para quitarme yo inmediatamente.

No sólo es que usted no me quería, Susana. ¡Usted no me estimaba!

SUSANA. ¡Sí, soy una criatura miserable! ¡No merezco ni su amor ni su recuerdo! Aléjese usted de mí,... y olvídeme.

RAIMUNDO. Pero, indudablemente, eso no es todo. Lleguemos al final. ¿Qué más tiene usted que confesarme?

SUSANA. ¡Nada!

RAIMUNDO. ¿Y Oliverio?... Ni la miseria ni el abandono le han empujado a usted hacia él. Si ese hombre ha sido su amante, es porque usted le ha querido. ¡Y ese amor, Susana, no se lo perdonaré yo nunca!

SUSANA. Oliverio no ha sido nada mío. El se lo ha dicho y usted lo sabe perfectamente.

RAIMUNDO. ¿Me lo jura usted?

SUSANA. Se lo juro.

RAIMUNDO. ¿Y usted me quiere?

SUSANA. ¿Le hubiese hecho esa confesión si no le quisiera?

RAIMUNDO. Pues bien, Susana; yo no le pido más que una prueba de este amor.

SUSANA. Dí.

RAIMUNDO. Devuélvale al marqués todo lo que tiene de él.

SUSANA. *(Toca el timbre).* En el acto. *(Saca papeles del bureau, que guarda en un sobre. Sale el Criado).* Lleve en seguida estos papeles a casa del señor marqués de Thonnerins. No hay que esperar contestación.

CRIADO. Precisamente, el señor marqués acaba de llegar a esta casa.

SUSANA. ¡El!

RAIMUNDO. *(Exaltado)* Dígale al señor marqués que tenga la bondad de esperar. *(Vase el Criado).* Déme esos papeles. Se los voy a devolver yo mismo.

SUSANA. Me causa usted miedo.

RAIMUNDO. No; no tema. Aun es tiempo, Susana. Elija usted... O usted guarda esos papeles y yo me alejo para siempre, o usted me repite el juramento hecho, y si sobrevivo a ese desafío, no le pediré cuenta de su vida más que a partir de ese juramento y saldremos juntos de París.

SUSANA. ¡He dicho la verdad!

RAIMUNDO. ¡Ah, Susana! No sabía yo mismo lo mucho que la quería. *(Vase).*

SUSANA. Acabo de jugarme toda mi vida: todo el pasado, todo el porvenir. Unicamente Oliverio puede perderme o salvarme, si él me quiere como me ha dicho. ¡Esto sería extraordinario! *(Se dispone para salir a la calle).* ¡Ahora veremos!...

TELON

ACTO QUINTO

En casa de OLIVERIO

Al levantarse el telón OLIVERIO escribe.—Entra HIPOLITO y le da un golpecito en el hombro.

HIPOLITO. Soy yo.

OLIVERIO. *(Acaba de cerrar la carta).* Tu dirás.

HIPOLITO. He hecho todos tus encargos.

OLIVERIO. ¿Has visto a la señora de Lornan?

HIPÓLITO. Sí; por la mediación de su ama de gobierno, porque el marido ha regresado. Por esta razón la señora de Lornan te ha escrito pidiéndote noticias. En estos momentos no puede salir de su casa. La he dicho que el duelo no se verificará.

OLIVERIO. Y que, en todo caso, no sonará su nombre. Esto, indudablemente, es lo que a ella más le interesa.

HIPÓLITO. Lo que ella desea, sobre todo, es que no te suceda nada. Tú querías salvarla y has triunfado. No tienes por qué molestarte si ella rehusa comprometerse, aun por tí mismo. La lección ha sido buena y la aprovechará. La he dejado completamente tranquilizada. Esto no era difícil, porque yo también estaba completamente tranquilizado.

OLIVERIO. ¿Cómo?...

HIPÓLITO. El duelo no se verificará.

OLIVERIO. ¿Por qué?

HIPÓLITO. Porque he visto al marqués y hay novedades.

OLIVERIO. No puede haber novedades que, en el punto en que estamos, nos impidan batirnos al señor de Nanjac y a mí. A menos que él me dé explicaciones, cosa que no es probable.

HIPÓLITO. Eso sólo depende de tí.

OLIVERIO. A ver. Explícate.

HIPÓLITO. He visto al marqués, como te he dicho.

OLIVERIO. ¿Y rechaza ayudarme?

HIPÓLITO. Sí.

OLIVERIO. Lo sospechaba. También él tiene miedo a comprometerse.

HIPÓLITO. Y tiene razón. Estas cosas no son propias de su edad ni de su posición. Tiene una hija, y su nombre no puede mezclarse en este asunto. Pero él ha visto al señor de Nanjac, quien lo sabe todo.

OLIVERIO. ¿Todo?

HIPÓLITO. Lo que se refiere al marqués. Ha encontrado una carta que Susana escribía a éste. Ha habido una escena violenta entre la baronesa y Raimundo. Susana se ha visto obligada a confesar sus relaciones con el marqués. Raimundo la ha perdonado con la condición de que devuelva al marqués todo lo que ella tenía de él.

OLIVERIO. ¿Y se lo ha devuelto?

HIPÓLITO. Así parece.

OLIVERIO. Esto me asombra. Pero no veo por qué ese incidente puede impedir el duelo.

HIPÓLITO. El propio señor de Nanjac ha hecho esa devolución, y el marqués, informado de la provocación que acababa de realizarse, aprovechó la circunstancia para decir a Raimundo que eran imposibles la boda y el desafío; que Susana era indigna de él y y que tu conducta en esta ocasión había sido la de un hombre correcto y un buen amigo. Ya sabes lo que es un hombre enamorado que está en una situación falsa... Cuanto más se ataca a la mujer que él quiere, más cree él que su dignidad le obliga a defenderla. Raimundo ha tomado la cuestión por todo lo alto y ha dicho al marqués: «Puesto que yo mismo le devuelvo lo que la

baronesa debía a la generosidad de usted, esto quiere decir que deseo que se olvide todo lo que en la vida de Susana tenga relación con usted. El señor de Jalin ha empezado diciéndome que sólo era amigo de la baronesa, para darme a entender en seguida todo lo contrario. El señor de Jalin, que yo creía amigo mío, no ha creído deber de amistad negar o afirmar enteramente. Si él me dijera cara a cara: «Doy a usted mi palabra de honor de que he sido el amante de esa mujer», que es lo que debe hacer por poco afecto que me haya tenido, yo, a mi vez, le daría la palabra de honor de presentarle mis excusas, de estrechar su mano como antes y de no volver a ver a la baronesa». Ya ves que ese duelo no tiene fundamento.

OLIVERIO. ¿Has terminado?

HIPÓLITO. Sí.

OLIVERIO. Pues te doy gracias por tu buena intención; pero hemos perdido el tiempo lastimosamente.

HIPÓLITO. ¿Por qué?

OLIVERIO. Porque la baronesa está ahora fuera de la cuestión. No sé ni puedo saber más que una cosa: que ha habido una provocación entre el señor de Nanjac y yo, y que evitar un duelo envolviendo una acusación, aunque sea cierta, contra una mujer, es un acto indigno de un hombre de corazón. El señor de Nanjac es militar. Yo soy un hombre civil. ¿Qué se diría si ese duelo no se verificase? El señor de Nanjac tiene más razón para lamen-

tarse que yo; pero comprendo su conducta. Yo quisiera estrechar su mano, y voy, quizás, a matarle. Tal es la falsa lógica de las leyes del honor social. Yo no soy quien las ha hecho, pero estoy obligado a someterme a ellas.

HIPÓLITO. Sí, pero... no es una cosa divertida matar a un hombre por ella... ¡En fin!... ¿Tú sabes lo que ha hecho mi mujer?

OLIVERIO. No.

HIPÓLITO. Acabo de saberlo. Ha salido de París con el señor de Latour, que deja en la Bolsa un desfalco de cuatrocientos mil francos. Ella no podía acabar de otra manera. Y eso que aun no ha acabado. Es una de esas criaturas a las que nada detiene. En cuanto empiezan a descender es preciso que lleguen hasta el fondo, sin tener, como las mujeres que se encuentran en el último escalón de la sociedad, la excusa de los malos ejemplos, de la miseria y de la ignorancia.

OLIVERIO. Dispensa. Son las dos y media.

HIPÓLITO. Es verdad. Como el marqués no ha querido servirte de testigo, fuí a buscar al señor de Maucroix y hemos ido a entrevistarnos con los testigos de Raimundo. Se ha convenido para las tres. Sólo disponemos de media hora.

OLIVERIO. ¿Lugar del encuentro?

HIPÓLITO. Los terrenos que están detrás de tu casa. Son grandes y siempre están desiertos. Nadie vendrá a buscarnos allí. Tienen, además, la ventaja de que están a dos pasos de tu casa. En caso

de accidente, tendremos un sitio seguro donde trasladar al herido.

OLIVERIO. ¿Armas?

HIPÓLITO. Los otros testigos nos habían dejado la elección.

OLIVERIO. ¿Habéis rehusado?

HIPÓLITO. Sí; porque tú nos habías dicho que no aceptáramos ninguna concesión. Se ha echado a la suerte y la suerte nos ha dado la ventaja que aquellos señores nos ofrecían.

OLIVERIO. ¿Qué habéis elegido?

HIPÓLITO. La espada.

OLIVERIO. Si me sucediera una desgracia, encontrarás una carta en ese *bureau*. Se la llevarás inmediatamente a Marcela, que tiene decidido salir de París esta noche, y la carta, seguramente, le impedirá el viaje.

HIPÓLITO. ¿Nada más?

OLIVERIO. Nada más.

HIPÓLITO. ¿Y la baronesa?

OLIVERIO. No será preciso. Vendrá ella.

HIPÓLITO. ¿Te lo ha dicho?

OLIVERIO. No. Pero Susana no es valiente y orgullosa más que en la victoria. Si sabe que con una sola palabra puedo impedir su casamiento, debe creer que diré esa palabra, y hará, no importa qué, para que yo me calle. Vendrá Susana.

HIPÓLITO. ¿Quieres saber lo que pienso?

OLIVERIO. Dílo.

HIPÓLITO. Tú estás muy enamorado de Susana aunque no lo dejas ver, y estás aún más enamorado, tal vez, que lo que te callas.

OLIVERIO. *(Sonriendo).* ¿Quién sabe? El corazón del hombre es tan extravagante! *(Sale un Criado).*

CRIADO. Hay abajo, en un coche, una señorita que desea hablar al señor.

OLIVERIO. ¿Su nombre?

CRIADO. Me ha dado esta tarjeta.

OLIVERIO. Es Marcela. Dí a esa señorita que tengo un gran honor en recibirla. *(Vase el Criado).* Pasa a mi habitación. Cuando sea la hora, avísame para que salgamos en seguida.

HIPÓLITO. Sólo te queda un cuarto de hora.

OLIVERIO. Tranquilízate. Seremos puntuales. *(Vase Hipólito.—Oliverio se dirige al encuentro de Marcela).* ¿Usted aquí, Marcela? ¡Qué imprudencia!

MARCELA. Nadie me ha visto venir. Aparte de que me importa poco lo que de mí se piense. Saldré de París esta noche, quizás no volveré nunca y no quería alejarme sin haberle visto.

OLIVERIO. Yo hubiese ido a verla antes de su partida.

MARCELA. Quizás no le hubiera sido posible.... Quizás no se hubiera acordado...

OLIVERIO. ¿Es un reproche?

MARCELA. ¿Con qué derecho puedo yo reprocharle? ¿Soy amiga suya?... ¿Soy digna de una sencilla confidencia? Si usted tuviese un pesar ¿me lo confiaría a mí? Si usted corriese un peligro, ¿pensaría usted únicamente en estrechar mi mano antes de exponerse? ¡Soy yo muy desgraciada!

OLIVERIO. ¿Qué tiene, Marcela?

MARCELA. Va usted a batirse, va quizás a hacerse matar y quiere usted que yo esté

tranquila... ¡y me pregunta usted qué tengo!....

OLIVERIO. ¿Quién le ha dicho que voy a batirme?

MARCELA. Mi tía, que ha ido a verme al salir de casa de la baronesa y me lo ha contado todo. Me ha dicho quién es la mujer por quien usted se bate. La señora de Lornan.

OLIVERIO. Está equivocada.

MARCELA. No. Si le sucediera una desgracia, yo sabría sencillamente, como todo el mundo, que usted había muerto. Ni un recuerdo de usted en el momento del peligro. Es una ingratitud, porque yo le juro que si corriese un peligro, usted sería la única persona a quien yo llamase en mi auxilio. Usted debería hacer por mí lo que yo haría por usted. Pero dejemos esto. Yo impediré ese duelo.

OLIVERIO. ¿Y cómo impedirlo usted?

MARCELA. ¿Ve usted como es cierto que se bate? Pues iré a buscar a la autoridad y le denunciaré.

OLIVERIO. ¿Con qué derecho?

MARCELA. Con el derecho que tiene una mujer de salvar al hombre que ella quiere.

OLIVERIO. ¿Usted me quiere?

MARCELA. Ya lo sabe usted.

OLIVERIO. ¡Marcela!

MARCELA. ¿Quién ha influído en mí, con una sola palabra, para hacerme cambiar toda mi vida? ¿Quién me ha hecho abandonar la sociedad en que yo vivía? ¿Por quién me resignaba a enterrarme en el fondo de una provincia y a ganar obscura y tristemente mi vida?

¿Por quién iba yo a salir de París, sin otro consuelo que la certeza de ser estimada o de ser olvidada por usted? En fin, ¿por quién se transforma una mujer si no es por el hombre que ella quiere? Pero en el fondo de mi corazón yo llevaba una secreta esperanza. Yo me decía: «Quizás intenta una prueba. Cuando vea que soy una muchacha decente, cuando haya hecho de mí la mujer que quiere que sea... ¿quién sabe?... Quizás me querrá. Y cuando me entregaba a este sueño, he sabido que usted iba a batirse por una muejr. ¿Usted cree que permitiré ese duelo?... Que lo permita ella, la que usted quiere, sea....; pero que yo lo permita, yo que le quiero a usted... ¡Eso nunca!

OLIVERIO. Escúcheme, Marcela... Le juro que si usted hace una tentativa, si dice una palabra para impedir este duelo, si por fin lo impide, como eso será mi deshonor, porque se dirá que me he servido de una mujer para no batirme..., le juro, Marcela, que no sobreviviré a ese deshonor.

MARCELA. No diré nada. Suplicaré.

OLIVERIO. Ahora, Marcela, es preciso que regrese a su casa. Pronto volveremos a vernos.

MARCELA. Me despide porque el duelo se verifica hoy.

OLIVERIO. Quizás no llegue a verificarse. Ahora que sé que usted me quiere, yo deseo vivir. Hay un medio de arreglarlo todo.

MARCELA. ¿Me promete usted que no se bate hoy?

OLIVERIO. Se lo prometo. *(Golpes en la puerta).* En seguida soy contigo.

MARCELA. ¿Qué es eso?

OLIVERIO. Es un amigo que me llama.

MARCELA. Uno de sus testigos.

OLIVERIO. Sí.

MARCELA. Para acompañarle al terreno del honor. Oliverio, yo no me separo de usted...

OLIVERIO. Mis testigos están ahí. Discuten con los testigos del señor de Nanjac. Tienen necesidad de mí. Por eso me llama Hipólito.

MARCELA. Tengo miedo.

OLIVERIO. Escuche, Marcela... El sueño que ha tenido usted, quizás también lo he tenido yo. Estaba contento y orgulloso por encauzar en usted los buenos sentimientos que había adivinado. El instinto misterioso de mi felicidad me llevaba hacia usted... No podía explicarla por qué quería verla digna de todos los respetos... No lo sabía; pero era una necesidad de mi corazón... Eso es todo lo que puedo decirla, porque cuando un hombre va a jugarse su vida, no tiene derecho para hablar de esperanza y de porvenir.

MARCELA. ¡Oliverio!

OLIVERIO. Dentro de una hora todo se habrá resuelto. Dentro de una hora yo podré explicarme. Hasta entonces no es preciso que yo la vea en mi casa. Vuelva al lado de la vizcondesa y espéreme allí. Volveremos a vernos... Se lo prometo... Yo estaré allí... y no saldré más que para ir a verla. ¡Valor!... *(Vase).*

MARCELA. ¡Dios mío!... ¡Protégenos! *(Sale Susana).*

SUSANA. ¡Marcela!

MARCELA. *(Volviéndose).* ¡Usted, señora!

SUSANA. ¿Cómo usted aquí?

MARCELA. Me he enterado de este duelo, y he venido presurosa.

SUSANA. ¿Ha visto usted a Oliverio?

MARCELA. Le he visto.

SUSANA. ¿Y cuándo se ha verificado el lance?

MARCELA. No se verificará. Yo lo espero así.

SUSANA. ¿Cómo es eso?

MARCELA. Hay un medio de impedirlo.

SUSANA. ¿Qué medio?

MARCELA. Lo ignoro; pero Oliverio me ha dicho que lo empleará.

SUSANA. ¡Ese medio será una infamia!

MARCELA. ¿Usted lo conoce?

SUSANA. Sí. Para evitar un duelo, Oliverio perderá a una mujer, sea quienquiera. La ha engañado a usted.

MARCELA. ¡El!

SUSANA. Repóndame... ¿Qué le ha dicho usted cuando ha venido?

MARCELA. Que no quería que el lance se verificase.

SUSANA. ¿Y que usted le quiere a él...

MARCELA. Sí.

SUSANA. Y que si insistía en batirse, usted no se separaría de él.

MARCELA. ¿Cómo lo sabe usted?

SUSANA. Sé lo que una mujer dice en casos semejantes. Entonces él le ha prometido arreglar el asunto?

MARCELA. Sí.

SUSANA. ¿Y quizás le ha dicho que la quería?

MARCELA. En efecto.

SUSANA. La ha engañado. Quería ganar tiempo. Ha ido a batirse.

MARCELA. No; está allí.

SUSANA. ¿Está usted segura?

MARCELA. No hay más que llamarle para que venga.

SUSANA. Llámele.

MARCELA. ¡Oliverio! ¡Oliverio!

SUSANA. ¡Nadie! ¿Se convence usted ahora?

MARCELA. ¡Es imposible!

SUSANA. *(Toca el timbre).* ¿Duda usted todavía? *(Aparece el Criado).* Su señor ha salido, ¿no es esto?

CRIADO. Sí, señora.

SUSANA. ¿Solo?

CRIADO. Con el señor Richond y el señor de Maucroix, que han venido a buscarle.

SUSANA. ¿Y no ha dicho nada ni para la señorita ni para mí?

CRIADO. Nada.

SUSANA. Está bien. *(A Marcela).* ¿Dónde va usted?

MARCELA. ¡Es preciso que le encuentre! ¡Es preciso que lo salve!

SUSANA. ¿Y dónde va usted a encontrarlo? ¿Sabe usted dónde está? ¿Y cómo salvarle? Esperemos. Es todo lo que podemos hacer. El azar obrará por nosotras. Oliverio y Raimundo se baten en este momento. Esto es indudable. Los dos son valientes y se detestan. Uno de los dos matará al otro.

MARCELA. ¡Dios mío!

SUSANA. Ahora, óigalo bien. Oliverio la ha mentido a usted o a mí... porque también a mí me ha dicho que me quiere.

MARCELA. ¿A usted?... ¿Cuándo?...

SUSANA. Hace dos horas. En un minuto puedo perder amor, fortuna, porvenir. Si Raimundo vence, yo me salvo. Pero

si sucumbe, el amor de Oliverio es mi único recurso. Es preciso que me quiera o caigo en el ridículo y en la vergüenza. Usted también debe saber la verdad. El mismo hombre nos ha dicho a las dos que nos quiere. Estamos en el mismo derecho de saber si es cierto. Si él vuelve, es preciso que sólo encuentre aquí a una de las dos. ¿Comprende usted esto? Delante de las dos no se explicará. La otra, oculta tras de una puerta, escuchará todo... Seré yo, si a usted le parece así... Si él le repite a usted que la quiere, me resignaré y me alejaré sin decir nada. ¡Respóndame!

MARCELA. No la comprendo, señora. No sé lo que usted dice. ¿Cómo tiene usted esa sangre fría y esa calma asombrosa?

SUSANA. ¡Escuche!

MARCELA. ¿Qué?

SUSANA. ¡Un coche!

MARCELA. ¡Es él!

SUSANA. Hay una desgracia. Entre usted allí.

MARCELA. Yo quiero verle.

SUSANA. ¡Entre allí, le digo!... ¡Es él!..... ¡Oliverio!...

MARCELA. ¡Salvado!... ¡Vive!... ¡Ahora, Dios mío, hazme sufrir, si es tu voluntad!

SUSANA. *(Empujándola hacia la habitación de la izquierda).* ¡Vamos, entre!... *(Sale Oliverio muy pálido. Habla con voz apagada).*

OLIVERIO. ¡Usted aquí, Susana!

SUSANA. ¿No esperaba verme?

OLIVERIO. En efecto.

SUSANA. ¿Está usted herido?

OLIVERIO. No es nada.

SUSANA. ¿Y Raimundo?...

OLIVERIO. *(Que cada vez habla con más fuerza).* Dígame, Susana: ¿estaba yo en mi derecho? ¿Había yo engañado a ese hombre?

SUSANA. No. Pero...

OLIVERIO. ¿Había yo hecho lo que una persona honrada debe hacer?... Contésteme.

SUSANA. Sí. Pero...

OLIVERIO. Ya los dos hombres frente a frente y cada uno con una espada en la mano, en conciencia, ¿a quién daría usted la razón?

SUSANA. A usted.

OLIVERIO. Entonces... ¿su muerte es una desgracia y no un crimen?

SUSANA. ¡Su muerte!

OLIVERIO. Sí, su muerte. Escúcheme, Susana. Desde el día en que vino usted aquí a decirme que ya no me quería, los celos se apoderaron de mí. Quise hacerme el indiferente y sonreí. Pero yo la quería a usted con ese amor extraño, fatal, que ha inspirado usted a todos los que la han querido. Al marqués de Thonnerins, ese viejo que en un instante olvidó a su hija por usted... A Raimundo, a quien nadie pudo convencer, que sólo creía en usted, que no quería saber nada, que prefería matarme a quedar convencido. Pues si yo he querido impedir su casamiento, si he dicho a Raimundo todo lo que le he dicho; si, en fin, sobre el terreno he olvidado que era mi amigo, si yo... he matado al hombre cuya mano estrechaba hace ocho días..., no ha sido por la ofensa recibida... ha sido por que usted no fuese suya... porque yo la quería a usted... y porque la quiero.

En un minuto he hecho que usted lo pierda todo. Yo no puedo ser más que de usted y usted no puede ser más que mía. No me deje ya nunca y salgamos de aquí.

SUSANA. *(Después de haberle mirado atentamente).* ¡Sea! Salgamos de aquí.

OLIVERIO. *(Abrazándola).* ¡Por fin! *(Ríe a carcajadas)* Yo he tenido la culpa.

SUSANA. ¿Qué dice?

OLIVERIO. Ha perdido usted, amiga mía. Me debe el precio de la apuesta. Mire. *(Salen Raimundo e Hipólito).*

SUSANA. ¡Raimundo! *(Sale Marcela).*

MARCELA. ¡Ah, qué alegría! *(Se echa en brazos de Oliverio).*

OLIVERIO. Perdóneme. Había que salvar a un amigo.

RAIMUNDO. Gracias, Oliverio. Yo estaba verdaderamente loco. Usted se ha preocupado de mi honor hasta el final. Nada le ha desanimado para convencerme. Ni mi ceguedad, ni mi odio injusto, ni esa herida que, afortunadamente, no tiene importancia. Entre la señora y yo ya no hay más que una cuestión de interés que le suplico que usted arregle... *(Le entrega un papel)* a fin de que yo no vuelva a tener que dirigirle la palabra. *(Marcela se aproxima a Raimundo y se dan la mano amistosamente. Oliverio se acerca a Susana).*

SUSANA. ¡Es usted un miserable!

OLIVERIO. Nada de palabras fuertes. Cuando se ha jugado en la partida la vida y el honor de dos hombres, es preciso perder como un buen jugador. Yo me he hecho herir ligeramente para te-

ner el derecho de demostrar la verdad. Yo no impido su casamiento; es la razón, la justicia, la ley social, que quiere que un hombre decente se case con una mujer decente. Ha perdido usted la partida, pero salva usted su puesta.

SUSANA. ¿Cómo?

OLIVERIO. Con este documento, Raimundo la restituye la fortuna que le ha hecho perder.

SUSANA. *(Con una última esperanza).* ¡Venga! *(Rompe el papel mirando a Raimundo).* Lo que yo quería de él era su nombre y no su fortuna. Dentro de una hora saldré de París... Iré muy lejos de Francia. *(Raimundo no hace ademán de haberlo oído).*

OLIVERIO. Sin embargo, usted no tiene recursos. Usted se lo devolvió todo al marqués.

SUSANA. No sé cómo ha sido... pero estaba yo tan emocionada cuando entregué aquellos papeles al señor de Nanjac, que después que él salió encontré una gran parte dentro de mi *secretaire.* Adiós, Oliverio. *(Vase).*

OLIVERIO. ¡Da ira pensar que a esa mujer le hubiera bastado para hacer el bien nada más que un poco de la inteligencia que ha derrochado en hacer el mal!...

RAIMUNDO. *(A Marcela).* Usted será feliz, señorita. Usted va casarse con el hombre más decente que yo he conocido.

TELON

Fin de "Demi-Monde"

TEATRO FACIL

Obras de facilísima representación por su sencillez de decorado y pocos personajes

Mujeres	Hombres	
1	0	**Como rezan las solteras**, por R. de Campoamor
2	3	**Sistema Ollendorff**, por Felipe Pérez Capo
1	1	**Cartas de novios**, por Enrique Arroyo
0	2	**Pescadores de caña**, por A. Mundet
0	5	**A prima fija**, por P. Muñoz Seca
1	0	**La última carta**, por F. Flores García
2	2	**La marquesita loca**, por A. Jimenez Lora
1	1	**El caminante**, por R. J. Catarineu
1	0	**Marinera**, por Joaquín Dicenta
1	1	**Caminico e la juente**, por Portusach y Castellví
0	2	**El león de bronce**, por Joaquín Dicenta
3	0	**Rosas todo el año**, por Julio Dantas
2	2	**El billete del baile**, por L. Millá y E. Arroyo
1	2	**Los hombres**, por Armando Oliveros
1	1	**Lo que hace el querer**, por Domingo Moreno
5	2	**Nunca es tarde**, por A. Insua y A. Hernández Catá
1	5	**El grito de libertad**, por Augusto Fochs
1	2	**Petición de mano**, por Alberto Cosin
2	2	**Locura**, boceto de drama en un acto, por J. A.
2	2	**¡Por una furlana!**, juguete por T. de Mun
1	2	**Un ojo de cristal**, juguete en un acto, por L. Emegé
2	3	**Bailes rusos**, juguete por T. de Mun
0	6	**El 4.º acto del Tenorio**, por Pío M. Glañin
0	6	**La factura de un incendio**, por Gil Pimoñan
0	7	**El tío de su sobrino**, por M. P. y R.
2	3	**¡Qué escándalo!**, juguete cómico, por Gil Pimoñan
0	5	**Expiación**, cuadro dramático, por M. P. Areri
1	1	**La cajita de rapé**, diálogo por Luis Millá
1	6	**Los tres novios de Petrilla**, por Magin P. Riera
1	5	**El señor empresario**, por Gil Pimañon

A 50 céntimos cada obra